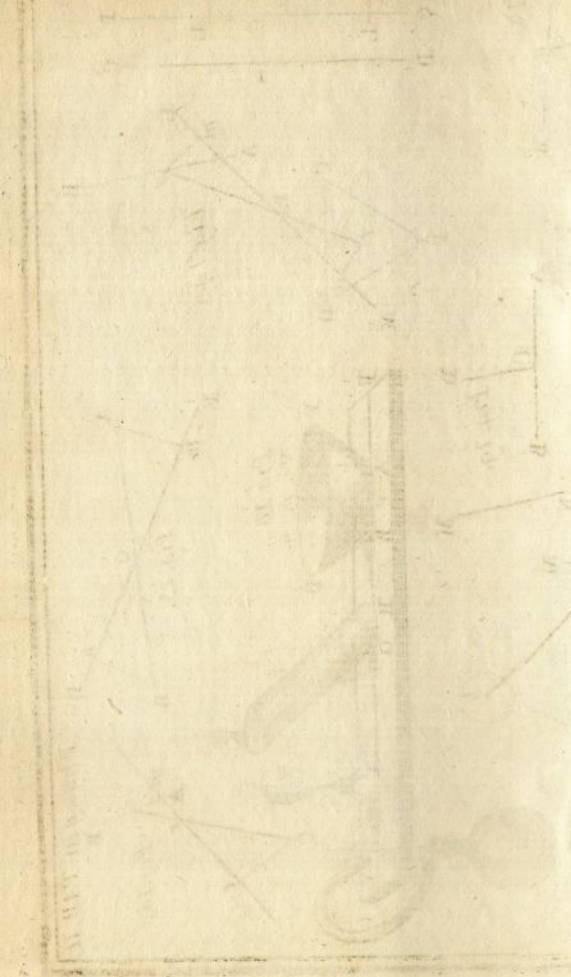


VIAGES
DE
WANTON
.....
.2.



VIAGES

DE

ENRIQUE WANTON.

2.º

IMPRESA DE I. SANCHÁ: *callg de la Con-*
cepcion Gerónima, núm. 31.



M. Gombé,

Visita Madama Espina á su
tio en su ultima enfermedad

VIAJES

DE

ENRIQUE WANTON

al Pais de las Monas.

TRADUCIDOS

del Inglés al Italiano, y de éste
al Español

POR D. G. J. V. D. G. Y. M.

Segunda Edición.

CON REAL PRIVILEGIO.

MADRID:

Se hallará en la librería de RAZOLA, calle de
la Concepcion Gerónima, n.º 3.

MARZO DE 1831.

No sé por donde , mundo , te remiende :
Conozco que me mato y que me canso ,
Por lo que nadie sabe ni lo entiende.

Greg. Morill. satir.

VIAGES

DE

ENRIQUE WANTON

al Pais de las Monas.

CAPÍTULO PRIMERO.

*De las nuevas honras que merecieron
al príncipe, y fin de la aventura de la
casa del señor Jazmin.*

Era muy justo que despues de haber recibido tantos honores y beneficencias del príncipe, mostrásemos en lo que pudiésemos nuestro reconocimiento, ofreciéndole parte de las alhajas que habíamos salvado del naufragio: asi lo habíamos pensado aun antes de haber-

le visto, y cuando todavia no estábamos proveidos de crecidas pensiones con tanta liberalidad para vivir con lucimiento; pero retardamos la ejecucion de nuestro intento con el motivo de estar Roberto componiendo un relox de faltriquera que se habia descompuesto en la navegacion, y mudando las cifras romanas en caractéres acomodados á la inteligencia y uso de aquellos pueblos. La habilidad que él tenia, y su ejercicio en la mecánica á que habia sido aplicado, le hicieron salir maravillosamente con su obra.

Lo que habiamos destinado para el príncipe era este relox, que seguramente le admiraria, algunos espejos, ciertos vasos de finísimo cristal de Inglaterra, un antejo pequeño, dos tazones de porcelana, pintados de muy bello gusto, muchas flores de mano, y finalmente, unas estampas en que estaban delineadas algunas grandezas de Europa. Todas estas cosas y otras semejantes, habiamos ido transportando desde lo que quedó de la nave que se encalló en la arena, y adonde con el pequeño esquife que nos condujo á tierra

nos era fácil abordar cuando queríamos, en el tiempo que estuvimos viviendo en la gruta que encontramos en la playa del mar.

Todas estas alhajas, preciosas por ser nuevas en aquel pais, se distribuyeron cómodamente en unos azafates, cubiertos con unos tafetanes de color de fuego; lleváronlos poco antes que nosotros saliésemos cuatro criados del señor Haya: repetimos la leccion de lo que debia hacer al que tenia que llevar los billetes, para que no faltase en cosa alguna de lo que le ordenamos: para que el señor Jazmin entrase en mas curiosidad y examinase al criado, se deliberó que llevase el recado el que regularmente salia conmigo, y que el dia antes habia visto á las puertas de su palacio. Prometió el lacayo ejecutar su comision al pie de la letra, y el señor Haya le mandó que le llevase á la corte el aviso de lo que hubiese ejecutado.

Encaminámonos á palacio, en el que tuvimos franca la entrada y muy buen recibimiento de los cortesanos. Estos propusieron mientras estábamos

en la antecámara , varias cuestiones acerca de los artes y ciencias de Europa , á las que yo , acordándome del cuento de los cojos , respondí con sinceridad , pero sin ponderar demasiado á nuestros literatos.

Estando en estas palabras salió el ministro , dándonos á entender que su príncipe habia recibido con gusto nuestro regalo , y que le habia alabado. Vosotros , nos dijo este caballero , sois dos personas muy políticas , y que sabéis distinguir el mérito de las cosas , para hacer de ellas el uso que merecen. Mucho nos honrais , respondió Roberto , pero al mismo tiempo nos instruís en nuestras obligaciones : despues sacó de la faltriquera una caja , que tenia pintada en la tapa una ninfa perseguida de un sátiro ; luego se abria un secreto , y se encontraba un espejo guarnecido el cerco de diamantes. Esta caja , añadió , hace á mi parecer que se tenga por digno de alabanza á su artífice por lo bien trabajada , por la delicadeza y gracia de la pintura , y últimamente , por el espejo , siendo mueble que no se halla en estas tier-

ras : yo , que creo que conozco el mérito de la alhaja , debo ponerla en manos de quien sea mas digno de poseerla que yo ; por tanto os suplico tengais á bien admitir mi oferta , como debida á quien sois , y como un corto tributo de mi rendimiento. Sumamente estimó el ministro aquella fineza por el modo de presentársela : volvió á prometernos su favor en todo lance , y lo experimentamos despues muchas veces á manos llenas.

De alli á poco tiempo fuimos introducidos á la audiencia del príncipe , que con una notabilísima benignidad , nos dió gracias por nuestra expresion. Despues en consideracion del alto concepto que habia formado de nosotros , y en testimonio de la estimacion con que nos queria honrar , nos eligió en cualidad de sus consejeros privados. Sorprendiónos el nuevo favor del príncipe , y humildísimamente significamos nuestro reconocimiento. Asegurónos de nuevo su proteccion y nos despidió , añadiendo que queria en otra ocasion ver en el campo el efecto de nuestros rayos , de los que

habia oido maravillas. Roberto respondió, que una mera insinuacion de su gusto seria muy bastante para solicitarnos nosotros la gloria de obedecerle.

Mientras estábamos en la audiencia avisaron al señor Haya, que se habia quedado en la antecámara, que queria hablarle un lacayo suyo. Luego que salimos de estar con el príncipe, nos rodearon los cortesanos, que, inteligenciados de nuestro nuevo empleo, nos dieron la enhorabuena del alto grado á que habiamos sido elevados. Como no veiamos al señor Haya, preguntamos por él, y sabiendo el motivo de su partida, estábamos impacientes hasta su vuelta. En este intermedio nos avisó el ministro, que de allí á pocos dias se habia de informar en una causa ruidosa, á que era fuerza que como consejeros asistiésemos para votarla. Dióme alguna vanagloria esta noticia, y ademas de eso me agradó por el deseo que tenia de oir á los abogados monos.

Volvió el señor Haya, quien con cierta seña me hizo comprender que

mi asunto se habia efectuado felizmente. Sin dilacion hubiera yo querido ir á saberlo todo, pero la buena crianza no lo permitia. Detuvímonos pues un buen rato, que empleamos en responder á la curiosidad de los cortesanos, acerca de ciertos puntos en que deseaban con eficacia estar informados. El señor Haya cuando le pareció tiempo oportuno, se despidió, y nosotros le seguimos.

Apenas llegamos á los patios de palacio, nos empezó á dar cuenta de lo excelentemente que habia cumplido con su comision el criado. Éste, nos dijo, se entró en una tienda, desde donde alcanzaba á ver quien entraba y salia en el palacio del señor Jazmin: cuando por el movimiento de todos los criados conoció que iba á salir el amo, se encaminó á la puerta, en donde con efecto se encontró con él y le hizo una cortesía muy rendida. Él le conoció y preguntóle como estaba su amo; á que respondió, que con perfecta salud, y que él traia el encargo de entregar dos cartas de suma importancia, una á su hijo, y otra á una (que no sabia

cual) de sus hijas: entonces se las pidió el viejo para demostrarle él mismo á quien se dirigian; el criado fingió cautelosamente alguna dificultad en obedecerle, alegando que él no traia tal órden. Entró en mayor deseo con aquella repulsa el señor Jazmin, y así buscó nuevas razones para persuadir al criado, á lo que él estaba ardentísimamente deseando ejecutar: dióselas finalmente, y se retiró para que no le fuese haciendo mas preguntas, á las que no podia dar conveniente y cógrua satisfaccion, por no estar instruido del asunto.

Yo, añadió el señor Haya, le he examinado sobre si tiene amistad con algun criado de aquella casa, y me ha respondido que sí: por lo que le he mandado que indague el éxito de aquel asunto, y si se ha movido desazon ó riña acerca de él. Me dió palabra de hacerlo con toda maña y puntualidad, y así estoy esperando impaciente las noticias. Acabada la relacion de este suceso, discurriamos que era mejor retirarnos á casa para evitar todo encuentro que pudiese desconcertar nuestras medidas.

En efecto, así que llegamos vimos al lacayo, y nos refirió las siguientes noticias. Luego que tomó el señor Jazmin las cartas, en lugar de proseguir su camino, se entró mas adentro y las abrió; mudó el color del semblante luego que leyó la primera, la que examinaba por todos lados, volviendo á ver ya su contenido, ya la cubierta: abrió la segunda, y despues de haberla pasado por la vista, se encendió en cólera, subió la escalera y llamó á su hijo, á quien preguntó si habia escrito un papel al señor Enrique, en qué términos, y por qué causa. El hijo no se acobardó, ó por mejor decir, insistió en su temeridad, y confesando la poca urbanidad que habia usado con Enrique, dijo mil injurias á su padre: éste riño agriamente á su hijo, y le amenazó que le desheredaría. ¿Y de qué, respondió él, me privareis de lo que no teneis, ó de lo que habeis malgastado en vuestros vicios? El señor Jazmin alzó el baston para castigarle, y al ruido acudieron su esposa y sus hijas, que quisieron saber la causa de aquel enfado. Leyéronse los dos papeles que

habian causado la discordia, y al punto se tiraron todas al jóven, le maltrataron, y el padre finalmente le echó de su casa. Esto es, concluyó el criado, cuanto he podido indagar. Aplaudámosle todas las diligencias practicadas en lo que se habia puesto á su cargo, y se le dió el premio que merecia el zelo con que nos habia servido.

Brevemente referiré ahora todos los pasages que siguieron á esta aventura, porque en lo sucesivo no tengo motivo de volver á hablar de estos personajes. El señor Pepino, arrojado de la casa de sus padres, dió un memorial al gobierno quejándose; para decretarle era forzoso que se examinase el asunto; yo fui citado para hacer mi declaracion, y dije la verdad, como arriba dejé expuesta. Mandáronme presentar los papeles, á lo que obedecí prontamente: hicieron despues comparecer al señor Jazmin para que diese sus razones: todas se dieron por buenas, y el señor Pepino fue condenado á estar arrestado en un castillo por espacio de seis meses; justo castigo que confirmaba el poder paternal contra la arrogancia de un

hijo que con este golpe, queria despojar á su padre de aquel dominio que le conceden la naturaleza y las leyes.

La locura de este jóven hizo público un manejo, que les hubiera sido mas conveniente hubiese quedado sepultado en las tinieblas. El pobre Jazmin, despues de haber comparecido en juicio contra un hijo malvado, se miró expuesto á la comun nota por haber intentado sacrificar á una nobilísima doncella, casándola con un forastero, que por mas noble y respetable que se creyese, con todo se sabia que no era un gran mono.

Todos sus amigos le desampararon, como sucede en las desgracias; y sus acreedores empezaron á perseguirle, previendo que en lo sucesivo no podia ya serles provechoso en sus designios. Vino á hacerse la fábula de todos, faltar de aquellos medios que hacen cómoda la vida; entonces volvió sobre sí, advirtió la infelicísima situacion de su familia, lloró los yerros de su juventud, y pensó seriamente en el remedio. Resolvió retirarse á una tierra de la cual tenia el señorío, que estaba bien

distante y oculta de la corte. Vendió todos los muebles de su palacio, que importaron una suma considerable, con la que pagó parte de sus deudas; y prontamente partió con toda su familia adonde habia determinado. En este lugar se aplicó al estudio de una verdadera economía, cultivó muy bien sus campos, y en pocos años se halló en estado de poder satisfacer á todos sus acreedores, de colocar honradamente á sus hijas, y de volver á la ciudad con un capital de hacienda y sagacidad, que dió motivo á que todos le mirasen con ojos de estimacion y respeto.

Muchas veces se tienen por desgracias en esta vida ciertos sucesos que, cuando creemos que nos cierran la puerta á todo alivio, suelen ser origen de una no aparente fortuna. Asi nosotros con una justa y jocosa venganza, nos libramos de mil peligros, y fuimos la raiz principal de un bien tan grande. ¡Oh! felices aquellos que saben de tal modo vengarse, y mas felices los que logran efectos tan afortunados de una desgracia que creen irreparable.

CAPÍTULO II.

De lo que observó Enrique en la ópera.

No podia desechar de mi corazon la burla que me hicieron cuando me equivoqué acerca de la ópera; aun no habia podido penetrar la causa de la equivocacion, y contándole este suceso á Roberto, le rogué me diese alguna luz, si acaso él comprendia lo que era: él me respondió de este modo: úsanse entre nosotros ciertos espectáculos, en los que se representa alguna ruidosa accion que ha sucedido en tiempos antiguos; en un gran salon hay un tablado algo elevado, en donde los hombres y las mugeres, vestidos al uso de los personajes que imitan, fingen ser aquellos mismos; por lo que hablan entre ellos como de un suceso que tienen presente. Para imprimir mas á los espectadores la semejanza de la accion, se pintan los lados y el

frontis del parage en que esto se representa, de modo que el todo corresponda á aquellos lugares en donde sucedió ó podia suceder aquel lance. La energía con que los actores y actrices significan sus pasiones, la novedad, lo suntuoso de los vestidos, la vista de los lugares imitados, en cierto modo sacan fuera de sí á los oyentes, que se interesan en aquellas apariencias como si estuviesen existentes realmente aquellas acciones. Estas representaciones en nuestro idioma se llaman ópera; lo mismo se llaman entre las monas, solo que la diversidad de las lenguas hace que en la suya se equivoque este nombre, teniendo el mismo sonido que *obra*, de donde nació vuestra mala inteligencia. Estan alrededor los espectadores en una especie de galerías, las cuales con el salon y el tablado hacen el conjunto que se llama teatro.

Aunque el informe de Roberto me satisfizo la curiosidad por lo que hace á la burla pasada, me quedó un vivísimo deseo de presenciar uno de estos espectáculos. En mi tierra habia oido muchas veces los nombres de tragedia

y de comedia ; pero hasta entonces habia estado creyendo que aquellas voces no tenian otra significacion que llanto y risa ; tomaba yo el efecto por las causas ; despues con el tiempo quedé desengañado , y aun conocí que suelen causar efectos contrarios ; pues son pocas las tragedias que no conmuevan la risa , y las comedias el disgusto ó á lo menos el fastidio.

Un dia que me hallaba con unos amigos , dí á entender el deseo que tenia de estar presente á una de estas representaciones , á lo que me respondieron , que dentro de poco se me cumpliria el gusto , por estarse esperando por momentos una célebre compañía de operistas. En efecto , no tardaron mucho en llegar , é inmediatamente determinaron el dia de empezar su trabajo. Todos los nobles de la ciudad parecia que se habian vuelto locos de contento ; no se hablaba de otra cosa que de las óperas , y aun no se habian empezado ; alababan mucho á los actores y aun no los habian oido : quien prevenia el aposento ; quien solicitaba servir á una dama rica para ir

:

con ella al teatro sin tener que gastar: todos finalmente estaban en una inquietud indecible.

Llegó el suspirado dia, y ya creia yo firmemente ir á presenciar aquella fiesta. Cerca de la noche me avisaron que convenia que me proveyese de una mascarilla, porque no permitia la costumbre del pais que yo me dejase ver con mi cara descubierta. Por no separarme del uso, rogué á uno de mis amigos que se tomase la incomodidad de buscarme alguna; aceptó gustoso el encargo, y fue á ejecutarle: volvió á cierto rato con una mascarilla de figura tan extraordinaria que no puedo bien explicarla; pero cuando quise acomodármela al rostro no fue capaz poderlo hacer: entonces caimos en nuestro yerro, de que no podia haber mascarilla que viniese al rostro de un hombre, por estar todas hechas á la medida del de los monos. Reímonos con el desengaño, y ya no fue posible satisfacer en aquella noche mi curiosidad, porque rehusé constantemente ir de otra forma al teatro que de aquella en que era costumbre asistir.

Para remediar la incongruencia, llamamos al dia siguiente á un artífice de tales muebles para que hiciese unas acomodadas á Roberto y á mí. Ponderó este la dificultad; fue necesario rogárselo y pagarle lo que quiso para que consintiese; tomónos la medida y prometió traer cumplida su obra al fin de dos dias. Entre tanto quise indagar qué cosa habia parecido la primera ópera. Fui á la plaza, en donde encontré un corro de caballeros, me introduje, y luego hice mi pregunta. Ninguno se atrevia á proferir la sentencia; finalmente, el mas osado decidió que la ópera era excelente: inmediatamente condescendieron todos á la proposicion. Volví á instar con deseo de saber qué accion era la que se representaba, y en qué consistia su valor. ¡Con buena pregunta iba yo! Ninguno sabia responderla. Véase aqui de qué modo suelen producir estos sus juicios; el primero que habla, aunque no lleve razon ni tenga conocimiento de causa, ese es el que atrae los votos de los demas.

Partí de la plaza; entré en una

tienda de aquellas en donde se vende el licor negro, de que hablé en el primer libro, y tomé una taza para hacer lo que todos. Estaban tambien aquí hablando de la ópera, con la distincion de decir que no valia cosa, porque así lo habia decidido un viejo hipochondriaco que no la habia visto: pregunté el motivo porque no habia parecido bien; se empezaron á mirar unos á otros y ninguno supo decirlo. Finalmente, un mozuelo respondió que no habia duda en ello, sin que se debiese buscar la razon, estando de por medio la autoridad de un sugeto tan grande. Yo callé; pero hice interiormente mil juicios acerca de la voz comun: ésta, segun la experiencia referida, nace en el pais de los monos de algun raro accidente; así la temeridad de uno que habla primero acerca de aquello que no entiende, ó la hipochondría de un viejo que está ya falto de los sentidos, y ha perdido el gusto de todo aquello que mas vivamente se solicita, por lo general son las fuentes del crédito de las cosas y de la fama que de allí se deriva. Fatíguense pues

ahora los monos sobre dejar un gran nombre á la posteridad.

Esta variedad de pareceres movió mucho mas mi curiosidad. El artífice nos trajo puntualmente las mascarillas como nos lo habia prometido: cubrímonos con ellas los rostros, y aunque nos pareció incómoda y extraña al principio aquella especie de disfraz, despues nos la hizo tolerar la costumbre, y fuimos poco á poco gustando de ella. Con tales arneses me condujeron al teatro. Creerá ahora mi lector que voy á hacer descripcion de todo lo que observé la tal noche: pues no lo espere, porque yo no ví otra cosa que confusion y desórden. Un agudísimo y continuado estrépito, que resultaba del sonido de varios instrumentos, no dejaba entender las voces de los actores que siempre cantaban; lo mismo cuando lloraban que cuando se consolaban; igualmente aprisionados que cuando estaban sobre el trono. Noté que todos, tanto machos como hembras, tenian una voz sumamente delgada. Observé que volaban las fábricas, que andaban los árboles, que resplandecia el terre-

no que pisaban; que unos mismos personajes se hallaban de un momento á otro, ya en la ciudad, ya en el campo, ya en otros lugares distantísimos, sin que se descubriese cómo se formaba aquel encanto. Los trages eran muy extraordinarios; de tal modo, que no hubiera podido pintor alguno de la mas desbaratada fantasía, imaginar dibujos semejantes; estaban guarnecidos por todos lados de piedras brillantes, de conformidad, que si fuesen finas, todo el valor de un reino se quedara corto por precio de uno de aquellos vestidos. Todas las cosas en lo verosímil y creíble guardaban unas mismas reglas. Entre canto y canto se interpolaban ciertas danzas con unas gesticulaciones bastante expresivas, pues siempre fue á la verdad mas fácil significar un acto lascivo que un sentimiento de honor.

Para colmo de la extravagancia, observé un mormullo que no cesaba mientras duraba la representacion del hecho que figuraban; pero un profundo silencio cuando era necesaria la atencion de los ojos y no la de los oidos para la diversion del baile. Hice

finalmente reflexion de que todas las damas, durante aquel espectáculo, tenían vuelta la espalda á los actores y á los circunstantes la cara; presuntuosa demostracion de que hacian desprecio de aquello á que deseaban asistir con tanto anhelo.

La diversidad y confusion de objetos y asuntos, no desmerecia el que hiciese á los que estaban mas próximos algunas preguntas para que me satisficiesen mis dudas. El señor Narciso estaba conmigo; volvíme á él, y le pregunté con bastante naturalidad, si sus héroes antiguamente cantaban siempre para hablar, y si todos tenían las voces de tiple. Un cierto mono enmascarado que estaba junto á mí, me respondió con una voz muy delicada: vaya el villano al monte, y no se nos venga al teatro, los que son como él no pueden formar sus juicios sino segun su naturaleza. Este inesperado ultraje me alteró en sumo grado; por lo que le dije: ¿quién sois vos, monazo desvergonzado, que teneis atrevimiento de hablar de tal manera conmigo? Soy, replicó él, uno que pue-

de echarte del teatro , porque soy el empresario , y no tengo necesidad de que un bruto venga á desacreditar mi ópera , como tú lo estás haciendo. Seáis , añadí yo , el que fuereis , he de estar-me aquí aunque no queráis , y he de hablar cuanto me parezca ; que yo pago mi dinero para dar mi voto como cualquiera en aquel espectáculo , que se expone á la pública censura. Iba á pasar adelante , pero los que estaban inmediatos nos separaron.

Quise tomar satisfaccion de aquella afrenta , y así , luego que se acabó la ópera , conté el suceso al señor Haya ; él se inclinaba á componerlo todo amigablemente , pero yo no me contenté con eso ; por lo cual , queriendo darme gusto , y mucho mas no siendo el empresario sugeto de suposicion , me acompañó á otro dia á casa del ministro , que obligó al referido á que me diese satisfaccion , yendo á mi casa á pedirme que tuviese compasion de él y perdonase su yerro.

CAPÍTULO III.

De la visita del empresario y del asunto del pleito que habia de votarse.

No faltó el empresario al cumplimiento del orden que se le dió. No diré cuan extenuado y pálido estaba con los ojos desencajados, y hecho una verdadera imagen de la desesperacion, por no ser estas suficientes señas para pintar su figura; y asi como imposible dejó de delinear un monazo tan disforme. Vino absolutamente mudado de como le experimenté en el teatro; con la mas rendida humildad me hizo un cumplimiento tan grosero, que me demostró su poca crianza.

Cuando se mira humillado al enemigo, no se debe pedir otra cosa; por tanto, yo quedé contento ademas de haberme movido á compasion su horrible figura, de la que inferia un interior bastante lastimoso: en virtud de

esto, y no sabiendo qué hablar con él, entablé la conversacion de las cosas de su ejercicio, y le pregunté qué esperanzas tenia acerca del éxito de sus intereses. Señor, respondió, yo tengo que pelear con una casta de gentes, la mas indomable del mundo. Es menor trabajo llegar á domesticar leones, que empeñarse en sujetar á la razon á un músico, ó á la debida obediencia á una cantarina; lo mismo digo de los bailarines, de la orquesta, y de toda la canalla con quien gasto un tesoro para que hagan conmigo mil iniquidades. Si uno es liberal en regalarlos y atento para el manejo, le tienen por un hombre tonto, y creen ya serles lícitas todas sus impertinencias: si uno se demuestra severo, y lleva con rigor todo lo que le pertenece, son como los asnos, que estan mas lerdos mientras mas los castigan. Ya finge uno de los que han de cantar que está resfriado; el bailarín que se ha hecho una contusion en una pierna, el que ha de tocar, y otros asalariados por el infeliz empresario, inventan diversos inconvenientes para vengarse; todos

quieren que la paga sea puntual, y ellos, finalmente, causan la ruina al mismo que los alimenta.

Si ello es asi como lo pintais, le respondí, sois digno de que se os tenga lástima; pero permitidme que os diga que al mismo tiempo se os debe culpar. Conociendo el carácter de esos de quienes depende vuestro vivir, ¿por qué no aprendeis otro oficio? ¿ó por qué no teneis mejor trato con los que frecuentan vuestro teatro? Ya os entiendo, dijo interrumpiéndome, y perdonad que os responda, que juzgais sin conocimiento de causa. En cuanto al segundo punto sabreis, que si el empresario se deja perder el respeto de los que asisten al teatro, se puede contar por arruinado sin remedio; pudiera ponerlos delante mil ejemplos de esto, que no habrán llegado á vuestra noticia porque sois forastero: estamos en un pais, en donde los naturales piensan se adquiere notable y honorífico crédito, despreciando aun las cosas mejores; quien habla mas mal de todo, ese es tenido por un grande crítico. Omito dar tambien por razon en

el punto que voy hablando, que como estamos hechos á mandar á los monarcas del teatro, se nos infunde aunque no queramos un espíritu, con que nos creemos mas de lo que somos.

Por lo que hace al primer punto respondo, que es muy cierto que está en nuestra mano dejar este modo de vivir, el cual, por una incierta ganancia, nos hace sufrir infinitas y ciertas desazones; pero sabed que este ejercicio es como el mal contagioso, que el que tiene la desgracia de ser tocado de él, puede estar moralmente seguro de que no ha de morir de otra enfermedad. Añadid á esto, que el que está puesto en estado de mandar, siempre dice mal y detesta su suerte; pero de mil que gocen este privilegio, con dificultad se encontrará uno que renuncie al placer de hacerse obedecer, por gozar la dulce tranquilidad de una vida cómoda y libre de disturbios, vida fácil de poderla lograr, alabada de todos, pero de pocos ó cuasi de ninguno seguida.

En consecuencia de todo lo dicho concluyo, que es digna de compasion

y no de ultraje nuestra condicion; y habiéndoola declarado como es en sí, tengo el atrevimiento de rogaros que seais mi protector. Ahora dignaos de recibir un corto tributo de mi respeto: diciendo esto, sacó de la faltriquera un libro pequeño añadiendo, que era la composicion que se representaba en el teatro; rogóme que la leyera para que pudiese formar mejor concepto de la ópera: díle gracias por el don, prometí leerla atentamente, y le pregunté, que qué concepto formaba él de la obra: es, me respondió, un delicadísimo trabajo de la pluma mas excelente de nuestros autores. Estos poetas cómicos entienden poco de lo que es el teatro y de lo que dá gusto al pueblo. No diré por esto que lo que agrada al público es lo mejor: nosotros no debemos buscar la excelencia de la obra, sino las mejores entradas con el comun aplauso, que es lo que nos dá de comer. Pero yo, que entiendo el arte mejor que ellos, á fuerza de los golpes de tantas pérdidas, he acomodado ese librito segun el genio de los que lo han de cantar, y el gusto de los que lo

han de oir , quitando , poniendo y mudando las hojas enteras , y descomponiendo en muchas partes la invencion. Leedle , que puede ser quedeis contento.

Aunque no me parecian muy juiciosos estos discursos , gustaba de oirlos , porque no obstante ser sobre asuntos tan frívolos , no dejaba de deducir muchas advertencias necesarias á la perfecta noticia del gusto de los habitantes del pais. Consolé en su afliccion á aquel miserable con las reflexiones que hallé mas conducentes , y le despedí , porque me llamaba la atencion á otra parte un negocio de mayor importancia ; él partió contento de mi trato ; y yo sin ver siquiera el título , tiré el librejo á un rincon de mi cuarto , con intencion de tomarle cuando no tuviese que leer ó pensar en otra cosa.

El asunto que con tanta prisa me instaba á salir de casa , era el célebre pleito de que se ha hecho arriba mencion , al que debia hallarme presente en cualidad de juez , como consejero íntimo que ya era. Aquel dia estaba destinado solo al informe para examinar

en otro la materia, y dar finalmente la sentencia definitiva. El caso que habia de controvertirse era el que voy á referir lo mas breve que pueda.

Habia llegado á aquella metrópoli un cierto volatin, que hablando en realidad hacia extrañas y portentosas ligerezas; por tanto no se hablaba de otra cosa que de él, y con esta fama tuvo unas ganancias inmensas. Las alabanzas que generalmente se daban con razon á su habilidad, estimularon á algunos curiosos á indagar las causas de ciertos efectos, con que sorprendia á los espectadores, sin que pudiesen comprender razon probable del modo con que los ejecutaba. Sucedió pues que un jóven muy presumido de que nada se le ocultaba, pronunció públicamente con atrevimiento, y sin reflexion de las malas consecuencias, que aquel volatin hacia cosas tan extraordinarias, y que eran la admiracion del populacho, en virtud de pacto que tenia con un genio familiar. Al instante dió en tierra todo el mérito del pobre mono, que con tanta aplicacion y trabajo, y con peligro

continuo de romperse la cabeza, se habia hecho diestrísimo en su oficio. Véase aqui con una ilusion, producida por la imaginacion y mal recapacitado discurso de un necio, destruidas las alabanzas y estudio del infeliz charlatan. No podia sobrevenirle golpe mas funesto á su crédito y á sus intereses. Pensó en remediarlo, y asi se presentó al príncipe por medio de un memorial, en el que suplicaba se le mandase á aquel jóven le restituyese su fama, y le subsanase las pérdidas y daños que con calumnia tan denigrativa le habia causado. Logró finalmente, que se extendiese un decreto que disponia se examinasen severísimamente el arte y habilidades del volatin, y hecho, que el Consejo fulminase una rigorosa sentencia, en que, ó quedase castigado un nigromante, ó reintegrado un inocente, con grave escarmiento del que fomentó la calumnia.

En ejecucion de este decreto fueron citadas las partes: propuso el abogado del caballero, que aquel juicio deberia terminarse decidiendo, si podrá un mono ejecutar las acciones que exce-

den á las fuerzas de la naturaleza sin auxilio sobrenatural. Los defensores del titiritero respondieron, que no era así el caso de la cuestion, porque ésta no podia dudarse, que la dificultad provenia de probar si las habilidades del volatin se ejecutaban por arte mágica, ó si dependian de una destreza que se adquiere con el uso y la aplicacion. Desbaratada la primera máquina, se dedicó el abogado del agresor á entablar un nuevo artículo, y fue que se debian calificar lo mismo que artes diabólicas aquellas acciones, de las que despues de algun estudio no puede lo general de un pueblo descubrir la causa. Acordaron todos controvertir este punto: de este modo en vez de ceñirse á los términos del decreto para la pronta administracion de justicia en aquel caso, quisieron los abogados fastidiar á los jueces en una cuestion que importaba poquísimo. Así el jóven estaba seguro de prolongar la causa sin fin: así aunque se probase la afirmativa, por ello solo no podia condenarse al volatin por nigromante; y así finalmente se iria formando una copiosa mies de

artículos impenetrantes, de donde fuesen engrosando sus ganancias los que habian de manejar aquel negocio.

Imposible parecerá á mi lector que los pleiteantes en aquel pais se dejen engañar de este modo; pero reflexione que era interés del jóven que los jueces no llegasen á sentenciar el principal asunto, por preveer que habia de salir condenado, y por lisonjearse de que mortificando al titiritero con continuas dilatadas cavilaciones, se veria precisado á ceder y levantar la querella, ya por los crecidos gastos que habian de ocasionársele, ya por no hacer falta á las obligaciones de su profesion, teniendo que ir de alli á poco tiempo á otro pueblo. El volatin se dejó llevar de las persuasiones de sus defensores (acaso de acuerdo con los contrarios, que no es la primera vez entre los monos) que le hicieron creer que la ventilacion de este artículo tan fácilmente ganado por él, le conducia sin duda alguna á la completa victoria en el punto esencial. Fuera de esto, bajo el pretexto de ciertas soñadas formalidades, suelen algunos leguleyos en

aquel pais prolongar los procesos sin medida hasta que estan satisfechos (que rara vez sucede) de ganancias. Estas falsas razones que abraza, ó la falta de luces, ó la necesidad de adherir á aquellos que conviene adular por haberlos hecho depositarios de los secretos mas importantes del asunto que se trata, seducen á los infelices litigantes á que aprueben los fraudes y su propio daño. De este detestable comercio son siempre víctimas las leyes y la justicia, y por lo comun la parte mas débil la inocencia.

En aquella mañana luego que nos sentamos en el tribunal, no se hizo otra cosa que leer el memorial del volatin y el decreto del príncipe, proponiendo el secretario del Consejo el estado de la cuestion, que en fuerza del comun acuerdo de las partes habia de ventilarse, despues de lo cual se finalizó la junta. Era la hora de comer cuando se acabó la sesion, que no sirvió aquel dia de otra cosa que de cumplir con una de tantas formalidades como tiene la curia de aquella metrópoli, y de hacernos sufrir mil

incomodidades superfluas sin alivio de la parte agraviada.


Al retirarnos á casa no pude menos de dar á entender á Roberto, que sentia ver abusar tan claramente de la justicia; pero él mas experto que yo en todas materias, me respondió de este modo: basta tener sentido comun y principios de rectitud, para reprobar y concebir una justa indignacion contra la malvada costumbre de convertir las instituciones mas santas en un uso totalmente contrario á las intenciones del legislador. Y á la verdad si se vá haciendo reflexion sobre todas las leyes y ordenamientos formados para el bien comun, se descubrirá quanto han decaido de sus principios, ocupando su lugar ciertos inventos y cavilaciones enmascaradas con el nombre de justicia ó interés del estado; de este modo queda aparentemente entero el vigor de las leyes, pero en realidad éstas deben considerarse del todo aniquiladas con la innovacion introducida á fin de enflaquecerlas é inutilizarlas. No hay establecimiento, por mas sano que sea, que no esté ex-

puesto á ser adulterado por la malicia: tanto mas facilmente se deja esto comprender, quanto advertimos que el legislador que ordena es uno solo, y los ejecutores son infinitos, estudiando cada uno de ellos por todos los medios la forma de hacer ineficaces los efectos de la ley. Pero como se temen las penas que imponen las leyes á los transgresores, y el enojo de los soberanos no sometiénndose al tenor de ella, se busca una sombra de obediencia, se exagera mucho la debida sumision á los preceptos; y mientras se estan meditando todos los caminos posibles para dejar ilusorias las prudentes constituciones y mente de quien las instituye. No creais, amado Enrique mio, que solo el pais de los monos abrigue tan depravadas máximas; en todos los siglos y en todos los reinos, como la historia y la experiencia lo testifican, han aplicado los hombres sus esfuerzos á fin de conseguir intentos tan abominables, por lo que no os debe maravillar que se encuentre tambien en nuestros monos el contagio de la universal malicia.


Entiendo muy bien, respondí, que en la natural libertad de los hombres, y lo mismo digo de los monos, repugne la sumision á la voluntad y deliberaciones de otros, no obstante que aquella y éstas esten introducidas para el bien del estado, y para lo útil de la sociedad, que es quien fomenta las delicias de la vida, y sin la cual estaríamos condenados á vagar por los bosques, privados de todos los auxilios y buenos oficios recíprocos, y reducidos á la dura necesidad de cuidarnos por nosotros mismos con un sinnúmero de incomodidades y trabajos, pasando una vida poco mejor que la de los brutos; pero no llego á comprender, como no tratándose de esta libertad, intenten los racionales destruir los nudos mas preciosos de la sociedad civil, como sucede en el caso de que íbamos hablando, abuso que es capaz de conducir al mundo al extremo mas bárbaro y desordenado.

El vil interés, respondió Roberto, es el manantial de los males de que os condoleis; pero no es esta una enfermedad que carezca de remedio; antes

prevengo recetar un antídoto, que si le adoptase la ilustre asamblea, de que tenemos el honor de ser miembros, pondrá un freno á las implacables fauces de todos los monos letrados. No quiero explicar mi intencion, porque aun no tengo bien digerido en mi mente el proyecto : pero ahora basta que os advierta, que habiéndose hecho vernal la jurisprudencia, no es maravilla que sus profesores sigan la norma de aquellos que ejercen semejantes artes; y asi formen un misterio del asunto mas claro, y llenen de malicias todas sus operaciones.



CAPÍTULO IV.



De la novedad que turbó el sosiego en el palacio del señor Haya.

Habiendo llegado á nuestra casa, que continuaba en ser el palacio del señor Haya, observamos alterada la familia. Todo estaba en desórden, nuestro hués-

ped y sus hijos andaban turbados, madama Espina y su hija sobresaltadas, y los criados en perpetuo movimiento, entrando y saliendo, sin que nosotros pudiésemos adivinar la causa de aquella bulla y confusion; no obstante, no queríamos preguntarla por no demostrar la vana y temeraria curiosidad de indagar las interioridades de la familia, pero al mismo tiempo me afligia un indecible dolor, temiendo alguna desgracia en aquellos á quienes estaba obligada mi atencion con un excesivo agradecimiento y sincera voluntad.

Sentámonos á la mesa, y alternaban los suspiros con el alimento, á cuyo tiempo entró un lacayo de casa con el aviso de que el accidente era mortal, segun decia el médico; pero que la muerte del caballero no seria con mucha precipitacion de tiempo. Y ¿qué es lo que se ha resuelto? dijo madama Espina. Se ha suspendido, respondió el criado, toda operacion por esperar á una junta que ha de tenerse esta noche, en que han de concurrir los mas insignes médicos de la ciudad. ¡ Buena cosa es por vida mia, respondió entonces

Jacinto , dejar morir al enfermo por no faltar á la formalidad de la consulta !

Á esto no pudo Roberto sufrir mas, y preguntó quién era el que , como juzgaba , habia sido acometido de algun accidente. Es , respondió el señor Haya , un tio mio por parte de madre , que muchos años ha tiene el empleo de generalísimo de las armas de estos estados ; es sugeto de ilustre fama , y cuyos hechos le harán célebre en las futuras edades. Es gravísima la pérdida de nuestro príncipe , si llega á faltar un héroe semejante. Respecto á mí , seria su muerte aun mas sensible , por cuanto con su liberalidad ha levantado cabeza mi familia , que en tiempos pasados estuvo bastante abatida por repetidas desgracias , su proteccion ha sido causa de que haya yo conseguido muchas veces honrosos cargos , que he regentado con esplendor y decoro mediante sus sábios consejos. Ved pues , amigo mio , qué grande deberá ser mi pena , ya por el vínculo del parentesco , ya por un justísimo agradecimiento , que monta mas que otra cualquiera razon.

Es menester conformarse , replicó

madama Espina ; vuestro tío ha llegado á una edad decrepita , y es forzoso que pague el ordinario tributo á la naturaleza , ademas , que él muere sin sucesion ; y asi , habiendo sido tan grande bienhechor vuestro en vida , podeis esperar que muriendo os dé mayor muestra de su cariño. El señor Haya se iba enfadando con los discursos de su consorte , pero ésta añadió , no os irriteis , marido mio ; yo no soy tan delicada como vos , una gruesa herencia bien puede enjugar un torrente de lágrimas ; y no temo llevarme chasco en mi expectativa , porque he manejado este asunto con el mayor cuidado , no obstante el asco que me daba mirarle y ponerme junto á él , le visitaba muy á menudo ; pero siempre le llevaba la golosina de alguna fruta temprana , ó alguna pastillita para darle á entender mi cariño. Los viejos son inclinados á la glotonería , por lo que yo procuraba satisfacérsela , y asi ponía el mayor cuidado en darle gusto en todas sus extravagancias. Muchas veces le insinuaba las urgencias de mi casa , y él me consolaba respondiéndome , que algun

dia nos proveería el cielo. ¿Se puede hablar mas claro? Verdad es que tiene un sobrino hijo de su hermano, que deberia ser un fatal estorbo de mis esperanzas; pero ya me he dado buena maña para destruir su opinion en la mente del tio, á quien en repetidas ocasiones se le he representado como un disoluto, un jugador, un pródigo; aunque yo bien conozco que no tiene tales vicios; pero, señor mio, no se requieren tales escrúpulos, cuando de lo que se trata es de una crecida herencia. Finalmente, en cuanto de mi ha dependido, no he dejado piedra que no mueva para conseguir mi fin. Por el bien de mis hijos he sufrido muchos años el tédio que me causaba tener que acariciar á un viejo asqueroso, y aun he hecho algunos gastillos para lograr con mas seguridad mi intento. El moribundo tiene muchos años ha un ayuda de cámara que es deposito de todas sus confianzas, y yo he sabido ganar su voto, de conformidad que siempre apoya con su amo todas mis razones. Solo un golpe me resta que dar para salir de desasosiegos; explicaré mi pen-

samiento. Es necesario inducir al viejo á que haga testamento : para esto tengo ánimo de buscar una persona que le sugiera un acto tan forzoso para la conservacion de sus bienes despues de sus dias ; un escribano , á quien tengo gratificado , no dejará de servirme con todo celo, bien que pagándose-lo antes á su satisfaccion. Basta : yo sé como llevo el manejo de las cosas de la última importancia ; por lo cual vosotros, hijos mios , confiad, dejando el asunto á cargo de una madre hábil , y sin las preocupaciones que generalmente tienen todas.

El señor Haya que estaba penetrado de un sincero dolor , se mortificó mucho escuchando tan malvado discurso ; oponerse á estas indignas máximas, era acarrearle una implacable indignacion , y no era tiempo oportuno de fomentar una disension doméstica ; y así suspirando se levantó de la mesa , encogióse de hombros , y se retiró. Nosotros tambien nos guardamos de oponernos á las escandalosas ideas de madama Espina , pues nuestras insinuaciones no habian de haber producido efecto al-

guno, y mas nos valia disimular, que dar fuera de tiempo una correccion moral que la hubiera irritado sin esperanza de enmienda.

Dos cosas nos admiraron en este suceso; la primera fue que no nos pidió parecer, como regularmente ejecutaba siempre que creia habiamos de asentir á sus proposiciones (que sucedia raras veces) ó que habiamos de alabarla; señal fija de que ella no ignoraba la maldad con que procedia, y que no obra- ba con falta de reflexion, sino malicio- samente con perfecto conocimiento de causa. La otra fue, que tuvo este tan dilatado y vergonzoso discurso en pre- sencia de todos sus criados, que se ha- llaban alrededor de la mesa sirviendo la comida: esta imprudencia me pare- ció muy mal, pues preveia que dentro de pocas horas sabrian al pie de la le- tra el razonamiento los criados del vie- jo enfermo, con descrédito del señor Haya. Nunca estan de mas las precau- ciones que toman los amos para ocultar á los criados los secretos de la casa, pues suceden infinitos daños á los in- cautos, motivados de estos enemigos

conjurados contra quien los alimenta.

Los hijos, aunque algo contristados con la enfermedad de su tío, me pareció ponían bastante alegre el semblante con las futuras esperanzas; pero la señorita que se consideraba con una rica dote, continuamente andaba preguntando ya á la madre, ya á sus hermanos, ya á los criados, si acaso corría riesgo de que el enfermo se recobrase. Soltando despues las riendas madama Espina á sus fantásticas ideas, contaba entre sí las cantidades de que constaba la herencia; numeraba las joyas, pesaba la plata, formaba el plan de los réditos anuales que darian de sí las resultados de los ahorros del viejo, y ascendían, segun su pensamiento, á unas sumas muy considerables; despues pasaba á los bienes raices; y á otros efectos preciosos, con todo lo cual se soñaba la señora mas rica de la corte.

Las torres de viento á poca costa se fabrican; por lo que no es de extrañar que haya tantas personas que se deleiten en figurarse las mas magníficas y bizarras. Nuestra madama Espina, tan fecunda de fantasía, como escasa de

juicio, se dejó llevar de su imaginacion acalorada, y se entregó á mil quimeras: ella se propuso agrandar su casa; de allí á poco, arrepentida de esto, ideó echarla toda por tierra, para tener la satisfaccion de edificar un palacio de un gusto muy particular, y poco diferente de los que leemos fabricados en el vasto y antiquísimo pais de las novelas; sus joyas la parecian de poco valor, y ya la daba vergüenza presentarse con ellas entre las mas ilustres damas de la corte; no habia de poder llevar los vestidos por el peso del oro; todo finalmente llegaba á un grado excesivo; y la imaginada herencia quedaba consumida por ella sola en cosas muy preciosas, pero absolutamente superfluas, si es que aquel nombre merece el cúmulo de tantas como estaban introducidas para contentar el fausto de las monas.

No faltó mucho para que la hija riñiese con su madre, viendo gastada su dote por satisfacer esta sola su fantasía. Los tres hijos no se hallaban contentos con aquestas peticiones; pero nosotros ya estábamos cansados y llenos de fas-

tidio de tantas necedades. Levantémé de la mesa pretextando un negocio inevitable: siguió mi ejemplo Roberto, y á este los demás hermanos, dejando á las dos que se paseasen sin impedimento por los espacios imaginarios. Yo me retiré á mi cuarto á dormir la siesta, por haber reconciliado el sueño con el dilatado tédio de la sobremesa. Quedé de acuerdo con Roberto para que acompañásemos al señor Haya cuando fuese á visitar al enfermo, no desamparando ni un momento á nuestro bienhechor, mientras considerásemos estaba necesitado de compañía y de consuelo.



CAPÍTULO V.



De la junta de médicos.

Fuimos al anochece con el señor Haya al palacio del moribundo; iban con nosotros los tres hermanos que compungieron sus rostros para entrar. Llegamos á la cama del viejo, que sus-

pirando se lamentaba de su temprana muerte, no obstante que pasaba de noventa años; se hizo las honras en vida, y exageró la pérdida de aquellos estados con su fallecimiento, con tal tono que parecia que el mundo todo habia de volver á su antiguo caos el dia que se disolviese el lazo que unia aquella grande alma á su cuerpo, que ya con la vejez y achaques estaba cuasi cadáver. Aproximóse Roberto para tomarle el pulso; pero no quiso condescender, fundado en no se qué ridículo agüero. El señor Haya se esforzaba para detener las lágrimas, recogiendo sus sollozos entre los labios; yo le sugerí aquellas consolatorias que deben darse en casos semejantes; pero el enfermo nos interrumpia de cuando en cuando, repitiendo sus valerosas hazañas, las batallas que habia ganado, los enemigos vencidos, y la conservacion por su brazo de aquellos dominios y de su príncipe; ¿Quién, decia, podrá de aqui adelante disponer con tanto conocimiento un ejército, inventar estratagemas tan útiles como las mias, y aprovecharse tan oportunamente de las ocasiones? ¡Pobre

pátria mia! De esta vez acabas, conmigo vas al sepulcro. Esta necia vanidad me hizo creer, ó que el mundo perdía poco con su muerte, ó que la edad y el mal le tenían perturbada la cabeza; y así el único sentimiento que me quedaba, era el ver al señor Haya tan afligido con este accidente, por el cariño que le profesaba. A sus hijos retozaba la risa oyendo vanagloriarse al viejo; pero aunque con trabajo la detenían, y les costaba bastante tener que fingirse doloridos.

A este tiempo llegó la carroza con la señora Espina y su hija, que sin entrar recado pasaron adelante con toda libertad. En esta visita comprendí de cuanta ficción es capaz el corazón de las hembras. Estaban hechas las dos una viva imagen del desconsuelo, brotaban sus ojos abundantes lágrimas que mezclaban con profundos continuados suspiros. Llegóse la madre á la cama del viejo, y dijo: ¡ay de mí, á qué tristísimo paso me ha querido conducir mi destino! ¡Oh, quien pudiera dar su vida por conservar la vuestra! Aun no fuera este suficiente sacrificio

en recompensa del amor que siempre os he tenido : no pudiera hacer mayor beneficio al Estado , que conservarle una vida tan necesaria , y que es un tesoro que no tiene precio. Mas ya que no pueda resistir á los decretos del cielo , que me conducen á la mas crecida de mis penas , aceptad este parecido de huevos frescos que han puesto mis dos gallinitas negras , recibiendo en tan corta ofrenda el tributo de todo mi corazon.

La conclusion del referido discurso me hizo morder los lábios para detener la risa. El viejo la dió mil gracias , teniendo la vista siempre atenta y fija en ella , como solicitando escudriñar en todos los movimientos del rostro la sinceridad de sus sentimientos. Sentóse madama á la cabecera , y desde alli despues de hacer mil honras al moribundo , añadió , que nunca se conocia mejor la prudencia de los sugetos de circunstancias , que en la última disposicion que hacen de sus bienes. Es locura lo que algunos ejecutan , que por quitarse de cuentos dejan que entren los herederos necesarios , anteponiéndose á

los demas; es justicia recompensar á quien lo merece, y no es accion sábia abandonar á la suerte unas facultades sobresalientes.

El señor Haya, que se consumia interiormente con semejantes discursos, dijo, que el mal de su tio no estaba tan de remate, y que mas valia que pensase en recuperar su salud que en tan funestas ideas. El viejo que era mas astuto que lo que aquella tonta imaginaba, terminó todas las dudas significando que ya antes de caer malo tenia hecha su disposicion segun las reglas de prudencia y justicia. Con esta respuesta no tuvo accion la mona para hablar en algun tiempo; pero observando despues unas ricas sortijas que estaban sobre una pequeña mesa, dijo: ¡ay de mi! amado tio no es razon que estas alhajas anden asi rodando á la vista, y expuestas á la tentacion de todos los que pueden entrar en esta alcoba; mejor estarian en otro puesto mas resguardado y seguro. Entonces mandó el viejo que pusieran los anillos en cierta cajita. Se levantó madama, y tomándolos, abrió la caja

donde habian de ponerse, mas con una diestrísima media vuelta, imitando á los jugadores de manos, los colocó en su faltriquera. Todos los que estábamos presentes bien conocimos lo que habia hecho, esceptuado el señor Haya, á quien impedía un sincero dolor el ver las operaciones de su esposa; pero fue su desgracia el que un criado lo observase, porque inmediatamente lo contó al sobrino, de donde se originaron muchas desazones que se terminaron con poco honor de la robadora: este tal sobrino no estaba á la sazón presente, por haber salido á ejecutar ciertas comisiones importantes que el tío le habia mandado. No tardó mucho en volver; pero le recibió madama con desprecio, y en su propia casa tuvo la avilantez de insultarle atrevidamente.

El mal del enfermo iba entre tanto aumentándose, y no parecian los médicos para procurarle el alivio. El viejo tenia una calentura ardentísima, que indicaba inflamacion interna; un afán continuo no le permitia ni un instante de reposo, y claramente se escu-

chaba un gravísimo hervidero en el pecho, todas señales de su próxima muerte.

Quiso el cielo que llegase el señor Ciprés, que era un doctor largo, seco y melancólico. Entró á visitar al moribundo, tomóle el pulso, y no quiso hablar palabra hasta que viniesen los otros tres médicos que esperaban. Respeto ridículo con el cual demostrando una afectada modestia, abandonaba el principal fin para que fue buscado. De allí á poco vino el doctor Melon, que era de una mas que mediana estatura y crasitud correspondiente; nos saludó á gritos, y antes de tomar el pulso al enfermo, decidió á su favor, sin querer oir la série del mal ni sus síntomas: se sentó junto al señor Haya, y trabó la conversacion acerca de las cosas del mundo, con tal desembarazo y mezclando tantos disparates, que temí desde entonces mucho al pobre enfermo, viéndole en manos de un médico tan ignorante y presumido. El tercero que llegó fue el doctor Cardo; este que era de una estatura regular y algun tanto mas moreno que los otros,

habló alguna cosa del accidente del viejo. Se introdujo despues á describir las curas que habia hecho en sugetos de elevadas circunstancias ; y empezó á morder con su regular estilo picante á los otros médicos sus compañeros. Finalmente, arribó nuestro doctor Cilantro , que no puso muy buena cara luego que nos vió alli ; pero hubo de tener á bien el aguantarnos , quizás por no renovar las reyertas pasadas.

La primera diligencia que todos practicaron fue pedir los excrementos del paciente , que con un palito estuvieron revolviendo largo tiempo , con lo que lograron perfumar todo el cuarto con tan hediondísima peste. Fueron estos cuatro sábios conducidos á una sala próxima para decidir del estado del viejo , y consultar los remedios oportunos á su salud. El doctor Melon fue el primero que declaró que el accidente era un ligero resfriado. No convinieron los otros médicos con este parecer ; pero lo que es peor , cada cual fue de diverso sentir , y los cuatro fulminaron cuatro sentencias absolutamente opuestas. Entonces se empezaron á oir las diserta-

ciones particulares de cada uno, mutuamente se honraban con pomposos títulos, llamándose sapientísimas lumbreras del cielo médico, esclarecidísimos órganos de la naturaleza, excelentísimos propagadores y prolongadores de la vida, invictísimos triunfadores de la muerte. Se creerá que en sus respectivas disertaciones se tratase del doliente; pues ni le nombraron: hicieron descripciones de las causas de las enfermedades; cual de ellos explicó la anatomía de los pulmones; cual nos favoreció con una prolija pintura de los nervios; cual habló de la circulación de la sangre; y cual finalmente expuso el mecanismo del aire, y el origen de la tos. Ya llevaban dos horas gastadas en tan supérfluos colóquios, cuando el sobrino del moribundo dijo así.

Señores míos, vosotros estais perdiendo tiempo en darnos muestras de vuestra profunda sabiduría, y entre tanto va acabando el enfermo; hacedme el favor de pensar en poner algun remedio, y estad seguros de que todos los que os escuchan estan muy hechos cargo de vuestra gran doctrida. Vién-

dose obligados los médicos á recetar alguna medicina, dispuso el señor Ciprés una composicion de corales, de perlas, de minerales, &c. Esta, dijo, es capaz de hacer levantar los muertos de sus sepulcros, pero es necesario mandarla hacer en la botica que está en la calle de N, porque de otro modo no tendrá eficacia alguna el remedio.

Sonrióse el doctor Melon, y dijo inmediatamente: como quiera que yo no aprecio á ese boticario, no puedo venir bien en ese remedio; esa botica es muy antigua, y hace pagar el agua á peso de oro. Yo dispondré, añadió, otra receta que vale mucho mas; y dijo al punto los nombres de mas de cien ingredientes que solo se hallarian en la plazuela de N.

Pareció muy cálido y peligroso el remedio al doctor Cardo, el cual exageró la virtud del mercurio, pero con la condicion que habia de prepararse de un nuevo modo, cuyo secreto únicamente consistia en la habilidad de cierto químico amigo suyo. Disintieron todos, diciendo que en el caso presente no convenia aplicar semejantes remedios.

El doctor Cilantro, finalmente, que habia hecho juicio de que el mal provenia de flato, propuso un emplasto, que habia de aplicarse á los pies del enfermo, para cuya composicion se necesitaban ciertas yerbas que nacen, segun decia, en unos altísimos é inaccesibles montes, que deben dejarse rociar de las aguas de mayo, y cortarse en el mismo momento del plenilunio, á tiempo que estuviese el sol en Leo; pero era tambien del caso, que este momento viniese á caer por la noche. La imposibilidad de satisfacer tan ridículas circunstancias, no obstante que aseguraba con juramento que conocia un herbolario que poseia este tesoro, y mas que todo, el uso exterior que habia de hacerse de las tales yerbas fue motivo para que unánimemente se despreciase la proposicion.

Vedlos aqui nuevamente implicados con las dudas del principio. No se me ocultó el enigma acerca de la discordia de aquellos médicos, cuyas ideas conocí, y me sirvió de aborrecerlos con mayor fundamento. Consistia el asunto en el torpe interés de ellos mismos,

por estar confabulados con ciertos boticarios, herbolarios y charlatanes, de quienes recibian un generoso donativo á proporcion de las ganancias que les procuraban. De aqui era, que valiéndose de la ocasion de los enfermos ricos, alababan las medicinas y sus artífices, no á medida de la utilidad de su uso, sino en virtud de lo que con ellas enriquecian á sus amigos, y por consiguiente á sí mismos. De este modo, para limpiar la bolsa de los monos demasiado crédulos, aplicaban muy á menudo un costosísimo remedio que solia anticipar la muerte á los infelices que con el desembolso del oro creian que compraban la salud.

Me decia un médico de buena fe, (que entre los abusos mas generales, se encuentra siempre quien se atreve á oponerse á rostro firme al torrente de la maldad) que la naturaleza pródiga de sus dones, suministra en las yerbas comunes los antídotos seguros de todos los males; pero que el médico interesado no quiere ponerlos en uso, si es que conoce su actividad; ni los enfermos tienen fe con los remedios

que pagan á bajo precio; y asi estas simples medicinas se han quedado para la ínfima plebe y para los hospitales, en los que mas facilmente sanan los enfermos, porque no tienen caudal que emplear en las que se usan para la ordinaria credulidad de los sujetos ricos.

Ya se acercaba la noche, y no sabian que partido tomar. El señor Haya dió á entender su enfado, por lo que el doctor Melon dispuso un remedio que no podia redundar en utilidad suya, ni de otro alguno de sus compañeros, que era lo que vivísimamente todos deseaban; segun la acostumbrada envidia de estos profesores cuando no pueden sacar para sí solos el provecho. Decidió pues que la única tentativa que podia ejecutarse era echarle al viejo una ayuda de agua tibia. Aplaudieron los doctores el grande hallazgo, y á una voz acordaron que era este el pensamiento mas sábio que podia ocurrir en la mente del mas científico mono. Yo me reia de todo corazon, y Ralberto estaba encolerizado, pero nos era forzoso callar cuando se trataba de la

opinion de cuatro médicos, que cada uno tenia sus partidarios en la asamblea.

Volvieron estos célebres físicos á la alcoba del viejo, le consolaron con la esperanza de verle prontamente recobrado, y le propusieron la medicina que con uniformidad de votos se habia determinado. No bien oyó la proposicion el viejo, cuando montó en cólera, y despues de haber dicho mil improperios á los médicos, les habló de esta manera: yo que por espacio de mas de setenta años he dado pruebas del mas verdadero valor; que he derrotado innumerables naciones bárbaras, á quien el enemigo jamas ha podido hacer volver la espalda, ¿quereis que tenga la vileza en los últimos períodos de mi vida de entregar mis nalgas para una medicina? Huid de esta casa; espíritus envidiosos de mis glorias, y dejadme morir antes que proponerme un proyecto que es destructor de mi fama.

Si fue un entremes la consulta de los médicos, mucho mas ridículo me pareció el catástrofe de esta historia.

Salimos de la alcoba, y el señor Haya, haciendo la apología de su tío, decia que todos los individuos racionales tienen sus particulares defectos, y que el enfermo siempre habia sido inclinado á llevar hasta el último extremo el punto de honor. La vejez y la enfermedad, añadió, ponen en términos de extravagancia esta flaqueza; pero disculpadle, señores, pues las demas excelentes cualidades suyas suplen este defecto.

Preguntados los médicos qué les parecia del enfermo, respondieron conformes, que no les parecia de peligro el mal, y que era forzoso esperar al séptimo dia para formar un juicio seguro. En esto fue en lo que en efecto no se engañaron, porque en este dia aun cualquiera chiquillo podia hablar del paciente sin peligro de errar, como se verá dentro de poco. El sobrino del enfermo dió gracias á los médicos, y regaló á cada uno dos escudos de oro; todos rehusaban de boca tomarlo, protestando que tenian bastante con el honor de servir á la familia; pero al mismo tiempo alar-

garon las manos, y empuñaron con bastante apretura el dinero para que no se les perdiese. Fuéronse finalmente los doctores, y nosotros quedamos mas confusos que al principio.

Ya era tarde y convenia retirarse á casa. Madama Espina todo era inventar pretextos para dilatar la partida, diciendo que el sobrino podia irse á acostar, para que con esto echase de ver el tio que no le cuidaba tanto como ella, y asi se inclinase á su favor en el lance de un codicilo que pretendia que nuevamente hiciese, como ya le habia propuesto al sobredicho ayuda de cámara del viejo; pero no fue posible reducir al jóven á lo que ella queria, antes respondió que no habia que pensar dejase la cabecera de su tio hasta el último suspiro: ella altercó con él, pero nada pudo conseguir. El señor Haya para impedir que pasasen adelante las disputas, se despidió del viejo, y todos tuvimos que seguirle encaminándonos á casa.

CAPÍTULO VI.

Del teatro cómico de los monos.

La tristeza que reinaba en el semblante del señor Haya, y la alegría que no podían disimular los ojos de su esposa, formaban un contrapunto bastante curioso. Nosotros no sabíamos que partido tomar, por hallarnos indiferentes para cualquier suceso; no obstante, la amistad y el agradecimiento nos obligaban á hacer el papel de dolientes; bien que por haber comprendido el carácter del enfermo, conocíamos la poca utilidad que redundaba á aquellos dominios de la vida de un personage, ya por su edad imposibilitado y ridículo.

Al día siguiente dejé la cama al rayar el sol, y pocos minutos despues vi salir de su cuarto al señor Haya, que ansioso por saber de su tío se encaminaba á despertar á los criados, para enviarlos á saber como habia pa-

sado la noche. Bastante trabajo costó que se levantase uno, el que fue prontamente con el recado: no tardó mucho en volver con la respuesta de que ya habia finalizado la escena, habiendo muerto el viejo una hora despues de media noche. Con este aviso se dejó llevar el señor Haya del sentimiento, apoyándose sobre una silla en donde se mantuvo un rato con un profundo silencio, y los ojos fijos en el suelo; despues sacando fuerzas de flaqueza, se levantó con el rostro algo mas sereno, diciendo: inútiles son los lamentos no teniendo ya remedio el mal; yo he cumplido con las obligaciones que la sangre y la gratitud me dictaban, sin que me quede remordimiento de haber omitido cosa que me pertenecies. Así pues con una constancia filosófica desechó los movimientos del dolor y de la pasion, sin aumentar los daños de aquella pérdida con acarrearle los males que suele producir una continuada tristeza. ¡Felices los que tienen fuerzas para vencerse á sí mismos de este modo, y para corregir sus pasiones con una virtuosa resistencia!

Esparciose la noticia de esta muerte, y fue muy general el júbilo por la vacante de un empleo tan visible, á que aspiraban las personas mas distinguidas y principales de la corte. No parecia sino que el estado habia hecho la conquista de alguna provincia; por lo cual el pobre mono que por su príncipe y la patria habia emprendido unas no comunes hazañas, no tuvo quien le compadeciese muriendo: recompensa muy ordinaria del verdadero mérito; hasta tanto es cierto que el interés particular atropella por todas las leyes de la gratitud y del decoro.

Madama Espina no podia contener su alegría, creyendo firmemente que desde aquel dia entraba en posesion de todos los bienes del difunto: pero el mencionado sobrino, que era el heredero del tio, no se dió prisa á hacer abrir el testamento. Ella que deseaba eficazísimamente saber su contenido solicitaba con todo esfuerzo que se hiciese su publicacion. Resistiólo vigorosamente el sobrino, sin dejarse vencer, ni por la importunidad de los ruegos, ni por los insultos de aquella

irritada mona : ésta finalmente tuvo que llamar á un escribano para concertar con él el precio para la consecucion de sus deseos ; vino éste y encareció mucho la maniobra. Hay en aquella ciudad la costumbre de contratar con los escribanos cuanto han de llevar por abrir un testamento cerrado ; y así la suma que él pidió fue exorbitante, sin que fuese posible consintiese hasta tanto que se le dieron cien escudos de oro de moneda cabal y corriente.

Luego que agarró la paga abrió con toda solemnidad el dicho testamento, que contenia muy pocas líneas. Dejaba el viejo por heredero universal de todos sus bienes al sobrino , y solo le aconsejaba que diese al señor Haya alguna ayuda de costa para que pudiese colocar honradamente á su hija la señora Lechuga. El escribano hizo un buen viage , pues solo por leer cuatro renglones cogió una paga que parece increíble , excepto á los que conocen la voracidad de estas gentes ; y la pobre madama Espina pagó á bien caro precio su disgusto. Luego que se hizo saber al sobrino la voluntad de

su difunto tío, consignó para la hija del señor Haya con una generosidad sin igual, una dote con que la soliciarían los mejores partidos de la corte.

Todo esto pasó aquella mañana antes de recibir las acostumbradas visitas de pésame, que son un verdadero martirio, tanto para los que sinceramente están doloridos, como para los que no lo están, habiendo de fingir una pasión que no sienten. Madama hizo muy bien el papel, llenos sus ojos continuamente de lágrimas; pero en la realidad era llanto originado del despecho y la desesperación de ver burladas sus esperanzas; las amigas creyendo cierto su dolor, la acompañaban en su sentimiento, y como que deseaban que el viejo no hubiera faltado tan presto, por considerar que los golpes que dan mas treguas son menos dolorosos; ella tambien con su propia sangre hubiera pagado que viviese aun, ó por ver si le podia inclinar á sus deseos, ó por cargarle de injurias por haberla burlado.

Entre los muchos que concurrieron á las comunes formalidades se distin-

guió por ser de los primeros el señor Alcachofa; este era un jóven de bellísimo corazon; de poquísimo entendimiento y de muchísimo amor propio. Era su ordinario estilo correr por la ciudad de visita en visita cumpliendo en todas con un proporcionado período los dias que no se lo impedia cierta ocupacion que era su empleo, que él estimaba como cosa de grave entidad, pero que en realidad era bien despreciable. Luego que cumplia con las primeras ceremonias torcia la conversacion á sus propias alabanzas, repitiendo puntualmente todos los dias una misma leccion; sino encontraba dispuestos á los circunstantes para escucharle, se despedia, y marchaba á otra casa á echar la misma arenga. A este rogó el señor Haya que me llevase al paseo, no queriendo que yo estuviese todo el dia encerrado entre aquellos objetos de tristeza. El buen mono no solo vino bien en este encargo sino que tambien se obligó á acompañarme por la noche á la comedia. Acepté gustoso su liberal oferta, y partí con él de aquella casa en donde me hallaba muy vio-

lento, viendo tanta ficcion por todas partes.

Apenas salimos á la calle, el señor Alcachofa, me rogó que le recibiese por uno de mis amigos. Yo soy, me dijo un honrado mono que desciendo de una honesta familia. Mi ocupacion consiste en ciertas dependencias en el consejo, en las que me manejo con toda exactitud y puntualidad, cosa rara en los de mi profesion: no llevo costas á los caballeros por el trabajo que pongo en sus negocios, y con esto estoy bien recibido de la nobleza, y me admiten en todas sus concurrencias y visitas, como si fuese uno de los mas ilustres personajes de estas provincias; vivo en el gran mundo, y gozo de todas las diversiones de la vida: no hay público regocijo en donde yo no me halle; á la primera salida estoy ya seguramente en el teatro: concurre no solo con mi persona sino tambien con mi dinero donde se entra por él en los bayles; no obstante que hay malignas monas, que dicen que asisto en cualidad de perro de guarda de la sala donde se danza. Finalmente

mi suerte es envidiada de cuantos me conocen. Enseñóme despues un estuche de plata, una caja de esmalte y otras frioleras, que componian el pequeño equipage de este Narciso moderno. Sacó finalmente un puñado de dulces de la faltriquera y me los regaló; diciéndome que quien continuamente trata con las hermosas, es forzoso que siempre vaya prevenido de semejantes golosinas.

Yo estaba aturdido, al paso que me divertia el nuevo original carácter de este jóven: iba hablando á todos los caballeros que pasaban á poca distancia, y cuando no le respondian repetia el saludo en tono mas alto. Conocí que se fatigaba en tan penoso ejercicio para hacerme ver que se llevaba la atencion y favor de todos. Despues en encontrando con algun monito jóven de los de su mas estrecha confianza se paraba, le daba un polvo, y luego le preguntaba enfáticamente por ciertas monas, que yo por la conversacion iba infiriendo no eran de la mas plausible conducta. No obstante que me enfadaban tantas paradas, no podia me-

nos de reirme de las particulares expresiones de que se servia en su discurso, del risueño y afectado semblante con que se insinuaba, y finalmente de ciertos gracejos con que sazónaba el asunto de sus conversaciones que sin ellos eran á la verdad de poquísima substancia. Así se finalizó la tarde.

Al anochecer me llevó á una de las tiendas del agua negra hirviendo, en donde habia una multitud de monos y monas en trage de máscara. Á todo el mundo me presentaba, pero en particular á las hembras: las decia que yo era un sugeto de singularísima viveza, y de una comprension muy transcendental; bien que ni en toda su vida hasta entonces me habia tratado, ni él podia ser juez en tales materias. A pura fuerza me hizo beber una taza de aquel licor negro, y pagó por mí; pero de modo que lo conociesen los presentes. Llegó finalmente la hora de la comedia; convidó á ciertos jóvenes á que viniesen al aposento que me destinaba, y llegamos al teatro poco antes que se diese principio al espectáculo.

Mi conductor con sus compañeros, no hicieron otra cosa que charlar durante la representacion, dirigiéndose todos sus discursos á un fin. Hicieron gala de la disolucion, cada cual exageraba sus excesos, creyendo que con tan vergonzosa vanagloria pasaban por unos espíritus marciales. De cuando en cuando se asomaban por fuera del aposento para saludar á algunas hembras de cabeza ligera que andaban á caza de gangas. Muchas veces me impedían con tal bullicio la vista de la escena, como si no contentos con impedirme oír á los actores con sus importunas conversaciones, envidiasen á mi vista el gusto de mirar la accion. Confieso á la verdad que no podia darse mayor molestia, y ya en mi interior habia deliberado renunciar para siempre la compañía del señor Alcachofa, á lo menos cuando se juntase con sus desordenados y fastidiosos amigos. Pero no obstante tantos estorbos, referiré lo que observé en este espectáculo aquella noche, y confirmé despues en las ocasiones que volví al teatro, para formar de él una justa idea.

Ví pues cuatro figuras extrañamente vestidas, y que á primera vista podrían confundir al mas penetrante ingenio. Dos de ellas tenían la cara de color de hollin, pero el cuello, las orejas y las manos del color natural de los monos. Yo creo que esta transformacion de rostro se invitaria expresamente para quitar toda equivocacion cuando se representase, advirtiéndolo con tal extravagancia á los presentes que aquellos personajes son fingidos. Uno de ellos (fig. 1.) tenía un vestido hecho de remiendos de diversos colores, pero puestos con tal órden y dibujo, que queriendo pasar en la mente de los espectadores por un mendigo, pudiesen traslucir sin mucha dificultad que no era real y verdadera la miseria. El otro (fig. 2.) tenía cierto vestido extravagante muy corto, unos calzones larguísimos y la capa ó ferreruelo que apenas le llegaba hasta la cintura; estas ropas eran blancas, guarnecidas de farfalaes verdes. De las otras dos figuras, aun mas ridículas que estas, la una (fig. 3.) se semejaba al murciélago en el color y

hechura del vestido : la cara era parte de Etiope y parte natural ; esto es , la frente y la nariz eran como la noche , y lo restante del natural color. El otro (fig. 4.) andaba en chinelas ; el vestido interior era encarnado , y tenia al lado un largo cuchillo , con cuyos arneses se me figuraba un carnicero ; sobre esto llevaba un saco negro , y en la cabeza un gorro del mismo color ; el rostro no tenia cosa particular sino la barba , que era cana , larga y retorcida , formando la figura de un cuerno. Cada uno de estos cuatro personáges tenia distinto dialecto , y así no es maravilla que yo no entendiese palabra de todos sus discursos. Los otros actores , cuyo language me era fácil de comprender por ser el comun de la provincia en que me hallaba , no tenia cosa particular ni en sus vestiduras ni en sus personas. Esto es lo poco que pude observar entre la confusion de la novedad , que no deja discernir suficientemente los objetos , y entre el estrépito molesto de los mozelos que me acompañaban en mi mismo aposento.

Antes de pasar adelante en mi historia y llegar á otros asuntos, quiero dar una idea de estos espectáculos, segun el examen que hice en las diversas ocasiones que me hallé presente á ellos. Es regla general en todos caracterizar un criado bufon, que con equívocos y frias alusiones de vocablos haga reir á un pueblo necio, que debería desterrar del teatro semejantes vergonzosas puerilidades que tanto perjudican al buen gusto; otro criado malicioso que hace oficio de tercero, burlando traidoramente á su dueño, y que corrompe las mas veces las buenas costumbres, forma el segundo carácter; á estos se siguen un viejo avariento y sospechoso; un pedante legista ridículo; una criada desvergonzada; dos pares de amantes que se quieren mucho, que se dicen mil disparates y que deliran por conseguir sus deseos. Esta es la familia que compone toda la tropa que sale al tablado. Véase una multitud de comedias, y en todas se encuentran los mismos caracteres, y los mismos objetos se proponen. El arte de los compositores está

en enredar la accion hasta cerca del fin , en cuyo caso , sin saberse cómo , quedan disueltas todas las dificultades y se acaba la comedia con tres espon-sales , queriendo la criada temeraria-mente imitar tambien á su ama en sus complacencias. Otras veces el te-vido de la accion está tan enredado , que no sabiendo el ingenio como de-satar un nudo que ha tenido el gusto de enlazar con un sinnúmero de co-sas que no tienen relacion con el fin principal , introduce un mago , que en virtud de sus encantos hace venir al teatro al demonio , ó unos fantasmas ó máquinas de esta calidad : este es el caso en que el auditorio gustosísimo da mil palmadas aplaudiendo la vasta idea del inventor.

Pero no abusemos de la tolerancia de mis lectores , deteniéndoles mas en estos asuntos.



CAPÍTULO VII.

De lo que pasó á Enrique con el señor Romero.

No se hablaba de otra cosa al dia siguiente por la ciudad, que de la eleccion para el empleo nuevamente vacante. Los señores mas principales y mas dignos aspiraban á tan alto y lucroso puesto, y asi se multiplicó el número de los pretendientes, mas de lo que se podria creer. Al señor Sauco pareció conveniente ser uno de tantos, con la general desaprobacion de todos. Era este un mono, cuya sospechosa conducta le hacia odioso entre todos los nobles, que á reserva de pocos, no podian sufrirle en su compañía. No obstante las oposiciones y contradicciones públicas, no desistió el dicho considerando que iba á perder poco en que le excluyeran de su pretension.

Todos los que tenian algun manejo

en la corte, se empleasen en pretender unos á favor de su amigo, otros del pariente, y alguno con la esperanza de sacar grandes ventajas, si salia electo el que él protegía. Cada uno exponia los méritos propios y los de sus antepasados, su zelo y los títulos que justifican todo esto. En este caso observé, cuan grave yerro comete quien se expone á tales pretensiones, sino mira absolutamente libre de toda nota á su conducta, y de todo defecto á su familia. Suelen los coopositores (¡qué nobleza de corazon!) desenterrar y sacar á luz las ya dormidas memorias de cuanto se les puede imputar á sus antagonistas, y si acaso no encuentran en sus personas ó en las de sus ascendientes suficientes motivos para informarlos, echan la voz de ciertas fingidas sospechas, que acarrean mas graves perjuicios y efectos mas peligrosos que las excepciones personales y verdaderas. La ciudad estaba dividida segun las diversas inclinaciones, que pocas veces se fundan en el mérito y la justicia; las mas proceden de particulares motivos de interés ó de

amistad y algunas de solo la preocupacion. Ya el privado, ya el ministro, estaban incesantemente molestando los oídos del Soberano, de cuyo concepto, ponderando los méritos de sus respectivos recomendados, hacian decaer á los otros candidatos: indeciso el príncipe entre los propuestos, suspendió el declarar su voluntad; y este fue el motivo de que este asunto no se deliberase tan presto como se debia.

Ya se iba acercando el dia de la decision de la causa pendiente entre el volatin y aquel que le habia herido en el mas delicado punto del honor y del interés, por tanto yo quise, antes que llegase este caso, visitar á los demas jueces, pues no habia tenido lugar de practicar esta diligencia despues de la primera sesion. Semejante acto de respeto me pareció que podria redundar en favor mio, para hacer con él que concibiesen una honrosa idea de la buena crianza y urbanidad de los de mi especie, y particularmente de mi persona.

Dí principio á esta tarea con la visita del señor Romero, que era un

mono muy práctico y antiguo en los negocios del reino, y que encubria bajo una exterior política y modesta, un alma doble y capaz de mil engaños. Con la descripcion de su carácter doy los motivos de haber comenzado por este sugeto las formalidades que emprendia. Se debe poner mayor cuidado en cultivar la gracia de las personas poderosas y que tienen mas mala intencion, que la de las que son de noble índole y propensas á favorecer, imitando á cierta vieja que tenia continuamente puestas dos velas delante de la imágen del diablo con la inscripcion siguiente, que intenta justificar un uso que parece contrario al buen proceder: *porque no me haga mal.*

Encontré al dicho ministro ocupado en dar audiencia á muchas personas que estaban en la antecámara esperando el honor de tener lugar de besarle la mano. Despues de muy corto rato hice entrar recado de que yo estaba allí, y el señor Romero tuvo la atencion de preferirme á todos los que esperaban. Luego que llegué á la pieza inmediata á la en que él se ha-

llaba, se levantó, salió á recibirme, me abrazó, besó, y dió á entender el sumo gusto que tenia en considerarse útil para poder servirme, persuadiéndose á que me habia tomado el cansancio (asi lo expresaba) de pasar á su casa para darle el honor de imponerle algun precepto. Yo le respondí, que solo el cumplimiento de mi obligacion me habia estimulado á incomodarle con aquella visita, y que lo único á que yo podia aspirar, era á que continuase los buenos oficios de su proteccion. Los espíritus altivos se dejan mucho llevar de la adulacion, aunque sea excesiva, y asi conocí el gran gusto que el señor Romero recibió con mis expresiones: me afirmó que entre todos aquellos cuya amistad consideraba apreciable, yo era con quien él deseaba mas estrecharla; no me dejé engañar de sus fingidas expresiones; pero para pagarle con otras tales sus falsas palabras, le demostré lo sumamente reconocido que habia quedado á la gloriosa distincion con que me trataba.

Despues de estos preámbulos y engaños que iban y venian de diestro á

diestro, introdujo la conversacion de los demas ministros, y conceptuando, en fuerza de lo acreditado que se consideraba en la corte y en la ciudad, que yo seria uno de sus mas sinceros afectos no halló inconveniente en hablar con toda libertad del ministerio; en fin, para abreviar, dijo mal de cuantos citó; uno en su concepto era un ladron público: otro un traidor al príncipe: éste un disoluto, estotro un adulador; y todos juntos una sentina de perversas costumbres. No sufría mi genio el condescender á una conversacion tan mordaz, por lo que escusé la contestacion con el pretexto de que habiendo tan poco tiempo que yo estaba en aquel continente, no podia aun haber formado idea adecuada de los personajes sublimes de que se componia, mayormente cuando era forzosamente una particular gracia para que los forasteros, cual yo era, pudiesen interiorizarse con semejantes sugetos. En consecuencia de esta repulsa, dirigió el señor Romero la conversacion hácia sus circunstancias, alabóse muchísimo, y exageró los buenos oficios que

habia hecho, mediante su poder, á favor de toda especie de personas: asentí á su gran mérito, no obstante que sabia muy bien, y con cierta ciencia, que vendia hasta las palabras, con que tenia entretenidos á los que recurrian á su favor.

Á este tiempo vino su maestra-sa, y le avisó de que cierto asentista le enviaba, en muestra de su particular estimacion, un regalo de ciertos licores: haz, respondió, que pase adelante el que los trae; y volviéndose á mí me dijo: creen estos que grangean mi patrocinio con estas bagatelas: yo las recibo porque desde mi casa no las lleven á manos de quien venda el estado al que mas ofrezca: semejantes donativos siempre vienen acompañados de alguna pretension; yo escucho sus peticiones con semblante sereno, sin dejarme seducir, y despues aplico mi voto, no á favor de quien me regaló, sino del benemérito, con la mira única del bien público. Alabé una máxima tan sana, aunque yo sabia bien que no hablaba con él esta alabanza, por cuanto obraba todo lo

opuesto absolutamente á lo que decia. Entró el que traia el presente, seguido de dos criados que sostenian una grande frasquera de plata, dentro de la cual venian doce frascos llenos de ciertos licores, de cuyos nombres no me acuerdo. El ambicioso ministro disimuladamente dió una ojeada á aquel precioso vaso, y con un risueño rostro preguntó si habia de volver á llevarse los frascos vacíos. Hizo una profunda reverencia el mono que traia la embajada, y respondió que aquella oferta, tal cual ella era, venia enteramente destinada para el uso de su grandeza (título ordinario que pretenden los personajes de primera clase), que cuando tuviese que hacer alguna fineza á algun amigo, podrian servir los frascos y la frasquera. Asegurado aquel astutísimo camastron de que la plata venia tambien destinada para él, mandó se le respondiese al asentista que ya se verian y hablarian despacio. Obsérvese el ridículo disimulo del señor Romero, que ni aun dió gracias á aquel que quizás para satisfacerle su avaricia tendria que estrechar la eco-

nomía ordinaria de su familia, y todo esto con el fin de que no se formase mal juicio de él, teniéndole por cazador de grandes regalos.

Como deseaba cumplir mis ideadas formalidades visitando á los jueces, y con este me habia ya detenido demasiado, me puse en pie, y le pedí su licencia. Mostróse sentidísimo el señor Romero de mi resolucion, diciéndome: ¿y por qué, amigo mio, me quereis dejar tan pronto? Por dar algun pretexto á mi despedida, respondí que viéndole ocupado en sus dependencias, y estando esperando tantos el honor de hablarle, queria dejarle en libertad. Sonrióse graciosamente el ministro, y replicó: y qué quiere decir eso? Estos que esperan, volverán mañana si hoy no me digno de oirlos. Las personas del estado medio é ínfimo han nacido en el mundo para hacer la corte á los monos como yo; y se han de tener por muy afortunados, si despues de venir á presentarse repetidas veces, logran el honor de que los admita. Sentaos, y os daré parte de mi pensamiento, y despues de esto tendreis á

bien que á presencia vuestra escuche algunos de esos que habeis creido personas de suposicion. Con muchísimo gusto hubiera yo perdonado la confianza con que queria participarme sus ideas y asuntos por estar cansado ya de oir máximas tan contrarias á las mias; pero por no irritar á una bestia feroz, es necesario muchas veces complacerla. Tomé asiento y me habló en los términos siguientes.

Sabed, amigo mio, que yo he sido dos veces casado; pero de mi primera esposa, que ha diez años que murió, no logré la dicha de tener sucesion. Como cuando enviudé tenia ya muchos años, habia perdido las esperanzas de que me la concediese mi fortuna, aunque pasase á segundos desposorios; no obstante era forzoso poner todos los medios; no salieron estos vanos, pues el cielo que toma á su cargo con particular cuidado las familias mas ilustres, condescendió á mis ruegos concediéndome en una jovencita con quien me casé dos meses despues de viudo, un hijo al año inmediato de mi boda: no ha nacido otro alguno; pero en es-

te tengo ya asegurada la propagacion de mi casa. Ahora está para cumplir los nueve años, pero yo paso ya de setenta, y así no espero tener tan larga vida, que pueda llegar á tiempo de dirigirle en su juventud por aquellos caminos que yo he seguido y me condujeron á la cumbre de la utilidad y del honor. En la incertidumbre de poder cumplir en este punto con las obligaciones de padre, pienso adelantar con una seria educacion los frutos que se esperan de esta nueva planta; y ahora sabed que los sugetos que estan en mi antecámara son los que han de concurrir á tan grande obra; acaso habrá quien venga por algun otro negocio; pero la mayor parte son los que vienen llamados á este fin.

No podia alabar suficientemente la sabia cautela de este mono, que aunque pésimo ciudadano, parece que queria ser buen padre. Á este tiempo tocó la campanilla, y pidió al maestresala la lista de los que esperaban audiencia. Inmediatamente que lo mandó, la tuvo en su mano; repasóla muy bien, y dijo: que entre Algarroba.

De allí á un momento ví entrar á un mono con cuanta gala es imaginable; traía una casaca bordada de oro, y la chupa era de una delicadísima tela de gusto, toda cubierta de oro y plata; estaba muy bien peinado y lleno de polvos; sus manos calzadas de unos blancos y finísimos guantes, y los restantes adornos todos correspondientes á su general aseo. Luego que entró me puse en pié creyéndole un caballero de altas circunstancias; pero el ministro conoció que yo me habia engañado, y me hizo señal para que no estuviese en pié. La primera pregunta que le hizo el señor Romero me avergonzó é informo de mi error, pues fue, que cuanto tiempo habia que era cocinero. Algarroba, despues de una profunda reverencia, respondió en un lenguaje tosco y oscuro, que en su vida se habia ejercitado en otra cosa, y siendo examinado acerca de su capacidad, él para dar una muestra de ella, contó que en el convite de cierto príncipe supo dar una sopa del valor de cien escudos de oro. Entonces dijo el señor Romero con semblante alegre:

basta; tú eres un excelente mono, y digno de que te emplees en mi servicio: dime pues lo que necesitas. Diré, respondió, libremente á vuestra grandeza, que fuera de la manutencion mia y de mi familia, se me darán seis escudos de oro cada mes; pero en inteligencia que he de tener cuatro ayudantes á mi órden, pues mi oficio solo es distribuir las necesarias disposiciones para que el amo esté prontamente servido. Tiene razon, añadió el señor Romero, que no es conveniente que el gefe de una profesion tan distinguida se emplee en lo que no sea correspondiente á su habilidad: yo te concedo cuanto pides, porque es muy puesto en razon, y desde mañana espero que vengas á servirme. Inclino la cabeza el cocinero, hizo una gran cortesía y partió.

Volvió á mí el señor Romero, diciéndome: no hay oro bastante con que pagar á un buen cocinero: nosotros los grandes no podemos hacer mejor uso de nuestras riquezas, que empleándolas en las delicias de la mesa, en donde, ademas de saciar el apetito,

se da á entender la magnificencia y liberalidad del dueño. Aunque me habia admirado el cocinero por sus vestidos y por su habilidad, destructiva de las mas floridas rentas, y aunque igualmente me habia hecho el señor Romero que formase una opinion de él que le caracterizaba por enemiguísimo de la sobriedad, con todo tuve que bajar la cabeza, y condescender con sus proposiciones.

Entró despues cierto mono muy soplado, peluquero de profesion: el que por espacio de muchos años no habia tenido otro estudio que inventar nuevos modos de cortar y rizar el pelo. Este habia de tener la obligacion de ir todas las mañanas á componer el cabello al señorito, y aqueste era uno de los mas graves cuidados que tomaba el padre en la educacion de su hijo. Prometió el peluquero no faltar dia alguno al cumplimiento de su obligacion; y tratando acerca de la paga, se le propusieron dos escudos de oro cada mes. Quería hacerse de rogar; pero finalmente, suponiendo que hacia mucha merced á S. G. dijo, que esti-

mando mas el honor de servirle, que la ganancia que se le proponia, gustosamente admitia el cargo para que le habia juzgado digno.

Partió este artífice, y el señor Romero promovió la conversacion de ciertos padres, no pudiendo llevar en paciencia el poco cuidado que tienen con los cabellos de sus hijos, permitiendo su cultura á las manos de una criada demasiado contemplativa, ó de un criado poco experto en un arte que hace distinguir la cabeza de un noble de la de un plebeyo. Inferí de este discurso los alcances de nuestro ministro, y que si trataba de los intereses del reino como de los peinados, bien podia estar el príncipe satisfecho de sus servicios. En este intermedio volvió el peluquero para declarar que iba en la inteligencia de que su salario era libre de tener la obligacion de poner de su cuenta polvos, manteca, peines, hierros, &c. Justa es tu demanda, respondió el señor Romero, que no queria disgustarle por la alta estimacion que tenia hecha de él: se te proveerá de cuanto necesites: anda

enhorabuena y cumple tu obligacion, sin hacer faltas, y con habilidad. Entonces el peluquero repitió las cortesías y marchó.

Entró saltando el maestro de baile á besar la mano al señor Romero, y á este le expuso su intencion de querer se enseñase á danzar su hijo, y como de entre tantos como habia de su profesion le habia elegido, creyéndole capaz de sacar un discípulo perfecto. Vuestra grandeza, respondió el bailarín, no puede errar en sus resoluciones: de mi escuela han salido los mas diestros bailarines del teatro; y las principales señoritas de la corte son mis discípulas. Ya sé yo muy bien, añadió nuestro ministro, que grande es tu habilidad; no te falta para ser perfecto otra cosa, que ser natural de la metrópoli de esos estados que están confinantes á los nuestros; porque á la verdad, no parece sino que allí nacen desde luego con particular talento para danzantes. Esta es, replicó el maestro, mi mayor desgracia, porque me quita el ganar otro tanto; pero como no puedo remediarlo, es fuerza

contentarme con lo que soy. Contratóse la paga, segun el estilo de la ciudad, que era una pieza de oro por doce lecciones, y cada una habia de durar cerca de media hora; pactóse á parte, que no entraba en esta cuenta el salario del que tenia que tocar mientras las lecciones.

Finalmente, compareció un mono de un color verdinegro y macilento, que parecia la imágen de la necesidad. Y pues, ¿quién eres tú? le preguntó el señor Romero. Yo, respondió con mucha humildad, soy aquel por quien se ha empeñado el ama de vuestra poderosísima consorte para preceptor de vuestro nobilísimo hijo. Estos preceptores, añadió el ministro, me hacen montar en cólera; mas de trescientos memoriales tengo en que me recomiendan á otros tantos sugetos, y yo no necesito mas que uno, y ese acaso es cuasi supérfluo. ¿Y qué enseñareis á mi hijo? Le dictaré, dijo el mono, los principios de una buena literatura, y los elementos de las ciencias. Alteróse en extremo el señor Romero, diciendo: ¿tambien vos estais imbuido en estas

ciencias? Por toda la provincia se ha introducido esta epidemia, que produce consecuencias muy fatales. Yo no quiero ciencias, porque no las he estudiado, ni las aprendió mi padre, ni mis abuelos, ni mis bisabuelos, ni otro alguno de mis ascendientes. ¿Lo ha entendido el señor preceptor? Yo obedeceré en todo á vuestra grandeza, respondió el maestro, todo temblando de miedo; dadme, señor, los preceptos, segun los cuales conformaré puntualmente mis operaciones. Vos, replicó el caballero, enseñareis la lengua mona antigua á mi hijo, en lo que empleareis tres horas por la mañana, y dos despues de comer: siempre habeis de estar á su lado; le acompañareis á las visitas y al paseo, y cuando esteis con él á solas le sugerireis las máximas de caballería: le impondreis en que ha nacido superior de los demas monos; que no debe sufrir agravio alguno de sus iguales, y que se hará respetar si le llegan á tomar miedo; y otras cosas que á un literato como vos no se ocultarán, aunque por vuestra sangre no tengais obligacion de saberlas. Por este

trabajo os concedo la mesa de mis criados, y si ademas de esto teneis pretension á algun salario, decidlo sin cortedad.

Queria el infeliz preceptor dejar á voluntad del ministro la entera disposicion de su paga ; pero éste se mantuvo firme en asegurar que no queria ofrecer cosa alguna, porque despues no se dijera que se habia valido de medios violentos. Obligado el preceptor á declararse, pidió una pieza de oro cada mes. Esta peticion me hizo formar una alta idea de la prudencia del que la habia propuesto ; pero fue al contrario el efecto que hizo en la mente del señor Romero, que trató de vano, ambicioso y temerario al pobre mono, que se exponia á continuas fatigas por una miserable recompensa ; mas no obstante quedar muy mortificado con la repulsa por tan corta pretension como la suya , temeroso de perder la ocasion de colocarse , y lo que es mas, estrechándole el hambre á que condescendiese á cualquiera condicion , aunque fuese la mas vergonzosa, pidió perdon rendidísimamente de lo exorbitante

de su peticion al señor Romero; rogándole que le admitiese en su servicio con los pactos que mas convenientes le parecieran. A esto respondió el ministro; yo os concedo la mitad de lo que habeis insinuado; y si con el tiempo viese que mi hijo aprovecha con vuestras lecciones, os sere agradecido, dándoos de adealas al fin del año algun par de zapatos: pero estad advertido de no separaros un punto de los documentos que os he dado: teniendo asimismo entendido, que absolutamente no quiero que deis que sentir á mi hijo; desdichado de vos si le azotárais, porque habia de tomar una ejemplar venganza, por ser cosa que notablemente desdice, que una mano que nació destinada para servir, tenga la execrable osadía de castigar á un sugeto que previene el cielo para los primeros honores de la pátria, y para ser el apoyo de su príncipe. El pobre mono hambriento tuvo forzosamente que adherir y condescender con la voluntad de aquel indiscreto padre; despues de lo cual se fue retirando, repitiendo las cortesías y prodigando los títulos mas excelsos, capa-

ces de satisfacer el ridículo fausto de un viejo tan soberbio.

Luego que éste marchó dejándome el corazon lleno de la compasion mas tierna, me dijo el señor Romero: vos, señor, acaso extrañareis el recibimiento tan poco favorable que he hecho al preceptor, pero cesará vuestra maravilla, cuando sepais que esta raza de monos es la mas impertinente que se encuentra en estas provincias. Hinchados con sus méritos quiméricos, elevan sus pretensiones hasta el término de quererse igualar á la nobleza; habiendo tenido el atrevimiento de esparcir en ciertos libros, que el saber da preferencia sobre la mas ilustre sangre, fundados en la ridícula razon de que las letras forman el mérito personal en el sábio, y el nacimiento no pende de nuestra voluntad. Tales libros sacrílegos deberian estar quemados con sus autores, pero el descuido ó acaso la depravada complacencia de ver si pueden abatirnos, son causa de que se introduzcan tan malvadas máximas.

Yo entonces le repliqué: si vos te-

neis por cosa peligrosa depositar en los sábios vuestras confianzas, prudencia será contenerlos en los límites debidos; pero no acabo de entender la razon de haber prohibido al preceptor que illustre á vuestro hijo con aquellas ciencias que son el alma de un estado culto y político. Vos, añadió el señor Romero, segun voy viendo, sois uno de los secuaces del nuevo método de educar la juventud; pero yo de nadie me dejaré persuadir á que permita á mi hijo que aprenda á delinear en un papel ciertas figuras mágicas, combinándolas con unos caracteres diabólicos, para que despues tenga el ridículo atrevimiento, en virtud de tan detestables medios, de querer saber cuanto pesa la luna, y que tamaño tiene el sol, con otras mil importunas necedades. En aquel punto eché de ver que era imposible adelantar cosa alguna con este espíritu envejecido en la ignorancia, y que formaba ideas tan extravagantes de la geometría, astronomía y álgebra.

No dejé no obstante de darle á entender lo que me admiraba la repug-

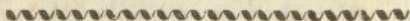
nancia que habia demostrado en que el maestro castigase á su discípulo: tengo para ello mis razones, dijo el viejo: un corazon tiernecito que se acostumbra á temblar á la voz de un pedante, no puede despues concebir sentimientos nobles y generosos: el muchacho que teme á las disciplinas como al mayor mal de los males, huirá despues á la vista del enemigo: no sabrá resistir á las amenazas de un émulo; y así será inútil para la guerra, para la vida civil y para su propia familia, oscureciendo con tan viles medios la generosidad de aquella sangre que debe á su nacimiento. Sé que opondreis á ésta la máxima de que la juventud con sus ardores queda incapaz de freno, si no está de antemano acostumbrada á contenerse dentro de los límites de la moderacion; pero á ésta que se cree virtud tengo yo por bajeza; y así dejándola para los espíritus abatidos, quiero desterrarla del todo del corazon de mi hijo.

Oyendo esta última proposicion no tuve fuerzas para aguantar mas; oponerme á sus palabras era ofender la

excesiva soberbia de un genio revoltoso y maligno, y así elegí el retirarme para no incurrir en la casualidad de enemistarme con un personage á quien habia tenido la paciencia de tolerar por tanto tiempo sus extravagancias, solo por tenerle en cualquiera ocasion propicio, ó á lo menos indiferente. Levantéme de la silla para despedirme de él; pero me instó diciéndome: esperad que acabe de dar audiencia, y yo mismo iré acompañándoos hasta vuestra casa, tendré tambien el gusto de visitar al señor Haya, que ha dias que no le he visto.

Yo, que no tenia gana de adularle, ni de exponerme al riesgo de algun contratiempo, le rogué me permitiese partir, por cuanto mis dependencias me obligaban á detenerme en otra parte antes de ir á casa. El señor Romero entonces se excusó de no introducirme á visitar á su esposa porque estaba todavia sin vestir. Era celoso con tanto extremo, que aun siendo criatura yo de diversa especie, de mí la recataba, encubriendo tan indecente pasion bajo el pretexto de la decencia y cumpli-

miento. Renováronse de una y otra parte las expresiones, aunque poco sinceras, y partí contentísimo de dejar aquella casa, con firme propósito de no volver á ella en mi vida.



CAPÍTULO VIII.



*De la visita de Enrique al señor
Peregil.*

A nduve largo tiempo por la ciudad para hacer las premeditadas visitas á los jueces mis compañeros; pero unos estaban fuera de casa, y otros acompañados de sus amigos, por lo que no tuve la fortuna de hablar á aquellos, y con estos no se introdujo otra conversacion que la general, por no haber podido quedar solos. Los discursos en todas partes eran unos generalmente; se decian mil males de los ausentes, se alababan los presentes; se esparcian sospechas ofensivas á la reputacion de muchos, y se daba fin á toda la obra, ó



Las dos y por M. Gamb.

Visita de Enrique al Señor
Peregil.

alguna me tomó la mano, rogándome tuviese á bien subir la escalera. Este primer paso fue motivo para que me pareciese este sugeto de un corazon sencillo y naturalmente lleno de afectos. Registré cuidadoso qué criados nos acompañaban, y no encontré mas que á un viejo cubierto de una antigua librea, y un pagecillo con un vestido de otro color. Subí finalmente y me hallé en un salon, cuyo adorno no era otro que un banco medio derrengado.

El ministro á este tiempo me dijo: no os admireis, señor, de ver tanta miseria en un palacio tan grande, porque en ella se cifra la mayor gloria, y mas estimable herencia que puedo dejar á mis descendientes. Yo heredé de mis padres cuanto podia desear para gozar una vida cómoda; pero las repetidas desgracias con que me ha visitado el cielo, me pusieron en estado de privarme aun de las cosas mas necesarias, solo por conservar mi honor con pureza: esta consideracion me hace mirar mi pobreza con vanagloria, pues veo que cuando me faltan las comodidades que tienen mis iguales, pue-

do vivir contento, porque nadie por mi causa tiene que lamentarse de daño alguno.

El honrado proceder del señor Peregil se manifestaba claramente con este discurso, pero le ví mas patente en lo que iré exponiendo. Me introdujo en un cuarto, cuyas paredes estaban adornadas con una colgadura de cierta tela de seda, llena de sacabocados, y que en otro tiempo fue encarnada. Me hizo sentar sobre una antiquísima silla, tan alta que se me quedaron las piernas como péndolas de relox; fuera de esto, los pies del sillón estaban talarados de carcoma, y así me hallaba en un perenne peligro de dar en tierra, ademas de estar en un continuo terremoto, balanceándome ya á uno ya á otro lado.

Luego que nos sentamos me preguntó el infeliz caballero, qué causa me habia movido para honrarle con mi visita, á lo que le satisface diciéndole, que solo la de que me reconociese por su rendido servidor. Mejor direis, añadió el señor Peregil, que era enemiguísimo de ficciones, por un be-

néfico amigo, pues solo vos habeis querido darme semejante complacencia, cuando mis iguales, y aun los del estado mas inferior, huyen lejos de mí. Estas son las consecuencias de la desgracia, que nos separa de los amigos, y nos hace despreciables á los ojos de todo el mundo; pero bien será disculpar esta conducta, pues la proximidad de los desdichados, atrae en cierto modo la tristeza, inseparable y necesaria compañera de los contratiempos.

Yo entonces por dar algun consuelo á este pobre afligido, entrando á la parte en sus sentimientos, introduje la conversacion, mas sin rebozo, acerca de sus infortunios: no puedo llegar á entender, le dije, como es que hallándoos colocado en un puesto que suministra á muchos las riquezas con abundancia, vos tengais necesidad tan grande como me dais á entender. Los cargos honoríficos, respondió el pobre mono, no son motivo suficiente para adquirir bienes de fortuna; si acaso veis que aquellos que los obtienen se dan buena maña para hacer grandes progresos, bien podeis decir que los

tales (si es posible que los haya) no han tomado como deben á su cargo los intereses de sus soberanos. Comunmente oímos decir que en los empleos eminentes se ejecutan mil comercios abominables; pero yo jamas lo he creído, pues me repugna asentir á que se encuentre sugeto circunstanciado que pueda bajarse á cometer tales vilezas.

Viendo que no era este el camino de poder aliviarle en sus penas, le pregunté, antecediendo mil excusas y vé-nias de mi atrevimiento, la causa de su infelicidad. Él arrancando un suspiro de lo íntimo de su corazon, respondió: por quanto no sois de mis compatriotas, que tal vez se alegrarian de mis desventuras como sucede frecuentemente; y porque descubro en vuestro discurso y en la fama que corre de vuestra honradez, que sabreis reservar la verdadera causa de mis infortunios, desde luego quiero manifestaros mi corazon, y por mi relacion llegareis á conocer cual sea el manantial de todas mis fatalísimas infelicidades.

Habiendo, como os dije, quedado heredero por muerte de mi padre de

una preciosa hacienda, pensé en asegurar mi sucesion, casándome con una noble, honesta, y hermosa jóven: nació de esta union no mas que un hijo, al que procuré educar segun las verdaderas máximas de la prudencia; no las comunes, y de moda, que siguen generalmente ahora los padres. Doctos, circunspectos, y hábiles maestros instruyeron á mi hijo en el modo de vivir con honor y cultura; aleccionáronle en las ciencias mas útiles; le dirigieron al amor de la virtud, y ya sus frutos aun no del todo sazonzados eran lisonja del cuidado, y continuas fatigas de su padre y preceptores. Aumentábanse sus años, y crecian al mismo paso sus luces, su bondad y adelantamientos. Todo caminaba á proporcion de mi amoroso anhelo, y ya me vanagloriaba de un éxito dichoso. ¡Cuánto se engaña nuestro miserable entendimiento al proyectar sobre los sucesos futuros! No era menor que el mio el consuelo de su madre, contenta de haber dado á luz un hijo que contemplaba habia de ser modelo de los mejores ciudadanos. Su obediencia á nues-

tros preceptos, y su atencion en obli-
gar nuestro cariño, nos acrecentaban la
natural ternura acompañada con una
justa estimacion de sus recomendables
cualidades.

Calló un breve rato al llegar á es-
tas palabras el desconsoladísimo ancia-
no, aprovechando este intervalo en en-
jugar las lágrimas que con abundan-
cia bañaban sus mejillas, y yo en tan-
to reflexionando la educacion que pre-
venia á su hijo el señor Romero y ha-
ciendo cotejo con la que al suyo pro-
curó el señor Peregil, no acababa in-
teriormente de abominar la conducta
de aquel, y de celebrar á éste todo lo
que se merecia. Volvió á tomar el hilo
de su relacion diciendo: todas estas
bellas esperanzas se desvanecieron en
un momento. No bien habia dado mi
hijo el primer paso por el mundo cuan-
do se le agregó uno de aquellos falsos
amigos que no intentan otra cosa que
corromper la inocencia por sus parti-
culares provechos. El corazon del dó-
cil jóven se dejó seducir á pocas per-
suasiones. Tomáron posesion de él el
libertinage y el juego, el lujo y to-

dos los vicios que acarrean la desolacion de una familia. No podia bastar la mesada que le tenia señalada para suplir tantos gastos, y para saciar la codicia de las malvadas compañías de su disolucion. Ya buscaba un pretexto ya otro para sacarme dinero: en una ocasion quiso hacerme creer, que habia saltado del engaste una piedra de valor que llevaba en la sortija; y otra vez que le salieron ladrones de noche y le habian despojado de cuanto llevaba: reparáronse estas pérdidas, pero de allí á poco se repitieron los mismos lances.

Todo el mundo sabia su irregular conducta, pero ninguno tenia valor de dar cuenta á un padre amoroso, y asi fui el último que supo esta desgracia, ya mucho tiempo habia pública en la ciudad y en la corte. Yo pensé reducirle con las paternas insinuaciones (creyendo remediable el mal) á un tenor de vida decente y arreglada; me lo prometió; pero suplicándome antes que pagase todas sus deudas: me hizo ver todas sus cuentas, cuyas cantidades ascendian á considerables sumas. ¿Qué no hará un padre enternecido, para

aliviar á un hijo que supone arrepentido de sus maldades? Suministrelé todo el oro necesario para que se reintegrase en su honor; y desde aquel punto comenzó el desconcierto en mi economía.

¿Lo creeriais? pues la mitad de la deuda era fingida, me engañó tan indignamente para sacarme dinero, por poder continuar su disoluto proceder, aconsejado para ello de sus falsos amigos. Fue este un golpe tan sensible para mi pobre consorte, que considerando caso desesperado la correccion de su hijo, cayó mala del sentimiento, y á poco tiempo murió. Con la falta de esta amada compañera de mis trabajos, me ví en la necesidad de tomar á mi cargo el gobierno interior de mi casa; pero incapaz de un manejo de tal naturaleza, me hallé tan robado de mis criados, que un año despues de su muerte saqué la cuenta, y encontré haber hecho mas gasto en él que solia ella hacer en tres mediante su economía.

No corrigió al malvado la muerte de su madre; antes connaturalizado ya en su pésima vida, y hecho maestro

de toda disolucion, no pasaba dia en que no me diese alguna nueva pesadumbre. Confieso la verdad, olvidé todo el cariño que le habia tenido hasta aquel tiempo, y únicamente me dediqué á mantener con decoro el punto de mi honor, y la conservacion de la buena fama de mi nombre y la de mi familia, en que tanto me interesaba, para cuyo efecto pensé en buscar remedio á tantos desórdenes. Continuamente estaba oyendo quejas contra él; ya tenia que componer á fuerza de oro el ultraje ejecutado en una honrada familia; ya el mercader me presentaba una subida cuenta de innumerables géneros y superfluos adornos, que podian haber saciado la vanidad del mas delicado pisaverde, ya venian á sofocarme pidiéndome una excesiva pérdida del juego.

Muchas veces intenté echar de mi casa, y desheredar á un hijo que arruinaba mi reputacion y mi hacienda, pero ¿qué se hubiera dicho de mí, si hubiese puesto en práctica este pensamiento? El mundo es cierto que no siente bien de las acciones injustas,

pero está siempre pronto á apiadarse del que prevaricó cuando le ve humillado con el castigo: hubiera sido mirado como un mal padre si hubiese querido proveer á mi subsistencia contra los atentados del que pretendia destruir de una vez mi crédito y mis bienes. Comencé á vender mis joyas, luego la plata, despues los muebles mas preciosos y los bienes raices, y finalmente hube de hipotecar las cuantiosas haciendas que mis mayores habian dejado fiadas á mi cuidado. Ahora me hallo en el duro deplorable estado de vivir con estrechez para suministrar á este disipador lo que ahorro á costa de mi alimento. He despedido toda la familia, que era numerosa, quedándome únicamente con dos infelices criados, ambos inhábiles para servir, uno por sobra y otro por falta de edad; pero los mantengo porque á causa de sus respectivos defectos me tienen menos costa.

Aqui volvió á hacer pausa el miserable mono para desfogar segunda vez su afliccion. Mucho me condolió este pobre viejo, y no acababa de

persuadirme como pudiese llegar á tal extremo la crueldad de un hijo que yo mismo hubiera despedazado entre mis manos. Intenté consolar al afligido con la consideracion de las alabanzas, que por su prudente proceder le darian sus conocidos; y con la reflexion de la heroica generosidad con que habia resistido tantos golpes de fortuna, para conservar aquel honor que reputaba por tan preciosa alhaja.

Bien decís, oh amigo, replicó el señor Peregil, y en parte aligeraria mi dolor si creyese poder preservar ilesa esta joya, que me es mas apreciable que cuantos tesoros encierra el mundo; pero despues de haber perdido todos mis haberes, me veo en vísperas de morir pobre y sin honra. Escuchad lo que en el dia me sucede. Ha venido hoy un mercader á pedirme doscientos escudos de oro por los géneros que ha sacado de su tienda mi hijo, que estando muy próximo á no tener que comer ni aun pan; ha tenido la locura de hacerse un vestido de este precio para salir con mayor gala que los mas ricos señores de la corte. Reflexionad

un poco en que consternacion me habré dejado semejante golpe, habiendo venido á una sazón en que estoy absolutamente falto de medios, y que puedo asegurar sin avergonzarme que no tengo un cuarto. No queriendo que supiese el mercader mi infeliz estado, recurrí á muchos amigos que me han dado con la puerta en los ojos. Busqué á aquella especie de gentes que suele aprovecharse de las repentinas urgencias de las familias, prometiendo ceder una casa de campo con un jardín accesorio como me diesen la cantidad expresada, hasta que el cielo me abriese camino para poderla pagar. Con los frutos de la tierra y con el uso de la casa, el que hubiese querido prestarme este dinero pudiera haber tenido una ganancia suficiente en recompensa de su capital, teniéndole al mismo tiempo seguro: pero todo esto fue en vano, por haberles parecido poco ventajoso el partido á aque' voraces harpias.

Enterneceime oyendo este suceso; y prometí instantáneamente al señor Peregil prestarle esta suma que me restitui-

ria cuando tuviese proporcion cómodamente , y sin las condiciones que á los otros habia propuesto. Se dejó ver al punto una particular alegría en el semblante de aquel afligidísimo mono , pero por una delicadeza ó punto de honor no quiso aceptar la oferta , á menos de que yo no recibiese en prendas el uso de la casa y el jardin que estaban como un cuarto de legua de la ciudad : fue forzoso ceder á su gusto , y al dia siguiente le entregué el dinero , y él formalizó la escritura. Como yo gustaba tanto de las delicias de la campiña , me tuve por muy afortunado viéndome con una casa de campo por tan poca costa, y tranquilizando al mismo tiempo el corazon de un mono que merecia por cierto mejor fortuna.

Antes de despedirme mandó el señor Peregil llamar á su hijo ; éste se hizo desear , y últimamente vino ; precediendo sus gritos y quimeras con los criados que no habian obedecido prontamente ciertos preceptos que los tenia impuestos. Habiendo llegado á presencia del padre , le riñó éste por los nuevos gastos , y señalándome le

dijo: sino fuera por este caballero me hubiera sido imposible cumplir con mis empeños. El señor Tomillo (que éste era su nombre) no me habló otra cosa que: vivaís muchos años; y despues vuelto á su padre, le respondió así:

No debiais darme la vida, sino habia de ser para pasarla como corresponde á mis circunstancias. Estamos inmediatos al carnaval; y no es decente comparecer por la noche con el mismo vestido que me vieron el año pasado. No me parece que voy muy descaminado en mis operaciones: acordaos de lo que vos hicisteis cuando mozo, y mirad si en tal caso teneis ánimo para desaprobarlas. En una palabra, yo he nacido para vivir en el mundo, para parecer delante de las gentes, para divertirme, para gastar. Sino recurro á vos, ¿á quién he de ir á que me dé lo que necesito? Dicho esto, apenas nos bajó la cabeza, y se marchó.

Entonces mas que nunca me pareció digno de compasion el señor Peregil, de quien me despedí despues de ratificarle la palabra del empréstito y

de haberle asegurado y prometido de nuevo un inviolable secreto acerca de las confianzas que habia tenido conmigo. Acompañóme hasta la escalera y yo dejé por último sereno á aquel desdichado viejo. Reflexionando despues mejor y sin pasion el carácter de este caballero, le consideré poseido de un engaño manifiesto, porque la delicadeza de su honor le ponía continuamente en un efectivo riesgo de perderle sin adelantamiento alguno, y sin tener siquiera la aparente gloria de detener el torrente á su desgracia ó á las desarregladas acciones de un jóven incorregible y connaturalizado ya con el vicio. Contémplese á cuantos yerros estamos expuestos. El dió principio con el mas acertado método á la educacion de su hijo; pero éste con la demasiada contemplacion llegó á precipitarse, y destruir todos los efectos del paternal desvelo; finalmente la falsa idea de su decoro atrajo al señor Peregil sobre sí y sobre toda su familia un piélago de miserias.

CAPÍTULO VIII.

*De la sentencia dada en el pleito
del volatin.*

En este mismo dia advertí alguna novedad en el palacio del señor Haya sin que pudiese adivinar el motivo. Entraban y salian ciertas personas que yo no conocia , se encerraban en el cuarto del dueño de casa para conferir secretamente algunos asuntos segun mi parecer importantísimos. A estas conferencias asistia tambien madama Espina , que desde entonces comenzó á afectar una seriedad que me hacia entrar en sospecha. Temí que acaso hubiesen pasado contra nosotros algunos malos oficios con estos nuestros bienhechores por lo que me acometió una suma tristeza Comunicué mis dudas con Roberto que continuaba siendo director de mis acciones y consejero de mis pensamientos. Mi amigo , que estaba igualmente que yo interesado en el agra-

decimiento para con toda aquella benéfica familia; pero que tenia mas cordura y mayor fortaleza, procuró consolarme diciendo, que mientrasuviésemos la proteccion del señor Haya no debiamos entregarnos á un temor sin fundamento. Puede ser, añadia, que en aquellas juntas ocultas se traten materias domésticas, de las que no permite la prudencia que sean los extraños sabedores; yo espero que todo terminará á satisfaccion de nuestro amigo, de su consorte y de sus hijos.

Aunque me hacian fuerza las razones de Roberto; con todo, no podia desvanecer mis melancólicos pensamientos, viendo continuarse las causas que los fomentaban, y así para disipar especies y dar algun alivio á mi turbado espíritu, fui á tomar posesion de la casa de campo y del jardin arriba mencionados. Todo ello estaba con el mayor aseo, por lo que me puse muy contento con mi alhaja: encontré un jardinero diestrísimo en su arte: yo que con fuerte inclinacion fui siempre aficionado al bello placer del cultivo de la tierra, tuve particularí-

simo gusto viéndome con proporcion de condescender á mi natural genio. Aprendí del jardinero las reglas de su ejercicio , y procuraba ponerlas en práctica al mismo tiempo que él las ejecutaba. La proximidad de esta casa á la ciudad me facilitaba el camino de satisfacer diariamente mi curiosidad ; y ademas del placer que sentia en pasar una vida conforme á mis deseos , fue tambien muy útil á mi salud , mediante la mutacion de aires , pues sin duda es menos sano el que respira en la ciudad que el que se disfruta en el campo. De cuando en cuando venian á verme mis amigos , con los que tenia el gusto de conversar exento de todas las formalidades fastidiosas.

Llegó el dia en que se debia ver la causa del volatin que se defendia del que le habia calumniado de mágico. Congregáronse los jueces y la sala se llenó de infinito pueblo atraido de la novedad de la disputa, de la alta reputacion de los jueces , y de la fama de los abogados que debian perorar á favor de sus respectivas partes. Permítaseme decir de paso que aunque no

hubieran ocurrido estas razones para mover á los monos á que acudiesen á aquel lugar, el ocio y la curiosidad de los habitantes de *Simiópolis* (esta acaso es la primera vez que en estas memorias he nombrado la metrópoli de este reino) hubieran sido motivos suficientes para atraer á las personas de todas clases de la ciudad para presenciar este acto. Es increíble cuanto se dejan llevar los Simiopolitanos de toda especie de pasatiempo: como se trate de no trabajar todos son de una misma inclinacion. Si un muchacho está jugando en la calle, inmediatamente se forma un cerco de mirones: si está un papagayo charlando á la ventana, al instante se vá juntando un peloton de pueblo para escucharle: toda bagatela es suficiente para embobar á estos naturales; señal bien clara.... Pero ¿adonde me dejo conducir de una reflexion que aunque justa y verdadera, no es á tiempo oportuno?

Comparecieron á presencia de los jueces en acto de pedir justicia, y con la mayor humildad el acusado y el acusador, seguido cada uno de los

abogados que habian de defender sus razones. Hecha señal para dar principio á la accion, se puso en un puesto elevado uno de los abogados del acusador, que empezó su oracion con una introduccion bien estudiada, que contenia por extenso las alabanzas de la integridad de los jueces. Como iba proponiendo el punto de la cuestion, la fue haciendo mudar algun tanto de semblante, pero con tal arte de sutileza y aire de sinceridad, que era capaz de engañar al de mas expedito ingenio. De esto pasó á proponer ciertos fundamentos que él llamaba axiomas, falsos si hemos de hablar en realidad, pero tan bien paliados con el colorido de verdades irrefragables, que temí mucho al reo con tan peligroso y diestro enemigo. Cuando él creyó ya á los jueces engañados con la falacia de sus principios, fue poniendo repetidos argumentos, todos concluyentísimos, y que era fuerza admitir como necesarias consecuencias que de ellos se deducian claramente. Despues con una verbosidad indecible, que entre las gentes de la curia se llama elo-

cuencia, repitió muchas veces una misma cosa con reiterada mutacion de términos; y finalmente volviendo á las adulaciones del principio, pidió á los jueces proteccion y justicia á favor de su parte.

Duró cerca de una hora la defensa de éste, y confieso que me gustó mucho cuanto habló, aunque muy bien conocí la apariencia con que intentaba seducirnos: me agradó la sutileza de su ingenio; pero condené interiormen- te el abuso. Mientras duró la harenga de este sagaz artífice de engaños, sudaba y estaba temblando el pobre volatin, que conocia cuan perjudicial le era que se disfrazase la verdad del asunto; pero luego que vió al segundo, que ya ocupaba el lugar del primero para defender su derecho, pareció que habia vuelto de muerto á vivo, abrió los ojos, aplicó el oido y públicamente demostró la alegría de su corazon en el semblante.

Era este abogado un sugeto de viveza, de gran penetracion para las sutilezas del contrario; y de suficiente capacidad para desvanecer sus máqui-

nas : en efecto , se aplicó á esto con todo su ingenio y eficacia. Comenzó después de un breve exordio á examinar los fundamentos sobre que se formaba la disputa contraria , y haciendo conocer la falsedad , mostró que sus raciocinios, aunque excelentes, no eran aplicables al presente caso , como tambien cuan diestramente y con que malicia habia alterado la cuestion en perjuicio de la inocencia , y con desprecio del tribunal. De aqui fue que se disolvieron por sí mismo los argumentos , como que estaban fundados sobre cimientos aéreos. Entonces aquel abogado , que podia con razon llamarse elocuente , si se hace comparacion de él con el otro , redujo la materia que se disputaba á su verdadero estado , y expuso la justicia de la parte que defendia con tal claridad , que no dejaba razon de dudar. Asi terminó la segunda oracion , que fue mas lucida y alabada que la primera , no tanto por la mayor excelencia del profesor , cuanto por haber tenido de su parte á la justicia.

Salió el tercer abogado á la pales-

tra para sostener las razones del primero. No ví jamas mono mas atrevi-do que él: su tosca figura, su semblante displicente, y su aire de superioridad y fiereza, le calificaban por el capitan general de los charlatanes y el terror de sus compañeros. Entonó su discurso con una voz que era capaz de hacer temblar á un ejército, la que sostuvo con la misma fuerza hasta el fin de su peroracion. Todas estas ventajas no fueron coadyuvadas de lo esencial que se busca en un orador; porque en lugar de apoyar las pretensiones de su parte con razones y argumentos, se separó cuasi del todo del examen y fundamentos de la cuestion propuesta, sin tocarla sino de paso, y consumió todo el tiempo que habia de emplear en su razonamiento en cosas del todo extrañas é importunas.

Quiso pues tentar primeramente el corazon de los jueces, confrontando las personas y circunstancias del jóven y del bailarín. Aquel, decia, hijo de unos padres honrados, se vé con vergüenza de todos sus parientes expuesto al peligro de ser la burla de

un hablador bagamundo : de aqui con una descripcion patética se compadeció del estado de los padres , las lágrimas de las hermanas , que aun no estaban casadas , y el disgusto de la ciudad viendo á uno de sus conciudadanos por un leve y pueril asunto , próximo al riesgo de mirar ultrajada su reputacion. Pasó despues á insultar al volatin y su arte ; y á él solo , sin conocerle , aplicaba todos los vicios que se encuentran divididos en los de tal ejercicio , empleando gran parte del tiempo en esta infamacion. Mordió agriamente en el honor y en el conocimiento del asunto á los abogados contrarios que llamaba á cada paso sus dignísimos compañeros y amigos. Con sales jocosas y ridículas procuró separar los ánimos de los jueces de la debida atencion , y excitó muchas veces la risa en los mas circunspectos. Juró finalmente , blasfemó y puso fin á su discurso.

Aunque no pude formar una idea completa , por lo que hace á este orador , ó ya por el arte de argumentar no obstante de la capacidad con que

le oí tratar los puntos extrínsecos de la causa, no pude menos de formar una alta reputacion de su ingenio, creyendo seguramente, que siempre que se emplease en la defensa de mejor negocio mediante su habilidad, le seria muy fácil con cualquiera razon, aunque fuese aparente, desatar un torrente de elocuencia, ó fulminar un rayo que bastase á destruir al que se le opusiera.

Entró últimamente el cuarto abogado en el puesto que habia desocupado el tercero. Cuando comenzaba á tomar el gusto que me causaba su carácter, por distinguirle de todos los demas, mediante sus divisiones geométricas y su estilo concluyente y conciso; se dejó oír una voz espantosa y repentina, que le dió un solemne *mentís* á una de sus mas verdaderas proposiciones. Yo, que no esperaba tal novedad, me hice cargo de que aquel que asi habia desmentido públicamente al orador, habia tenido la desgracia de haberse vuelto loco en aquel instante; y ya estaba esperando verle sacar fuera de la sala, para que con su nueva demencia no alborotase la úl-

tima parte de aquel informe. Mas si fue grande mi admiracion con tal suceso, aumentóse mucho mas viendo que se dejaba al loco en su delirio sin que nadie tomase á su cargo el hacerle callar. Ya no me fue posible poner mas atencion á las razones y artificio del abogado, á causa de que los dos hablaban á un mismo tiempo, y negando el uno lo que afirmaba el otro, se llenaron entre sí repetidas veces de dicterios.

No acababa de entender como se permitia desórden semejante; pero despues supe, porque asi me explicaron este enigma, que tales réplicas se habian instituido con bellísimo y prudentísimo fin, pero que el abuso las tenia reducidas á una vocinglería, semejante á las que se suscitan en las tabernas, en donde cada borracho habla, sin dejar tiempo al otro para que dé su respuesta. Con tal confusion se puso fin á la contienda, en la que ninguno de los presentes pudo comprender razon alguna.

Para hacer justicia á estos cuatro personajes, y por dar lugar á la ver-

dad, es forzoso tributarles las alabanzas de que son dignos. La claridad de sus ingenios, el sagacísimo arte de persuadir, y algunas veces de engañar al juez, enmascarando la falsedad con una afluencia de argumentos, que no se adquiere sino con grande estudio, y con una continuada práctica; un cierto nervio de elocuencia para saber epilograr todas las razones de la oracion al acabar la disputa, son particulares dones que no se encuentran fácilmente. En los países mas cultos no he advertido con mayores adelantamientos la oratoria. Es cierto que las flores de la retórica no estan muy hacinadas en sus discursos, que repiten muchas veces unas mismas cosas, y que con su verbosidad procuran alargar los razonamientos; pero hay para todo esto una respuesta muy adecuada; se les tiene concedido un tasado espacio, dentro del cual han de hacer todas sus probanzas, sin poder excederle; de aqui es que se ven precisados á exponer desde el principio toda la fuerza de sus argumentos porque no se cumpla la hora y quede su parte sin algu-

na de las respuestas conducentes, y por esto suele acabárseles la materia antes que el tiempo.

No se les puede instar tampoco, diciendo que en virtud de lo dicho, en lugar de nuevas repeticiones pudieran terminar su informe; porque si se apartasen de la palestra un momento antes de lo ordinario, creeria su parte que el abogado habia ido á despachar y le dejaba indefenso. Finalmente noté que no era elevado su estilo, y que tenian costumbre de servirse de los vocablos mas usuales y corrientes; costumbre prudentísima, pues asi facilitan la inteligencia de lo que proponen á todos los que escuchan; y los abogados no tienen que distraerse en extrínsecos adornos, que son muy bien parecidos, pero superfluos absolutamente para los fines de la justicia.

Acabados los informes, se intimó á todos los que alli se hallaban, que saliesen de la sala, porque los jueces quedasen en libertad para dar la sentencia definitiva: no bien se mandó, cuando quedó desocupada; despues se cerró la puerta, porque ninguno tu-

viere la inadvertencia de volver á entrar. Intentaron los dependientes del tribunal pasar á la ejecucion de lo que acostumbraban cuando iban á votar la causa los ministros; pero el presidente del consejo secreto suspendió este acto, con motivo de tener primero que hablar á la asamblea. Roberto en una conferencia secreta que habia tenido con el príncipe, le habia sugerido cuanto importaba poner remedio en los abusos de los abogados, y en la transgresion que hacian de las leyes y reales decretos; mandóle entonces el soberano que ventilase el punto con su presidente, y los dos quedaron de acuerdo en lo que habia de practicarse. Habló pues en estos términos.

Nosotros, señores, que no somos jueces ordinarios de los pleitos comunes, sino delegados por el príncipe para este juicio extraordinario, no estamos me parece obligados á seguir las regulares formalidades. Creo que los defensores de ambos partidos, en vez de proponernos el verdadero punto de la dificultad, se han empeñado en una disputa inútil cuya decision irá tra-

yendo otras muchas, y de este modo dilaciones que resultan contra la intencion del soberano, dándonos tambien la incomodidad de repetidas sesiones. Por honor pues del real decreto, y tambien por el nuestro, debemos hacer cesar tan mal modo de proceder, castigando á los abogados que se hallen con culpa, absolviendo al inocente, é imponiendo al reo su merecido castigo: ahora votareis en secreto por el que os parezca tiene de su parte la razon, y despues pensaremos en el remedio que deba ponerse en un desórden cuyas consecuencias resultan en menosprecio de la justicia y de las reales intenciones.

Aprobamos todos la advertencia del presidente, y unánimemente determinamos seguirla; y mucho mas explicando el decreto que los jueces sentenciasen segun equidad, sin las escrupidades y sutilezas del derecho. Fuéronnos repartiendo ciertas bolas, cuyo fin era para manifestar despues el voto que dábamos en secreto. Llegó finalmente el acto de votar; éramos quince, y se halló ser conformes todas las

opiniones, absolviendo al pobre volatin de cuanto se le imputaba, y restituyéndole su honor contra la calumnia que le habian suscitado. Fue universal la conmocion en los jueces, que indicaba el comun y verdadero júbilo viendo aquella uniformidad; señal no equívoca de la justicia de la causa decidida y del talento y discrecion de los que la habian definido.

Finalizada esta primera parte de nuestro asunto, pasó el presidente del consejo á indagar nuestros pareceres acerca del remedio que deberia ponerse en los abusos escandalosos, para que mediante una ejemplar correccion, quedasen vindicadas la autoridad del soberano y la magestad del consejo que se hallaban ofendidas. Unos eran de un dictámen y otros de diverso parecer; pero ninguno pudo dar en un medio que fuese capaz de castigar á todos los culpados á proporcion de sus defectos. Llegó el caso de ser preguntado Roberto acerca de su opinion, y respondió de esta suerte.

Yo dijera, señores, que si se habla de los abogados del absuelto bailarin,

debieran estos sufrir una pena mas suave, por haber tomado á su cargo el partido de la justicia, siendo el único delito en que han incurrido, el prolongar por su interés la decision de la causa, y asi me parece que será bastante se les obligue á que restituyan las pagas que hayan recibido, y á que paguen todas las costas que hasta este dia se hayan ocasionado al inocente. Mas en cuanto á los abogados de la parte contraria, que pretendian engañarnos con las mentidas apariencias de verdad, soy de sentir que sean condenados á satisfacer al bailarín todos los daños y perjuicios que se le han seguido en el largo tiempo que ha estado sin poder ejercer su profesion; esto se entiende ademas de la ganancia que diariamente le daba su trabajo, antes de sucederle esta desgracia. Y por lo que hace al jóven mal aconsejado, que mas bien por la vanidad de ser tenido por crítico mono que por verdadero efecto de malicia, poco cautó pasó á echar un borron en la fama de un inocente, tengo por cierto bastará sentenciarle á que públicamente se des-

mienta, y á que confiese su yerro en todos los lugares públicos de la ciudad; pues no hay duda que para un noble este castigo no tiene comparacion en el rigor con todas las penas pecunarias y afflictivas.

Fue recibido con aplauso el voto de Roberto, y con unánime consentimiento se resolvió que se ejecutase exactamente, añadiendo que de no cumplirse por los reos la sentencia al pié de la letra en el preciso término de ocho dias, se duplicase el castigo á los contraventores, aplicada esta demás á penas de cámara. Resuelto así este grave negocio que tenia en notable expectacion á toda la ciudad, segun los diversos respectivos afectos, se mandó á los porteros del tribunal que abriesen las puertas del salon é hiciesen comparecer á las partes y á los cuatro abogados, para que todos oyesen la irrevocable sentencia. Partieron prontamente á ejecutar el órden estos ministros, pero antes de permitir entrar al curioso pueblo para que se informase del éxito de aquel suceso, vinieron á avisarnos que los abogados se habian

ya ausentado y que era forzoso ir á buscarlos.

Tienen estos comunmente la costumbre de no hacer caso del éxito de la causa, siendo todo el empeño que algunos demuestran por los que defienden, una pura ficcion, y así para los que siguen esta conducta es lo mismo ganar que perder el pleito, y los mismos que mientras la disputa, cual rabiosos perros, se han mordido mutuamente, se rien despues de todo lo pasado, y son los mas íntimos amigos, dando á entender estos tales que siendo el suyo un recíproco comercio de charlatanerías, no toman empeño por las que de otra suerte serian ofensivas de su reputacion. Se mandó á los porteros que fuesen en busca de los dichos abogados, obligándolos á comparecer de órden del tribunal: obedecieron prometiendo conducirlos á presencia de los jueces dentro de breve tiempo, sin miedo de faltar á su palabra, mediante no ignorar todas las secretas inteligencias de los referidos, y así sabian muy bien adonde habian de ir á buscar á cada uno sin dar el golpe en

vago : de hecho, los encontraron como lo discurrieron ; uno de ellos estaba perdiendo en juego cuanto habia podido pillar á los incautos litigantes : otro estaba enamorando á una monita , no obstante ser él casado ; los otros dos aplicados únicamente á acumular dinero se habian retirado á sus casas , de los cuales uno estaba contando el oro que tenia encerrado en su escritorio ; y otro consultando los negocios de cierto mono , que pagaba con la mayor profusion las vanas esperanzas con que le engañaba el astuto letrado.

En el intervalo de tiempo que era menester para esperar á los abogados, dejaron sus asientos los jueces, y se entabló una conversacion de pasatiempo ; tocáronse varias materias, y particularmente la de las novedades que corrian ; muchas se contaron que falsas ó verdaderas no dejaron de dar pábulo al espíritu de los curiosos : algunos me preguntaron si era cierto lo que se decia acerca de la casa del señor Haya : yo , en realidad , habia observado alguna mutacion , pero como no podia adivinar la causa , segun ya

Llevo dicho, ignoraba qué responder; por tanto tomé cautelosamente el partido de fingir gran misterio y afectando una cierta sonrisa, dije, que no acababa de entender lo que traían entre manos. Suponia yo que los que habían hecho la pregunta se explicarían en términos mas claros en virtud de haber contestado á sus palabras, aunque equivocadamente; pero no me se cumplió el gusto que esperaba, porque, ó temeroso de violar un secreto que se les habia confiado, ó por la incertidumbre del hecho, ó por alguna otra razon que ignore, no quisieron declararse. A este tiempo se llegó á aquel corro el presidente, pidiéndome le favoreciese comiendo con él un dia que estuviera desocupado, porque deseaba informarse de algunas particularidades de mi pátria; acepté su atento convite, dando á tan alto personage muchas gracias por la bondad con que me distinguia.

Estando en esta conversacion, nos avisaron que ya estaban fuera los abogados esperando que se les mandase entrar: esta novedad habia causado

una universal extrañeza; por lo que concurrieron muchas personas para saber el motivo. Nosotros nos dimos prisa para ocupar nuestras sillas, y volviendo á revestirnos de la gravedad exterior, que es necesaria en tales lances, dimos orden de que entrasen los abogados, las partes y todo el pueblo que estaba aguardando. Ejecutóse puntualmente, y el presidente mandó leer en alta voz el real decreto: finalizada la lectura, dió á los cuatro oradores una reprension muy agria, por lo que se habian separado de su exacta debida obediencia; despues de cuyo primer paso, que causó en el auditorio un universal murmullo, significativo de la aprobacion del pueblo, por ver sostenido con tanta entereza el decoro de su soberano; se leyó la sentencia, que absolvía de toda sospecha al pobre volatin: no es ponderable la alegría de este infeliz, que aunque no podia hablar por la magestad del sitio; se explicaba suficientemente con la mutacion del semblante y con ciertos movimientos naturales de gozo que no podia disimular.

Publicóse por último la pena de los abogados y de la parte rea, cuya sentencia fue inmediatamente aplaudida del innumerable concurso. Quedaron sorprendidos nuestros jurisconsultos con un golpe tan inesperado, y bajando cuanto pudieron sus rostros, cubiertos de un color cadavérico, permanecieron inmóviles en tan humilde postura, hasta que todos fuimos saliendo de la sala. Bien imagino que no obstante tan pública demostracion de haberse resignado en un todo, nos colmarían de maldiciones; pero fueran como quisieran sus sentimientos, no tenían mas remedio que obedecernos. Cumplieron puntualmente su penitencia, aun antes que espirase el preciso término señalado para su ejecucion. De este modo se finalizó brevemente un negocio que con perjudiciales cavilaciones, se procuraba dilatar todo cuanto hubiera querido cualquiera de las partes litigantes.



CAPÍTULO X.



Del juicio que hizo Enrique de las composiciones teatrales de aquel pais.

Varios fueron, como sucede en todas las cosas, los pareceres en la ciudad acerca de la sentencia dada. Aquellos que estaban escrupulosamente ceñidos á la formalidad de las leyes; y que únicamente se atienen al sentido literal y á la superficie, sin indagar el espíritu de ella, condenaron como escandalosa una innovacion que decian destructiva de la piedra fundamental del estado; esta opinion sostenian todos los dependientes de la curia, que temian redundasen contra ellos mismos las consecuencias de tal ejemplo; pero no tuvieron muchos secuaces, por cuanto logró grande aceptacion en lo general de los simiopolitanos, ver de una vez cortado el origen de tantos pleitos. El efecto les dió á entender

cuan provechoso habia sido el pensamiento de Roberto , pues desde este dia hasta el de nuestra salida de aquel continente , se despacharon las causas con la mayor solitud , sin que en adelante hubiese dependiente alguno del consejo que quisiera exponerse á una pena tan severa , por prolongar con medios indignos la decision de los negocios.

Tuve que volverme solo á casa, por estar Roberto convidado á comer con un amigo suyo , y en ella encontré á toda la familia que esperaba con ansia mi vuelta. Habia ya corrido la noticia de la sentencia, y asi el señor Haya y sus hijos pasaron á mi cuarto á darme la enhorabuena , por haber tenido yo parte en una providencia tan arreglada. Mientras la comida hubo mucha alegría, y asi me presumí que la novedad á que se referia la insinuacion que me hicieron en el consejo era favorable y ventajosa , con lo cual se aquieto mi imaginacion , conociendo claramente que las suspensiones y secretos no tenian relacion alguna conmigo. Todo el dia estuvo lloviendo, por

lo que no me fue posible salir á la calle, y mucho menos ir á mi casa de campo.

Despues de comer hicieron retirar á madamita, y se congregaron el padre, los hijos y la madre á conferir aquel asunto, que aun habia yo de ignorar por algun tiempo. Estos eternos coloquios y la ausencia de Roberto me dejaron en suma soledad, y asi cansado de la fatiga de por la mañana, mortificado con la oscuridad del cielo, y mas que todo, enfadado de verme solo entre tanta familia, resolví retirarme á mi cuarto para dormir un poco la siesta.

Encerréme pues en mi aposento, y me puse á dar unos paseos, cuando casualmente ví un pequeño libro que estaba sobre la mesa: no me acordaba que yo mismo le habia dejado en aquel parage; le tomé, abríle, y ví que era el cuaderno de la ópera que el empresario habia puesto en mis manos, como el mayor don que podia dedicarme. Desde aquel dia no habia vuelto á hacer memoria de él, y acaso jamas le hubiera leído, á no unirse tantas

circunstancias que motivasen mi ociosidad. Supuse que él podría desde luego servirme de un perfecto arrullo para conciliar el sueño, por lo que determiné leer algunas ojas hasta tanto que lograse irme adormeciendo; me recosté sobre la cama, y empecé á registrar su contenido. La variedad de cosas particulares que en él encontré, me hizo continuar su lectura; la imaginacion ya acalorada, atrajo el desvelo, y así me hallé sin fatiga en disposicion de finalizarla. Experimenté parte de placer, mezclado con algun fastidio; se deleitaba el sentido con una cierta gustosa armonía que contenian sus palabras, cuyo artificio no sabré explicar, por no haber llegado á comprenderle; pero ofendieron mi entendimiento tantas cosas (extravagantes á mi parecer) como contenia. Acaso mi lector no llevará á mal el saber cual sea el gusto del pais de los monos en semejantes composiciones.

Pocos eran los personajes que formaban el todo de la accion. Cierta reina meridional gozaba en paz una corta porcion de terreno que la habia conce-

dido por asilo un vecino rey poderosísimo: esta extension de pais, que entre nosotros aun no habria llegado al nombre de villa, se llamaba imperio, adonde se estaba fabricando la capital: la reina era viuda, y fiel á las frias cenizas de su infeliz marido, alevosamente muerto, rehusó las bodas de grandes monarcas que suspiraban mucho tiempo habia por merecerla. Recatada hasta aquel punto, llegó de oriente un mono fugitivo, que improvisamente la hizo mudar de pensamientos. Enamorada á primera vista de este extranjero, dió riendas á su pasion, y correspondió al cariño de un desconocido, que despues de la posesion finge un sueño, ó tiene el fanatismo de creer que con las voces de una nocturna ilusion, el destino le llamaba á otras regiones. Bajo de tan ridículo pretexto, abandona á la engañada reina, que queda hecha vergonzoso objeto de su amor, y desesperada se da la muerte. Véase aqui el verdadero argumento de toda la accion, de donde pueden aprender á fidelidad los espectadores, y las espectatrices á modestia.

Para hacer mas agradable esta accion, se introducen los amores del rey su huésped, que la habia regalado las tierras que poseia: él se presenta en la corte con nombre y carácter de embajador suyo; y desde aquel momento estan ciegos la reina y sus vasallos, porque no conocen al disfrazado rey: el amor causaba este milagro; como tambien la sugeria respuestas no equívocas y que bien claramente manifestaban sus amorosas ansias. El rey se pone furioso; intenta muchas veces matar á su competidor, pero el valor de este vence á la vileza de aquel. La reina llega á saber quien es el fingido embajador, y le prende, no reflexionando en cien mil soldados que estan á las puertas de la corte esperando los preceptos de su monarca, que lleva muy agriamente la violencia é injuria que se hace á un sujeto de su carácter; pero no se acuerda de que con sola una palabra puede tomar la venganza. Este rey se representa bajo de una imágen odiosísima, bien que dé á entender el mismo drama, que era mas insensato y cobarde, que inclinado á las acciones malvadas; las an-

tiguas historias de aquellos países nos le pintan como piadoso, y que lloraba al pie de los altares su desgracia; pero la representacion moderna le finge furioso y mal intencionado, acaso porque resalte mas para con los oyentes la constancia de aquella indecente hembra, que resiste por su amante los golpes mas rigurosos de la fortuna.

Pero el pasage mas brillante de la accion, es la malicia de la reina, que para detener á su vagabundo dueño, siempre invadido de sus sueños, de sus esperanzas y de su destino, dispone darle celos, (poderoso medio para uno que no hace caso de ella, y está meditando abandonarla cuanto antes); hace llamar al rey su rival, y le ofrece la mano en premio de tan constante fé: en aquel mismo punto olvida este monarca que es una hembra prostituta la que le propone sus bodas como un gran tesoro; y pronto para aceptar la oferta, alarga la mano en señal de su consentimiento. La furia de los celos agita inmediatamente al héroe traidor, ruge de ira, y procura impedir á la reina su último empeño. Ésta le propone la

justa alternativa, ó de que se quede para gozar unidos las delicias del amor, ó de que sufra verla en brazos ajenos; pero el héroe rehusa la condicion por quererlo asi sus dueños. Mientras pasa todo esto, ni oye el rey, ni conoce aquel engaño, y asi estrecha á la reina á que le mantenga su palabra; se repite la primera accion, el héroe vuelve á sus furores, enardécese mas la amorosa pasion de la reina, y para pacificar á su amante hace saber al rey que solo por burlarle le habia dejado lisongearse mediante aquella estratagemma, insinuándose en unos términos que aun serian vergonzosos, proferidos por la hembra mas disoluta, quando estuviese tratando con un mozo de cordel.

No obstante una prueba tan grande de cariño, huye el ingrato mono, abandonando á su dama: en el camino se encuentra con el innumerable ejército del rey, y con un cortísimo número de personas le pone en huida. La reina corre desesperada por todos lados en busca de su amante, pero en vano, porque halla que todos la han

hecho traicion. Una hermana de esta era amante oculta del fugitivo y pérfido héroe. Sin duda que era muy fea pues la deja el autor batallar con su pasion sin remedio, pudiendo tan facilmente consolarla, pues segun pinta al oriental, sin escrúpulo alguno la hubiera igualado á su hermana la reina. No eran aun bastantes todas estas desgracias para esta infeliz; traidor uno de sus vasallos, promete al rey poner á su obediencia la ciudad, pactando primero que le ha de colocar en el trono de su dueño; como si este monarca no hubiera podido de otro modo conseguir su venganza. En una palabra, dos hembras locas y disolutas, una de hecho y otra de deseo; un rey, ya necio, ya cruel, ya sagaz, ya político; un héroe malvado y falso, y un vasallo traidor é interesado, forman todo el enlace y hermosura de la accion. Es verdad que tambien suele comparecer de cuando en cuando un festivo personage, haciendo el pedante, aunque sin fruto, con su rey; pero me parece que la composicion permaneceria entera, aunque este mono se cayese

muerto antes de llegarse á levantar el telon.

Este es el efecto que produjo en mi espíritu el dicho librito, en el que me agradó mucho la dulzura del estilo que por todo él está repartida: dulzura tal, que es capaz de borrar cualquier defecto, si es que se encuentra en tales composiciones, aplaudidas generalmente de los monos; pues como conozco mi absoluta ignorancia en semejante materia, no es fácil que yo pueda decirlo, asi como me tengo por inhábil para caracterizar las bellezas que me le propusieron deleitable. No pude penetrar la mutacion que el empresario habia hecho, segun se digno advertirme; pero me imagino que seria sin duda en lo mejor de la obra.

Curioso ya despues de esta lectura, se me previno preguntar á los dueños de casa si tenian algunas de estas composiciones, y luego me suministraron una porcion capaz de divertirme por largo tiempo. No abusaré de la paciencia de mis lectores, haciendo examen de cada una; bastará decir que en todas se encuentran unos mismos delirios.

Los principales asuntos son generalmente unos amores en sumo grado, que se interrumpen con un cúmulo de accidentes mas maravillosos que verosímiles. Siempre hay un traidor que urde la máquina, y para desenredar en el fin el enlace, se inventan lances que desde luego descubren su imposibilidad. Es el término de la obra por lo regular, darse mútuas satisfacciones los amantes, con lo cual los jóvenes que asisten al acto, vuelven á sus casas con las ideas mas placenteras. Se da indulto general á los traidores contra toda ley de justicia, y todos se encaminan contentos á la celebridad de los nuevos esponsales. Los héroes mas famosos lloran como unos chiquillos; esta es una sagaz invencion para contentar la arrogante vanidad de las monas, que se lisongean viendo á los mas célebres personajes oscurecer sus glorias por una buena cara: la virtud reclama contra tales abusos, por ver que se confunde con la bajeza de espíritu; pero son inútiles sus representaciones porque mas bien que conservar su decoro quieren los compositores complacer al genio del

bello sexo. Las heroínas de la modestia ceden de ordinario á la primera vista de un personage, sin duda por virtud simpática de sus corazones; y estas antes enemigas declaradas de las pasiones del amor, de un instante á otro pasan al extremo de enamoradas furiosas. ¡Qué ajuste á los regulares y verdaderos acontecimientos! Los monos se emboban con estas tan repentinas mutaciones, y forman una halagüeña esperanza de contrastar las mas firmes rocas; y de aquí sacan y conservan máximas adecuadas á su inclinacion, de ver como pueden engañar á las incautas monas. De esta forma estos naturales hacen al teatro escuela y modelo de sus viciosos afectos.

Quise un dia entablar un discurso sobre esta materia con cierto filósofo, en cuyos coloquios otras veces habia descubierto un fondo de bello discernimiento y perfecto juicio; y maravillándome, le dije que no acababa de entender por qué entre tantas pasiones como agitan á los mortales, sola la amorosa es la que se sabe poner á la vista en las representaciones. Bien patente es

la causa, me respondió; porque esta sola interesa mas que todas las otras juntas, no obstante que ellas con todos sus diferentes grados debieran mover con mas fuerza á los oyentes. Pero este interés, añadí yo, conduce á un fin pésimo, que es el afeminamiento y debilidad que se introduce en los ánimos de quien se deja llevar de estas ternuras. ¿Qué importa, dijo el filósofo, si como están divertidos no van considerando las consecuencias? Yo le repliqué entonces; sea como quisiereis; ¿pero por qué no se disfrazan estos asuntos con mayor modestia? ¿Por qué se acumula tal porcion de extravagancias, que es imposible que sucedan con un mismo sugeto en un corto espacio de tiempo? ¿Y por qué finalmente se desenredan tantas dificultades con invenciones frias y pueriles? Ya que me obligais, respondió el filósofo, á que os hable claro, os diré con ingenuidad que no conoceis el genio de mi nacion.

Son los monos animales mas particulares que lo que os imaginais: todo lo que es diversion racional, no les agrada; proponedles la mas absurda

extravagancia , é inmediatamente les oireis aplaudir la fecunda mente del inventor , y vereis la abrazan como la cosa mas digna de su agrado. Si un autor quisiera seguir las leyes de la verosimilitud , y conservar el decoro de la representacion , todo el mundo le tendria por un mono ridículo ; y ademas de los silvos con que pagaria el público este trabajo , dirian que no daba á luz sino bajas y populares ideas ; que la naturaleza le habia negado el talento necesario para el oficio que habia tomado ; y que con su genio austero y melancólico , queria desterrar del teatro las acciones mas inocentes y divertidas.

Y no creais que á solo las obras de espíritu se limitan estos genios de mal gusto ; porque se extienden tambien á todas las circunstancias y acciones de la vida civil. Bien pudiera daros mil ejemplos ; pero observadlo en este punto , que acaso es el menos importante de todos. Contemplad á dos monos ; uno de un carácter sincero y natural , y el otro de un espíritu adulator y afectado en cuanto dice y

hace: supongamos á los dos tratando con un grande, ó con una dama; el primero ejecutará los debidos cumplimientos, conteniéndose dentro de aquellas medidas que requiere su estado; las circunstancias del sugeto con quien habla, y las máximas de sinceridad que dicta el buen juicio: el segundo con mil inclinaciones se llamará rendido servidor, esclavo, y se aplicará otra muchedumbre de títulos humildes; protestará que desea derramar su sangre en obsequio de aquella persona con quien se halla; hará comparaciones entre el grande, y una deidad; entre la señora y una estrella, con otras mil cosas á este tenor, que le sugerirá su mente fecunda en adulaciones.

Reflexionad á éste; sus palabras todas son mentiras, y sus pasos otras tantas violencias que hace á la naturaleza; y siendo tan fácil de comprenderse esto como demostrable, no se quiere alcanzar la penetracion para llegar á su conocimiento. Preguntad qué opinion es la que se forma universalmente acerca de estos dos; y os dirán que el primero es mono de condicion

áspera, de poca crianza, soberbio y villano; todo al contrario el segundo, le oireis celebrar con excesivas alabanzas, caracterizándole por un mono político, atento, expresivo y digno de la estimacion de todo el mundo. De este tan proporcionado paralelo podeis deducir el genio de los monos, y aprended como os habeis de manejar, si aspirais á obtener su aprobacion y aplauso en todo género de materias.

Perdone mi lector tanto como me he detenido en un punto en que tal vez no interesará mucho; pues con el motivo de contar mi lectura me he dilatado mas de lo que debiera; pero resarciré la pérdida y el fastidio que le haya causado con tales relaciones, no hablando mas por ahora en materias de las composiciones teatrales de aquellos paises.

Por seguir pues el hilo de mi historia diré, que no habiendo podido conciliar el sueño como queria, antes bien absolutamente despavilado, tuve que levantarme de la cama, finalizada la lectura. Continuaba diluviando y fastidiado de estar solo, salí de mi cuarto y pregunté á un criado, si andaba por

allí alguno de los señores de casa , con intencion de irme con él , para acabar el dia en buena conversacion : respondiéndome que no podia decírmelo á punto fijo ; pero que se informaria , y prontamente vendria con la respuesta : hízolo como lo ofreció (contra lo que estos acostumbran en los recados que toman á su cargo) y de allí á poco volvió , avisándome que todos sus amos estaban aun encerrados en la misma sala , y sin apariencias de salir pronto , porque en aquella misma hora habia llegado cierta persona que queria hablarles y que al instante la recibieron. Me desesperaban estas perpetuas conferencias.

Yo queria compañía , y no sabia donde hallarla ; estando en esta perplexidad , me ocurrió ir al cuarto de la señorita , y en efecto me dirigí hacia allá pero en medio del camino comencé á arrepentirme , diciendo entre mí : yo voi á acarrear un enfado , visitando á un sugeto que puede ser tenga por molesta mi visita , y aun cuando sea así , de que podremos hablar ? Ella querrá tratar de sus labores , de sus

peinados, de sus alfileres, de los festones, de las flores de mano &c. Yo no sabré que responder á todo esto, y estaré hecho un insensato. Ya estuve para volver pies atrás pero considerando que el ocio es el mayor de los tedios, resolví llevar mi intencion adelante, y últimamente llamé á la puerta del cuarto. Salió una vieja, á quien expuse mi pretension: ella arqueó las cejas en señal de admiracion, y me hizo saber, que no se permitia asi como quiera entrar á visitar á las señoritas solteras, y que si llegase su ama á entender el intento de una temeridad tan grande, me costaria muy caro el atrevimiento; y diciendo esto me dió con la puerta en la cara.

Así no llegó el caso de mi visita, que rezelaba habia de serme molesta, si tenia que tratar como era regular algunos puntos de la vanidad de las monas. Volvíme á mi cuarto muy sentido, y apenas llegué entraron un recado de que dos aldeanos, un viejo y una jóven calados de agua, querian hablarme. Me persuadí que estos fuesen los criados que tenia en mi casa de

campo, y dije que los dejasen entrar: intentaba darles ciertas disposiciones para el nuevo plantío que deseaba hacer en mi jardín; pero me engañé en lo que discurrí, como se verá en el siguiente capítulo.



CAPÍTULO XI.

De la venida de los villanos y aventuras de Enrique con madama Espina; y en la tienda del café.

¿Qué admiracion no seria la mia al ver que los aldeanos que me buscaban y entraban ya en mi cuarto, eran mi antiguo tirano y su hija mi caritativa bienhechora? Luego que desde el umbral me descubrió Oliva, dió un chillido de alegría, y corrió con los brazos abiertos para abrazarme. Lloraba de gozo, y con el placer de hallarse conmigo no se hartaba de mirarme. El viejo por el contrario, humilde y temeroso vino á besarne la mano, pi-

diéndome de nuevo perdon por los trabajos que me hizo pasar en su casa: la comedia no podia ser ejecutada mas al natural. El criado que aunque estaba presente ignoraba el misterio; se reia de todo corazon, y fué volando á contar á sus compañeros que habian llegado dos parientes muy cercanos mios; juicio que formó de estos por los extremos de Oliva, y favorable acogimiento que hice á entrambos.

Finalizados estos primeros movimientos de su natural gozo, tomó la hija de manos de su padre dos cestas nuevas; en la una venian dos pollas de leche, que me aseguró Oliva que ella misma habia criado, y la otra estaba llena de unas frutas escogidas; acepté con expresiones cariñosas y de agradecimiento aquel rústico regalo, parando la consideracion, no en la calidad del don; sino en el buen corazon de la que le daba, que ciertamente respecto á sus haberes se excedia, aunque en la substancia fuese de poca importancia.

Hice sentar á los dos á mi lado, preguntándoles por el estado de su casa

y á Oliva especialmente por la vieja: mi madre, respondió, goza la felicidad de tener una vejez saludable: era mucho el deseo que tuvo de venir á veros, y con la sangre de sus venas hubiera pagado el gusto que nosotros tenemos ahora de estar en vuestra compañía. Y ¿por qué, dije, no ha satisfecho su deseo? Se podia conceder gracia de menor entidad á una esposa y á una madre? No tenemos nosotros la culpa, respondiéron ellos; ya conoceis su genio, y así no os maravillareis si os decimos que con tanta ansia como mostraba no nos fue posible reducirla á que viniese á la corte. Yo no he estado, nos replicaba, jamas en la ciudad, será bueno que haga cuando vieja lo que no he ejecutado en los dias de mi vida. Esta razon tiene ella por de tanto peso, que todas nuestras persuasiones fueron vanas. Á esto se añade el temor de cierto agüero en que está imbuida de que las mutaciones ó grandes novedades que suceden en una edad avanzada infaliblemente son los aposentadores de la muerte. Por todos estos motivos nos dejó venir, quedando

con el sentimiento que requerian tales circunstancias; os envia muchas memorias, y os ruega que olvideis totalmente sus persecuciones.

Yo la perdono respondí, de todo corazon, y aun la estoy agradecido, porque ella fue el principio de mis fortunas. Introduje despues la conversacion acerca de Roberto, y les conté como no estaba en casa; pero me dieron á entender que ya lo sabian, porque le habian buscado antes de entrar á verme. Pregunté á Oliva si la agradaba la corte. Es para mí, respondió, de tanta admiracion, como sería para vos un pais que jamas hubierais visto: ocupado únicamente en vos mi pensamiento no puse la mayor atencion en los demas objetos; solo sí sentí como oprimido mi corazon luego que entré en la ciudad, porque sus altas fábricas no permiten el mas bello placer que se goza en el campo, que es respirar un aire libre y mirar un pedazo mas grande de cielo.

No sabia que conversacion darles; hacia continuas preguntas, y respondian prontamente á ellas; y ya estaba cuasi

enfadado por falta de asunto conveniente para formar con ellos un fijo razonamiento, cuando entró Roberto buscándome: aquí si que estuvieron en su punto la algazara, extremos y demostraciones de cariño. Mientras estos rústicos le repetían todo lo que ya me habian dicho, fui á ver si el señor Haya se habia desocupado, y por mi fortuna salia ya á este tiempo de la sala en que habia tenido la conferencia.

Contéle la llegada de los aldeanos y le rogué les permitiese alojarse en su casa el tiempo que estuviesen en la ciudad. Él condescendió atentamente á mi pretension: y me prometió se les haria todo el mejor tratamiento que fuese posible y correspondiente á su estado; y al punto dió orden á sus criados para que les previniesen cierto cuarto entresuelo de la casa; mandó tambien que les diesen bien de comer y luego se fué á nuestra habitacion para gozar aquel buen rato.

Pasé á visitar á madama Espina para rogarla concediese su licencia á estos nuevos huéspedes para que entrasen á ponerse á su obediencia y de su hija,

y besarlas la mano. Ella me recibió con tan mal gesto, que conocí claramente que la vieja le habia dado cuenta de mi aventura; me respondió con desabrimiento; que las manos nobles y delicadas no debian humillarse á la vileza de que llegasen á besarlas las sucias villanas bocas; y añadió que no queria verlos, dando una razon que no tenia réplica; y que era que la peste á cebollas y ajos que indefectiblemente echaba de sí la gente ordinaria, producía en ella siempre los malos efectos de dolor de cabeza y de estómago, y aun la causaba histérico.

Mucho menos sentido de la desatenta repulsa de madama Espina, que del fiero ceño que mostró al presentarme, quise prevenir las consecuencias, dando cuenta á mi benéfico protector de mi error involuntario. Volví pues á mi cuarto donde le hallé que con agradable semblante estaba sagazmente indagando de Oliva sus mas ocultos pensamientos; no quise interrumpirle la diversion, pero esperando á que hiciera punto le demostré con una seña para que se retirase aparte conmigo, que te-

nia necesidad de hablarle en secreto.

Entendió el señor Haya perfectamente lo que significaba mi seña y fingiendo otra cosa que la que tenia en el pensamiento, se llegó á mí y amorosamente me preguntó que era lo que se me ofrecia. Yo entonces con voz baja le dije toda la historia de mi tedio de la lectura, del paso que habia dado; solicitando la compañía y conversacion de su hija, y finalmente el desabrido modo y semblante con que me habia recibido madama Espina. El fingió una gran severidad para dar mayor ocasion de hacerme conocer los efectos de su bellissimo natural, y despues me habló asi; el ocio, amigo, es el manantial de todas las desgracias; vos por esta causa habeis caido en un abismo de errores, habiendo hecho avanzar vuestros sacrilegos pasos hasta el asilo del honor: yo soy la primera causa de tal desacierto, y asi conviene poner remedio. A estas palabras soltó la risa, y me consoló añadiendo despues: mi esposa es muy tonta; continuamente quiere afectar un espíritu superior á la debilidad de su sexo; y en llegando la ocasion, se re-

viste de las preocupaciones de la mas ignorante monuela. Dejadlo á mi cargo que yo pondré remedio en todo.

No faltó á su palabra ; pero encontró (como despues supe) una fierísima resistencia. Madama me trató de presuntuoso , temerario y de que habia intentado oscurecer la fama de su hija, jurando que se vengaria de mi. La mediacion del señor Haya nada adelantaba , y asi pensó en remediarlo de una vez , despidiendo de su casa á la dicha vieja ; ésta era el medio por donde madama hacia sus mas ocultas rapiñas , y asi rogó por ella y lloró : pero todo sin fruto , porque el señor Haya estaba inflexible. Las fue preciso recurrir á mí pidiéndome perdon de la ofensa que me habian hecho , á mi instancia volvió á servir la vieja , y yo quedé victorioso en unas circunstancias que amenazaban mi ruina.

Al ponerse el sol cesó de llover , y yo deseoso de que me diera el aire , salí de casa acompañado de un criado. Despues de haber dado un paseo por la ciudad me retiré á una de las tiendas donde solian congregarse diversos suge-

tos. Estaba llena de jóvenes que se entretenían en festivos discursos. Ninguno se dignó de saludarme cuando entré, no obstante que hice mi deber con todos. Como, ó no me vieron, ó no quisieron hacer caso de mí, me senté en un rincón de la tienda, esperando que alguno vendría á trabar conversacion conmigo, ó que á lo menos tendria el gusto de escuchar lo que se tratase en una asamblea que me parecia animada con un mismo espíritu de libertad y de alegría; puse alguna atencion, pero como hablaban ya sobre principios sentados, no pude comprender cosa particular, aunque sí me pareció que no era asunto de mucha agudeza el que se trataba.

El caritativo dueño de la tienda, viéndome solo quiso divertirme, me presentó una taza de aquel negro licor hirviendo y despues se sentó á mi derecha, díjome un despropósito por cumplimiento; me pidió tabaco; y luego se puso á explicar quienes eran aquellos que estaban en su tienda de esta forma ¿Veis aquel jóven alto que está allí tan ricamente vestido? Pues es hijo

de un mercader que ha quebrado : despues que su padre se vió obligado á retirarse y cerrar su tienda, se le puso en los cascos meterse á caballero ; es el mas indigno de la cuadrilla, pero el mas desvergonzado ; es causa de mi ruina , porque muchas personas que frecuentaban mi casa ; se han retirado por no poder sufrir su temeridad. Pues sois un necio le respondí , porque debiais echar de aquí á este importuno, antes que tolerar tantas pérdidas. Bien decís añadió el pobre botillero ; pero si tal ejecuto será para mí el detrimento por razon del gran desfalco que sentirán mis intereses , me está debiendo una cantidad excesiva , y si le dejo retirarse , la vendré á perder toda ; y ademas de esto , se llevará consigo á todos estos jóvenes que son tambien mis deudores de grandes sumas.

Pues segun eso , le interrumpí , sois un mono muy rico , é infiero igualmente que este modo de vida os tiene mucha cuenta , pues os pone en estado de hacer tan considerables préstamos. Encogióse de hombros , y prosiguió asi : yo , señor , soy un pobre , que no ten-

go fondos para prestar ni un cuarto; mis créditos dependen de lo que voy fiando mucho tiempo hace á estos fogosos mozuelos; beben alegremente de mis licores, y de las aguas compuestas, y en vez de pagarme, me cargan la incomodidad de sentar sus nombres en un libro, que tengo el trabajo de hacer todos los años. La antigüedad, mucha continuacion y generosidad con que estos monos disponen de mi hacienda, han ido aumentando el crédito á tanta suma, que si tuviera la fortuna de reintegrarme, pensára prontamente en solicitar mejor establecimiento, y mas seguro empleo de mi caudal. Bien considero que desaprobareis mi conducta en proseguir suministrando mis géneros á tales sugetos; pero reflexionad que si los niego de fiado, incurro en el grave peligro de no cobrar un maravedí: asi la esperanza de poder moverlos á obrar en justicia me abre un camino mas ancho para quedar del todo destruido. Tuve lástima del suceso de este infeliz, y no pude menos de maravillarme de como si llegaban á causar tan considerables deudas.

de cosas supérfluas, y de poco valor.

Mientras estábamos en esta conversacion, llegó á la tienda un viejo pequeñuelo, que parecia que estaba tísico, recibieronle todos los que alli se hallaban con los brazos abiertos, y con mil demostraciones de alegría, pregunté á mi botillero, que quien era: este, me respondió, cansado de estar empleado en un trabajo que no le rendia lo que deseaba se ha hecho profesor de cierto oficio, aplicándose á buscar con su jovial temperamento entre los jóvenes mas disolutos, algunos defensivos contra los golpes de la fortuna, es maestro de indecencias, y con un millon de cuentecillos alegres que inventa para dar pábulo al corrompido genio de la precipitada juventud, se hace acepto á los ojos de aquellos que son inclinados á los vicios: oid atento sus discursos, que no hablará diez palabras sin ser mas de la mitad disolutas; maldiciente en supremo grado, despedaza las reputaciones mas sentadas, murmura aqui de todos los ausentes, y en hallándose en otro puesto, dibuja con caracteres de la mayor malignidad á

cuantos aqui se hallan; y unos y otros le creen sumamente empeñado á su favor.

Me puse á observarle, y en efecto le encontré como me le habian pintado. Cualquiera que pasaba por la calle era asunto de su poco caritativa conversacion; explicaba de donde habia venido, sus rentas, su empleo, su conducta, su capacidad, su honestidad; y paraba todo en poner en perversa opinion á aquel pasajero. Si alguna pobre mona por su desgracia se paraba delante de la puerta, llegaba á terminos del mayor descomedimiento su insolencia: las viejas tenian que sufrir mil dieterios; y las mozas otras tantas palabras indecentes; no faltando muchas veces alguno de los mas atrevidos, que abandonada la vergüenza, saliese en su seguimiento con el fin de detenerlas. Estos procederés me disgustaban infinito, y estaba sumamente arrepentido de hallarme con unas personas entre quienes nada adelantaba, y que me causaban notable enfado.

Ya estaba para marchar, cuando llegó el señor Alcachofa, que era tambien uno de los de la cuadrilla. Luego que me vió se vino corriendo á mí,

me hizo su cumplimiento , y me apretó la mano , como si yo fuese uno de sus mas confidentes amigos : entonces tambien todos los demas hicieron reparo en mi persona ; y ó fuese porque les daba sujecion la distincion y altura de mi empleo , ó por vergüenza de haber dado tanto á entender su libertinage delante de un forastero , todos fueron desocupando la tienda uno detras de otro, dejándome solo con el señor Alcachofa, y con el enfermizo viejezuelo.

Este se llegó á mí haciéndome mil expresiones , y asegurándome que ya habia mucho tiempo que tenia ardentísimos deseos de conocerme ; pero yo que tenia su compañía á cosa de menos valer , apenas le miré á la cara, y vuelto al señor Alcachofa , desfogue mi enfado contra los indecentes jóvenes. El viejo comenzó á declamar eficazísimamente contra la corrupcion de las costumbres del siglo , y á zaherir con su mordaz estilo la desbocada conducta de sus compañeros , como si yo no hubiera sido testigo de que él habia prometido y fomentado todas sus obscenidades.

No quise detenerme mas alli por libertarme del descarado asqueroso viejo; y el señor Alcachofa se empeñó en que habia de acompañarme hasta mi casa: en el camino se sinceró, y me prometió que no habia de tener amistad con aquellos que yo reprochaba, ni los trataria sino lo preciso, pues desde luego aborrecia sus depravadas máximas y viciosa conducta. Repitió muchas veces estas protestas porque temia no formase yo mal concepto de sus procederes. El buen mono tenia bellissimo corazon, pero acompañado de demasiada docilidad, como prácticamente conocí en adelante con su trato; por tanto era bien inclinado y sabio con los que conducian por el camino de la virtud, y al contrario vicioso con los malos; mas no obstante, honrado en extremo y fiel, agradecido, amigo de sus amigos.



CAPÍTULO XII.

*Finalízase el suceso de los aldeanos:
vá Enrique á casa del presidente, y
con él á palacio.*

Cerca del palacio del señor Haya se despidió de mí el señor Alcachofa con las mas expresivas formalidades; supliquéle no dejase de venir á verme de cuando en cuando, porque desde luego le creí proporcionado para alguno de los adelantamientos que suelen apetecerse en un pais forastero: me acordé de que este se empleaba en introducirse en todas las concurrencias, y que era conocido de cuanta especie de personas habia en la ciudad, y asi por este medio me propuse descubrir muchos secretos y particulares caractéres, que pudiesen hacerme formar completa idea del pais de las monas: prometió cortesmente darme gusto, lo que ejecutó con tanta puntualidad y repetition, que no pocas veces hubo de

incomodarme; pero como el mundo es un comercio de sufrimientos, me pareció que era justo aguantarle sus defectos, asi como tendria él que molestarse con los mios; y mas cuando solicitaba yo que su compañía me facilitára todas las ventajas de que él era capaz. Esta es la segunda vez que hablo de este jóven en mis escritos, á causa de tener que mantenerle la palabra que le dí de hacer conmemoracion de él á lo menos en dos ocasiones en mis memorias: es el caso, que noticioso de que yo escribia mis aventuras, y con deseo de hacerse famoso en el mundo europeo, como lo era en la capital de los monos, me hizo tales instancias, y empeñó de tal suerte á mis amigos para este fin, que me obligó á condescender con cuanto deseaba; y véase como ya he salido del empeño cumpliendo mi promesa.

Al punto que llegué á casa, pregunté por los villanos, y supe como acostumbrados á ser vencidos del sueño poco despues de anohecido, luego que se puso el sol, se habian retirado al cuarto que se les destinó, en donde

ya habia algunas horas que estaban durmiendo. Encontré luego á Roberto, que me hizo el siguiente discurso: bien sabeis, amigo, cuanto debemos á la pobre aldeanilla, que hoy con su padre ha emprendido tan incómodo viage, solo con el fin de vernos: el cielo nos ha puesto en tan feliz situacion, que podemos demostrar nuestro agradecimiento á una persona que nos colmó de beneficios, y á quien debemos confesarnos deudores de la misma vida; ahora nos toca recompensar sus amorosos cuidados con un premio proporcionado á la utilidad que sacamos de ellos en otro tiempo: pienso, pues, que se la procure una decente colocacion en esta ciudad, mediante la cual, se asegure en un estado de vida cómodo y ventajoso para su nacimiento; con esto, si nosotros por su cuidadosa asistencia pudimos alcanzar una fortuna mayor que la que podia prometernos nuestra esperanza, logre ella en paga por nosotros una suerte que jamas habrá pasado por su pensamiento. Asentí con muchísimo gusto á la proposicion de Roberto, y prometí

inmediatamente ayudar cuanto pudiese por mi parte.

Por acabar la historia de estos aldeanos, continuaré describiendo el efecto de nuestras intenciones. Propusimos á Oliva si quería casarse en la ciudad; y mostró un horror que no puede bien explicarse, sin que fuese posible hacerla consentir en dejar la aldea en que habia nacido: viendo tanta aversion, no quisimos porfiar mas, y solo preguntamos al padre si tenia por allá su hija alguna inclinacion amorosa: el buen viejo sinceramente respondió, que correspondia cariñosa á las expresiones del hijo de un rico aldeano, y la queria por esposa; pero que el padre de éste, aspirando á que entrase en su casa con el casamiento del hijo una dote cual no era la de Oliva, imposibilitaba la union de estos amantes. Bastó esta declaracion para que tomásemos nuestra determinacion; y preguntando cuánto era lo que pretendia el padre del enamorado villano, desembolsamos y entregamos al viejo aquella cantidad; significando á Oliva lo que nos interesábamos en la felici-

dad de su futuro matrimonio ; para que este tuviese efecto , interpuso (como tenia ofrecido) su autoridad el señor Haya. Obligados los villanos , no sabian como corresponder á nuestra generosidad , y dándonos repetidísimos agradecimientos , marcharon despidiéndose de nosotros con los ojos rebo-sando lágrimas , despues de habernos sacado la palabra de ir á hacerles una visita al verano siguiente : no quiso el cielo que yo pudiese cumplirla por las muchas desgracias que me acometieron , y precisaron á alejar de aquella ciudad por muchos años ; ni jamas volví á tener ocasion de ver á estos , aunque pobres , cariñosos y agradecidísimos monos hasta el lance de volver á la pátria y de haber de dejarles para siempre.

Pasados algunos dias , me acordé que habia prometido al presidente del real consejo secreto ir á comer á su casa , y queriendo cumplir con este empeño , fui una mañana á visitarle para aceptar el convite , si usaba conmigo la urbanidad de repetirle. Apenas le entraron recado de que esperaba su licencia , cuando él mismo sa-

lió á recibirme; y luego con singulares expresiones me pidió le diese el gusto de detenerme todo aquel dia con él; respondile que estaba resignado en su obediencia, y asi que dispusiese de mi voluntad á medida de la suya. Hizo que me sentara, y me sirvieron una bebida oscura de buen gusto, que no sé con qué artificio hacen que esté llena de espuma. Mucho agradecí el agasajo y cortesanía de este ministro, el cual, despues de algunos discursos en general, me rogó le acompañase á la corte: acepté gustosamente la proposicion y partimos juntos á palacio rodeados de una numerosa caterva de pretendientes que estaban esperando que el presidente saliera de casa para recomendarle sus respectivos asuntos: á todos recibia con agradable semblante; á unos respondia; á otros daba consejo, y de otros finalmente tomaba los memoriales en que exponian sus pretensiones y urgencias. Era el dicho-so presidente de un carácter muy propenso á hacer bien, y que sin interés se empleaba en favorecer á todos aquellos que recurrian á él con sus

súplicas. Este modo de portarse, junto con la prontitud de la ejecucion de los negocios y deseos de los necesitados, le hacian muy bien visto entre aquellos naturales, y le profesaban el mas verdadero amor y una estimacion sincera.

Llegamos á la corte, y nos encontramos á Roberto, que solia ir todos los dias para estar pronto si le llamaba el príncipe, que tenia frecuentemente el gusto de conferir con él varios asuntos: estaba cercado de diversas personas, que esperando por su medio alguna gracia, le recomendaban sus súplicas. Luego que me vió, se vino á mí, no porque quisiese hablarme, sino por libertarse de aquellos importunos. Á este tiempo le avisaron que el príncipe le mandaba entrar. Todos los que hacian la corte á Roberto se agregaron á mí, para que les fuese favorable con él en sus pretensiones; me ponderaban sus servicios y las razones que tenian para solicitar sus ascensos, aunque sin decirme cuales eran estos. Yo no sabia como echar de mí esta especie de persecucion; á ejem-

plo de mi amigo miré si por aquellas salas habia alguna persona conocida que pudiera servirme de pretexto para separarme; y advertí que entonces entraba el señor Romero, y aunque no me agradaba su amistad, en el presente caso quise servirme de él para conseguir mi fin. Saliendo pues á su encuentro, le hice una profunda cortesía, y él me recibió con un aire de superioridad que me enfadó y mortificó notablemente por ser en un parage tan público, mas fue forzoso tener paciencia. Indagada la causa de esta novedad, pude penetrar que hay ciertos cortesanos que prodigalizan las expresiones cuando se hallan á solas con los sujetos que conocen; pero cuando acaece encontrarles en algun sitio donde haya concurso, afectan un semblante de desagrado, para que el mundo, que juzga por las apariencias, forme muy elevada opinion de su grandeza.

Entre tanto iba creciendo el murmullo en la antecámara, adonde se hallaban los pretendientes al empleo de general, para solicitar sus protecciones: tenian el semblante pálido, y

representaban una viva imágen de la humildad; se agregaban y llamaban servidores de cuantos encontraban, ofreciendo un eterno reconocimiento por el favor que les prometían: de este modo, para poder despues satisfacer su fausto con la consecucion de aquello á que aspiraban, no tenian dificultad en degradarse con la mayor vileza. Quise observar cómo se portaban los cortesanos en semejantes lances, y ví que á todos concedian la razon sobre que fundaban sus pretensiones, prometiéndoles toda su intercesion; asi quedaban los pretendientes muy pagados de las palabras de unos sugetos que interiormente determinaban no hacer cosa alguna á favor de ellos.

Me aproximé luego para oir las respuestas que iba dando cierto personaje que estaba alli muy grave: presentábansele uno á uno los pretendientes, y les iba respondiendo igualmente que era su declarado partidario; que no le habia traído á palacio aquel dia otro motivo, que el hablar claramente de sus méritos, y ver si podia conseguir que se le hiciese justicia: despues se

quedaba un rato como en admiración y prorrumplía diciendo: que no sabia cómo habia personas tan osadas que se atreviesen á aspirar á un grado tan sublime, que solo se debia al mérito; y que intentasen contrarestar tan á banderas desplegadas la consecucion de aquel empleo, á quien por tantos títulos le pertenecia. Esta misma oracion repitió á seis diferentes sugetos en el espacio de media hora que estuve yo escuchando. Si estos no tenian otro protector que éste, y en tales palabras fundaban sus esperanzas, podian ciertamente estar asegurados de un buen éxito.

Quise conocer al señor Sauco, que contra todas las apariencias de alcanzarlo, se habia hecho tambien opositor á este cargo: le encontré al contrario de todos los demas, muy alegre, y como que no pensaba en tal negocio. Reíanse los palaciegos de su atrevimiento; y yo me imaginé, ó que era un gran tonto, ó que poniendo poco cuidado en el efecto, únicamente habia salido á aquella pretension por poder despues con mas facilidad alcan-

zar otro empleo de menos clase. Esto se vé frecuentemente en las cortes, donde es lo mas difícil para conseguir el llegarse á dar á conocer.

Bien presto eché de ver que me habia engañado en el juicio que hice del señor Sauco, porque de allí á poco se me declaró él mismo. Llegóse pues á mí, y con la mayor libertad y pocos cumplimientos, me retiró aparte para hablarme en secreto. Yo, me dijo, soy un mono que no gasto ceremonias y aborrezco los preámbulos estudiados; por tanto, omitiendo todo lo que de ordinario se dice en tales casos, voy prontamente al punto principal de mi intento. Yo deseo que me confieran el empleo de generalísimo del reino; que lo merezca ó no, nada hace para el asunto, porque si así fuese, no habria aqui tantos concurrentes á esto mismo: bien sabido es por la ciudad el favor que goza con el príncipe vuestro compañero; si por su medio disponeis que yo consiga la gracia, tendreis pronta la paga con mil escudos de oro.

Me dió risa la libertad del señor

Sauco, y por imitarle le respondí así: sería indigno mi compañero de la protección que logra, si abusando de ella vendiese sus favores; y yo no merecería el título de su amigo, si tuviese osadía para hacerle proposición semejante. Reservad vuestra oferta para corazones mas venales, y haced mejor juicio de nuestros procederes. No le hizo esta repulsa caer de ánimo: lo que os ruego es, me replicó, que á lo menos me guardéis secreto; bien que en suma aunque se supiese, no me debían censurar de que tomase el camino mas seguro para el logro de mi fin. Prometió no publicar la confianza que conmigo habia tenido; y le consideré ya el mas poderoso de todos los pretendientes que hasta entonces se habia presentado.

Salió de allí á poco Roberto, á quien rodearon los aduladores; pero no se dejaba fácilmente engañar de ellos. El primer ministro quiso que se fuera á comer con él: convidóme tambien, pero dada ya la palabra al presidente, no pude admitir su atenta expresion: poco tardó éste, desembara-

zado ya de todas sus dependencias, en venir á buscarme : hicimos algunos cumplimientos á los sugetos de alta esfera y nos volvimos á su palacio por ser ya la hora de medio dia.



CAPÍTULO XIII.



De la conversacion de Enrique y el presidente.

Era costumbre del presidente cuando convidaba á su mesa á algun amigo con quien queria tratar asuntos serios, comer separado de su consorte y sus hijas; porque sabia muy bien que hay muchas monas, que ó se molestan con los discursos que piden especial atencion, ó los interrumpen con importunas preguntas y reflexiones fuera de propósito. Hizo pues poner la mesa para nosotros dos solos en una pieza inmediata á su gabinete, y primero quiso franquearme el honor de que hiciese una visita á las señoras.

Pasamos á una habitacion ricamente alhajada y me introdujo á la sala en que se hallaban su esposa y dos hijas. Aqui tienes, Betónica, dijo á su consorte, un forastero amigo mio que me concede hoy el singular gusto de comer conmigo.

Levantóse madama Betónica de su asiento, tiró la labor y vino á recibirme con tan atento agasajo que me sorprendió. Las hijas no levantaron los ojos de lo que estaban trabajando, por lo que al punto conocí en ellas una no ordinaria modestia, efecto de una sábia educacion. Acaso esta su compos-tura me ahorró el disgusto de que se rieran en mi cara, como generalmente sucedia á los principios; á lo menos tal era el efecto de los que me veian repentinamente, en particular las monas, y de estas mucho mas las mo-zuelas de poca crianza, que son dis-puestas para hacer burla, y para extrañar aquellas figuras en que encuentran algo de ridículo, segun su modo de pensar. Estoy persuadido á que la madre las advirtió como debian contenerse, pues aunque despues de comer

me vieron á toda su satisfaccion, no demostraron acto alguno de admiracion ó de desprecio. Madama me rogó antes de separarme, que la concediese el gusto de pasar un rato á conversacion con ella, despues de despachar lo que tuviese que tratar con su esposo; yo partí prometiendo obedecerla.

Fue delicada y curiosa la comida, sin aquella profusion que sacia y no deleita al convidado. Estábamos solos, y el presidente me hizo varias preguntas, á que yo procuré responder con exactitud, para que hiciese de mí un buen concepto. Tal era puntualmente su intencion, poder formar una opinion adecuada de mis luces y mis talentos, para pasar despues á satisfacer su curiosidad acerca de las cosas de que deseaba informarse. No obstante que parezca que yo repetidas veces no pierdo la mira (como alguno puede ser que tenga la malicia de imputarme) de ridiculizar un pais en donde he recibido tantos beneficios y gustos; debo en este lugar confesar la verdad, y confundir la malignidad de los que sin examen se atreven á impugnarme.

Me ha sucedido encontrar en este pais personajes excelentes , y cuyos méritos sobrepujaban á todo aquello que mi lector puede imaginarse ; pero como son pocas las obras perfectas , y no quiere la naturaleza suministrarnos muchos ejemplos , por tanto no se me debe notar con el defecto de ingrato , porque no sé adular ; antes pido se me permita la sinceridad con que me ciño á seguir las ordinarias circunstancias de las cosas. Empeñado acaso en no desviarme del camino que hasta ahora he trillado , habré incurrido en algun yerro ; y en este caso deberán culparse las débiles luces de mi entendimiento , pero no la atencion de mi voluntad , siempre dispuesta á manifestar la verdad , ensalzando á quien merezca alabanza , y reprobando no las personas , sino las costumbres que son dignas de vituperio.

Mas para volver á tomar el hilo de mi historia , debo asegurar que el dicho presidente , ademas de lo que acerca de sus circunstancias tengo ya expuesto , era un personage dotado de aquellas cualidades que raras veces se

unen en un solo sugeto hábil, benéfico, honesto y agradable; sabia dar á todos lo que les convenia, y llegaba á distinguir sin necesitar mucha aplicacion, quien merecia las confianzas de su amistad. Debo hacer esta descripcion atento á sus talentos y virtud que eran las fuentes principales de donde dimanaban continuamente infinitos bienes á favor del soberano, de la pátria y de los particulares.

Este pues queria que yo le informase de la Europa, de su division, de los príncipes que la dominaban, y de sus varios gobiernos. Despues descendiendo particularmente al reino en donde el cielo me habia concedido el privilegio de hacerme nacer vasallo, me preguntó todo aquello que de él podia saberse con singularidad: quiso entender sus límites, sus fuerzas y sus leyes; despues me preguntó acerca de las ciencias, las artes y el comercio: todas las cosas eran objeto de la curiosidad de su genio; pero sus cuidados solo se dirigian á descubrir los asuntos mas ventajosos para poner en práctica lo mas conveniente al servicio de su

príncipe y de aquellos dominios.

Si aquestas indagaciones se hubiesen ejecutado conmigo en el tiempo que vivía en la casa de mis padres, hubiera juzgado ciertamente que se me hablaba en un language forastero; pero Roberto me habia instruido en estos conocimientos, y asi pude satisfacer á las curiosas indagaciones del presidente, que formó una alta reputacion de mi saber; no haciendo yo otra cosa que repetir las lecciones de mi amigo, que me habia instruido perfectamente en estas materias: asi á poca costa quedé con concepto de docto. Muchas veces sucede adquirir una persona grande fama de sábio, únicamente por la fortuna de que le preguntan el punto que acaba de ver en algun libro bien escrito, que la casualidad trajo á sus manos, sin que tal vez haya abierto otro en toda su vida.

Luego que dejé satisfechas las preguntas del presidente, quise yo tambien aprovecharme de su instruccion; por lo cual le pregunté como se dividia el órden del pueblo que componia aquella ciudad. Si hubiese, respon-

dió él, de seguir la opinion de aquellos que desprecian á todos los que no son de igual condicion á la suya; os diria que todo el pueblo se reduce á nobleza y plebe; pero los que tienen este modo de pensar, no echan de ver que al querer ensalzar su estado, le hacen confinar con el que tanto desprecian: por esto, separándome de esta opinion, le distribuyo en tres clases, y de estas cada una en sus particulares subdivisiones, esto es, ínfima, media y suprema; á esta añadiré cierta clase de personas, que no sé en qué grado colocarlas, y que deben llamarse cómicas; la razon de esta denominacion está en que las acciones de estos que componen este órden, consisten en una vana apariencia, por lo que deben ser comparados á los personajes cómicos; á lo que se añade la brevedad de sus grandezas, que al instante se acaban; y ciertas extravagancias que les son inseparables.

Difícilísimo es que comprendais lo que os digo no habiendo visto los originales á quienes se refieren mis palabras sino os lo demuestro con los

ejemplos. Advertireis alguna vez al hijo de un pobre artesano, á un simple plamista, á un procurador y á un fideicomisario de herencias cuantiosas, pasearse con un tren igual al que gastan los nobles mas acaudalados: el juego, la embriaguez, y toda suerte de pasatiempos, son el objeto de su diaria aplicacion: sus mesas siempre estan dispuestas para el recibo de personas de alta esfera, que tienen la vileza de contemporizar con estos mentidos ídolos de la fortuna, que llegan á ensoberberse mas por la tolerancia y abatimiento de los otros, que por la verdadera elevacion de su estado; tienen á cosa de menos valer el tributar los debidos respetos á aquellos que el cielo ha puesto en una condicion mas distinguida; se atreven asimismo con la mayor temeridad á igualarse con las personas mas sublimes; y miran con semblante de un insultante menosprecio á todos los que, ó por prudencia, ó por falta de medios no hacen tan impropio uso del oro: pero la gloria de éstos es de corta duracion; pues agotadas las minas de sus riquezas, ó descubiertos

sus fraudes, se ven precisados á huir cual á uno, cual á otro pais desconocido, para escapar del rigor de las manos de la justicia, que severamente les ha de castigar tan perversos procedimientos: con su fuga llegan á descubrirse los manantiales de su transitoria grandeza, de la que ya el público, ya el privado tiene que resentir los perjuicios.

Hay de esto repetidos ejemplares entre nosotros, y con todo eso se empeñan los preocupados en no examinar el fundamento ó la conducta de estos truhanes, cuando comparecen con tales exterioridades sobre el teatro del mundo. Fulminado el rayo, todos dicen que previan la desgracia, y aquellos mismos que les ayudaban á disipar sus bienes, aunque sin saber de adonde venian, son los primeros á denigrar la fama de estos que hasta aquel dia les habian favorecido y aprovechado. Jamas con tales personas he querido trabajar amistad; antes bien, primero que empeñarme con cualquiera, he solicitado indagar si sus rentas ó sus ganancias son equivalentes á lo que gasta; si

no corresponden, siempre he huido de estrecharme con semejante sugeto, haciéndome cargo de que el tal es un solemne ladrón; y tarde ó temprano se ha llegado á verificar públicamente mi juicio.

Pasó mucho mas adelante el presidente en esta materia, y de una en otra palabra le vino á propósito tocar de paso la del lujo. Yo que queria entender con alguna mayor exactitud qué motivos habia para condenar con tanto rigor el lujo, reputándole como ruina de los estados, le hice alguna general y equívoca oposicion, para obligarle á que descifrara aquel punto con alguna mas individualidad. No seria, respondiéndome, tan reprehensible el lujo, si este pudiese estrecharse en los límites de las familias opulentas, que no saben en que emplear lo abundante de sus rentas; antes puede decirse, que el estado en tal caso recibiria aquel provecho que consigue un cuerpo lleno de sangre, cuando por medio de la sangría se le facilita su circulacion: el oro encerrado en la gabeta es inútil al que le posee y al público: para que sea

provechosa la invencion del dinero, es necesario que gire sin detenerse; en consecuencia de esto, lo que mas se condena en el lujo, es que toda la nobleza quiere igualarse en todas las cosas; de aqui es, que si un rico se carga de criados, el otro que no lo es, por imitarle, arruina su casa, y se llena de deudas; entonces el primero, á quien sus riquezas tienen en posesion de pretender la preeminencia entre los demas, aumenta en aquella exterior grandeza á un grado excesivo, y se perjudica por no querer igualarse á los otros. Asi van creciendo las obstinadas competencias, y todos corren uniformemente á su ruina.

Lo que dejo dicho en un asunto, debe entenderse en los demas, aunque en materia de vestidos, como cosa que está mas á la vista de todos, se hallan los principales objetos del fausto. De la clase de los nobles se pega el contagio á la mediana; muchos ricos mercaderes y bienestantes de la ciudad, que suelen dar en la locura de imitar á la nobleza, con la que se creen confinantes por la opulencia de sus bienes, se

avergüenzan de no seguirla en este exceso, y por tanto llega á comunicarse á ellos igualmente el lujo: la ínfima plebe resiente á proporcion los daños; ya en nuestros dias se ve una pobre criada, tal vez de lo mas soez del pueblo, adornada con mas galas que llevaba en mis mocedades una rica mercadera.

Siendo así, le interrumpí, yo no acabo de entender qué perjuicio se sigue al comun; porque segun vuestros principios, girando por este medio el dinero, se logra el fin para que fue instituido; y el público poco interesa en que el oro esté en poder de los nobles ricos ó de los mercaderes; antes bien me parece que esto será muy ventajoso para los oficios, pues así se proporciona que se sustenten muchas familias con comodidad. Yo omitiré, replicó el presidente, examinar por ahora si sean provechosos ó nocivos artes que hay superfluos en un reino, que ve perdidos á diversos artesanos que pudieran emplearse en otros mas útiles al estado; no os referiré asimismo los detrimentos que se originan de arrui-

narse una honrada familia; pero daré una respuesta á vuestra proposicion que os desatará todas las dudas.

Se ha introducido entre los simiopolitanos el fanatismo de no dar estimacion sino á las cosas que vienen de lejos. Los profesores de las ciencias que se aprenden en esta ciudad no tienen mérito; para que sean estimados es necesario que vengan de paises extranjeros, y á proporcion de la distancia de nuestra pètria crece la reputacion que de ellos se forma: no se cree poder hallar artífices excelentes sino fuera de estos dominios; lo propio se entiende de músicos, pintores, y de todos aquellos que se emplean en cualquiera ciencia ó arte liberal ó mecánico. Esta necesidad se extiende á todas las cosas; las lanas y las sedas forasteras se tienen por las mas particulares, y se desprecian las nuestras; lo mismo sucede en los géneros de mercería. Sobre tan falso principio, lo que sucede es que todos buscan las manufacturas, y cuanto necesitan de los extrangeros: los artes y artesanos naturales se menoscaban con la necesidad, el dinero sale del es-

tado, que por consiguiente se va empobreciendo; y entre tanto los forasteros se rien, y triunfan de nuestra ignorancia.

Á este tiempo vino un criado con un recado, diciéndome de parte de su ama que ella deseaba la hiciese el gusto de pasar á su cuarto á conversacion: el presidente le hizo volver, y que respondiese que á poco rato quedaria satisfecha, y prosiguió asi su discurso: bien sé que podreis argüirme que con sábias leyes se debiera poner coto á tan exorbitantes desórdenes; pero habeis de entender que no han faltado celosos legisladores que se tomaron las mayores fatigas para desimpresionar á los ciudadanos de unas máximas tan falsas y perniciosas; é impusieron rigurosísimas penas á los transgresores: pero reflexionad, amigo, que la prevencion tiene mas ojos y mas manos que la ley. ¿Si uno edifica, y son mil los que destruyen, cómo podrá tener adelantamiento el edificio? Por tanto, ineficaces son los remedios, cuando se impiden con el mayor esfuerzo los efectos saludables que debieran redundar

de ellos. No os molestaré describiéndolos los artificios que se inventan, para hacer ilusorios el valor y la ejecución de las leyes: sois extranjero, y así no es posible que forméis un juicio cabal de los abusos introducidos con este motivo; solo os diré que la malicia de nuestros artesanos, diestrísimos cuando quieren hacer una trampa, es acaso el origen de todo el mal, y el estorbo para que se ponga el remedio.

Suponed que yo soy un celoso observador de los mandatos del gobierno; tengo que dar de vestir á mi familia, y manteniendo un entero respeto á las leyes, no quiero defraudar á los artífices del pais de aquella comodidad que solicitan, mediante la protección de la superioridad; en virtud de esto los llamo para que me provean de lo necesario: hambrientos por falta de tales ocasiones, forman el plan prontamente de resarcirse en aquel lance de todos los anteriores desfalcos; escogen los materiales mas endebles, porque los compran muy baratos; procuran que el trabajo aparezca fuerte y consistente con los artificios que ellos bien sa-

ben, aunque en la realidad sea débil y de poca dura; engrandecen sus materiales por los mejores; el trabajo por de toda ley, y la duracion eterna, y á peso de oro me hacen pagar el engaño. Pasa poco tiempo y se aniquilan sus obras: yo que era un perfecto ejecutor de las leyes, me veo precisado á seguir la prevaricacion comun, por no servir mi celo de otra cosa que de hacerme arrojar el dinero. Asi viene á suceder que el abuso sea el origen principal del error, que tal vez se justifica con la malicia de aquellos que se ven reducidos á la miseria que el dicho fanatismo acarrea.

Yo quedé persuadido de la verdad, y perfectamente informado en una materia que deseaba entender á fondo. Gustosamente me hubiera aprovechado de la compañía del presidente, de quien podia tomar exactas noticias de la policía y costumbres de los monos; pero el repetido convite de madama Betónica me precisaba á no abusar de su benignidad. Pedíle pues licencia para ir á cumplimentar á su consorte: la honrareis y dareis gran gusto, me res-

pondió, y á mí al mismo tiempo; ella querrá haceros algunas preguntas en asuntos sobre que yo no os he molestado; todos tienen sus particulares miras y curiosidades: ella es mona, y así es forzoso que la suplais sus defectos. Yo añadí las razones que merecia tan atento discurso, me suplicó le perdonase el no acompañarme, por tener que ocuparse en unos importantes negocios que se le habian encargado en la corte, y con esto nos despedimos.

CAPÍTULO XIV.

De la visita de Enrique á madama Betónica, y de lo que pasó con madama Zanahoria.

Fuí pues conducido al cuarto de madama Betónica, que encontré rodeada de sus dos hijas y de sus doncellas; luego que estas me vieron, gritaron llenas de alegría: *ya está aquí, ya está aquí; por fin ya se ha dejado ver.*

Inmediatamente me pusieron una silla arrimada á la mesa de madama enfrente de ella y entre sus dos hijas: estaba la madre aplicada en enderezar con festones cierto adorno de la vanidad del sexo; una de las doncellas se fatigaba en componer una cofia, teniendo un ejército de alfileres dispuesto en diversas líneas para que la diesen socorro; otra andaba escogiendo entre unas y otras flores de mano las que necesitaba para formar ciertos grupos graciosos; todas tres finalmente estaban empleadas en la grande obra de perfeccionar la cofia. Diversas eran las labores de las demas, pero no puse cuidado en observarlas.

La primera pregunta que me hizo madama fue si las hembras de Europa eran tan dadas á los adornos como las monas. En todo el mundo, la respondí, mírese por cualquiera parte, hay muy poca diferencia; el modo suele ser diverso, pero en lo esencial no se encuentra distincion: nuestras europeas se interesan con mas esfuerzo, y tratan con mayor atencion sus atavíos, que un ministro de estado los intereses de su príncipe.

Iba continuando en la descripción de las mas serias ocupaciones de las mugeres, cuando se levantó de su silla una de las doncellas, y puso á la vista de su ama cierta labor que traia entre manos, proponiéndola el árduo problema, de si deberia hacerse en tal parage un punto del derecho ó del reves: la dificultad era importante: madama no queria decidirla por sí sola, y así llamó á consulta á las hijas y á las criadas, y todas congregadas se pusieron á examinar con gravedad la materia, para poder desatar doctamente tan dificultosísima cuestion. Despues de varias dudas, conferencias y diversidad de pareceres, se determinó segun la decision de aquella que era la mas docta en el concepto de madama.

Esta, finalizada tan necesaria interrupcion, me preguntó si nuestras mugeres llevaban zapatos, de qué materia se componian y cómo era su hechura. Ya empezaba yo á hacer el papel de zapatero, cuando la hija mayor me aborrió el trabajo, por tener que consultar con su madre sobre si la punta de la cofia que viene á dar

al medio de ella, se debía alzar ú bajar: no era asi como quiera la dificultad; no se atrevió á resolver madama, hasta que por experiencia tuviese conocimiento del efecto que en uno y otro caso resultaba: acomodó la cofia sobre la cabeza de la misma que habia propuesto la cuestion, y bajando primero la punta, se puso atentamente á examinar de medio perfil, de lleno, de arriba y de abajo, qué aire de gracia recibia la cara de su hija, colocada la punta en semejante figura; de ésta pasó á la otra postura, levantándola, y hecho con igual diligencia el mismo escrutinio, decidió por el segundo caso. Cuando creí que se habia finalizado la dificultad, oí pronunciar un riguroso decreto para que diese un cruel tormento á la pobre cofia, porque tenia una de las alas un tanto cuanto, que apenas se distinguia, mayor que la otra: inmediatamente se prepararon á la operacion los alfileres, ministros de la crueldad, y en breve tiempo quedó ejecutada aquella ejemplar sentencia.

Olvidada madama Betónica de la

pregunta de los zapatos, ó creyéndose ya satisfecha de su curiosidad, bien que yo no habia respondido palabra, pasó á otro punto, queriendo que le informase acerca de los briales; no pude llegar á hacerlo sin que pasase á otra materia; así fue de uno en otro asunto hasta llegar á hablar de la cofia que era el principal objeto de su curiosidad, y para satisfacerla, habia deseado con tanto ardor avocarse conmigo: á fin de que yo no maliciase que este habia sido su único intento, dió principio por los zapatos, para ir ascendiendo disimuladamente hasta la cabeza. No repetiré las continuas interrupciones que la suspendian la regular atencion á mis palabras, haciendo tanto caso de mí en aquellos intervalos como si no estuviera presente; tan solo diré, que cuando se llegó á aquel gran punto, que era el de su agrado, mostró una infinita atencion á cuanto la decia sin perder una sílaba; antes gritó muchas veces á las hijas y á las criadas porque tenian el atrevimiento de perturbarla con alguna dificultad mientras duraba este severísimo examen.

Preguntóme pues si nuestras damas acostumbraban cubrir sus cabezas con un poco de lienzo, artificioosamente plegado, dispuesto y adornado con tanta gracia como ellas solian practicar. No solo, la dije, las señoras han introducido entre nosotros la costumbre de ponerse en la cabeza un reparo con materiales poco capaces de defenderla de la intemperie del aire, y cargado de varios adornos, que á su parecer forman una delicada vista á los ojos de los hombre; pero aun las mugeres de la ínfima plebe imitan este uso de las damas nobles, diversificándolo únicamente en la cualidad del lienzo, del marfil, y de la riqueza con que suelen adornarse.

Mucho me agrada, añadió madama, que las mugeres tengan el exquisito gusto de las monas, y no desapruero la conducta de la plebe que sigue las ideas de la nobleza; pues esta debe ser siempre el modelo de las operaciones de aquella. Pero por lo que á vos toca, me parece, señor, que no estais muy persuadido de la utilidad de esta invencion que nos adorna y

hace airoas; mas no obstante, por lo que en realidad sucede, queda desmentida y reprobada vuestra opinion; pues aquel uso debe creerse sábio y racional, que es generalmente abrazado por todas las naciones, y no pudiera ciertamente haberse puesto en la cabeza á las señoras de vuestro pais el imitarnos en tan útil invento sin conocernos, si la naturaleza, la verdad y la razon no las hubiera suministrado la idea. Concedíla la consecuencia que deducia, aunque no me faltaban razones con que replicarla, y probar que en materia de costumbres no deben tenerse por mejores las que llevan sola la razon de mas aplaudidas y generales.

Si hubiese tenido la imprudencia de empeñarme en esta disputa, por consiguiente debia poner el ejemplo en varias cosas que ella reputaba por excelentes; y así hubiera pasado para con ella por un bárbaro ó un bruto que carecia de discernimiento; me quedaria sin adelantar cosa alguna y despreciado, con unánime consentimiento, de todas las monas que alli se hallaban. En otros tiempos que la vanaglo-

ria de querer distinguirme hacia una fuerte impresion en mi ánimo, no hubiera dejado de arrojarne á una necesidad semejante; pero habiendo abierto mas los ojos con los años y práctica del mundo; supe muy bien sujetar este desordenado deseo de sobresalir, que á los que se dejan llevar de él, hace objetos de continuas risas, burlas, enemistades y peligros. La materia finalmente de que se trataba, no merecia la pena del empeño, ni permitia la buena crianza que contradijese á una dama en aquellos puntos de que ellas se creen naturales é inapelables jueces.

Alegre y satisfecha madama de haber hecho tan glorioso descubrimiento en favor de sus estimadas cofias, pasó á indagar si la hechura de las de nuestras damas era siempre una misma, ó si acaso de cuando en cuando se variaba. No podré acabar de deciros, respondí, en cuantas clases se distribuyen las varias formas que dan á este género de adorno: hay cierta especie de personas que se interesan en mudar continuamente la moda: ya recogen dentro de ellas todo el pelo; ya dejan

descubierto el círculo de cabellos que rodea la frente ; ya se aprisionan estas cofias con un pedazo de tela que se ata por debajo de la barba ; ya se dejan en tanta libertad, que parece que tienen alas, y que echarian á volar si un tirano alfiler no lo impidiese, obligándolas á detenerse sobre la cabeza. Tales modas que continuamente van sucediendo de unas en otras, tienen su origen en el fecundo cerebro de ciertas mozuelas que estan en posesion (no sé el motivo) de ser los oráculos del arte, y no cesan de suscitar nuevas invenciones.

A los principios de una moda (diré con sinceridad el efecto que en mí solia producir) me parecia intolerable y horrible la novedad cada vez que se me presentaba, y feísimas las hermosas ; pasados algunos dias no me disgustaba tanto la innovacion, hasta que finalmente con el tiempo me iba agradando : esto proviene de que estando los sentidos acostumbrados á una cosa, dificilmente se satisfacen con otra ; hasta que por sus grados van deponiendo la extrañeza : pero el interés de las di-

chas inventoras no las dá lugar á esta graduacion , pues lo que intentan es destruir del todo la antigua con la nueva moda , para que necesariamente se recurra á ellas , que saben hacer un ventajosísimo comercio con la vanidad de las damas.

Madama Betónica estornudó , como si quisiese dar á entender que procuraba descargar la cabeza de las impresiones que iban haciendo en ella mis palabras ; y despues sonriéndose , me dijo , que en los asuntos que pertenecian á las señoras , se debia dejar formar juicio á ellas mismas , porque excluidas de todos los negocios de entidad en donde no tenian la osadía de incluirse , era de justicia que los monos , ó los hombres entre nosotros , las dejasen sin inquietarlas en la posesion de lo que á ellas pertenecia únicamente. Yo os concedo cuanto decís , la respondí : pero permitidme que reflexione asi ; todo el estudio de las señoras se dirige á comparecer mas atractivas ó menos desagradables á los ojos de los monos ó de los hombres ; con que parece que por este motivo

ellos; y no ellas deberían ser los jueces del efecto que suele producir su adorno.

Estando en este coloquio, en el que por modestia no daban las dos mocitas su parecer, aunque probablemente tenían muy buenas ganas, entraron recado de parte de madama Zannahoria que ya subia la escalera, para hacer visita á madama Betónica. Quedé suspenso al oir su nombre, acordándome que era esta á quien habia muerto el perrillo en la casería de los villanos mis huéspedes y perseguidores; por tanto quise precipitadamente ausentarme para no encontrarme con ella; madama Betónica que sabia toda la historia, me dijo que ya era imposible salir sin que me viese, y que solo habia el remedio de retirarme á la pieza inmediata, hasta tanto que se encontrase algun pretexto de conducirla á otra sala, para que entonces pudiese yo marchar libremente. Tuvo tambien madama la advertencia de mandar á una de sus doncellas que avisase á su esposo el presidente la causa de mi retiro, no fuera que en-

trando en aquella sala, y echándome menos, preguntase por mí.

Madama Zanahoria estaba á la puerta; mas no obstante (parece imposible) ocurrió en este punto á madama Betónica pedirme una gracia: mandó á sus hijas que saliesen al encuentro á la visita, y entre tanto me rogó la hiciese el favor de dibujarla un modelo de las cofias mas airosas de Europa, acordándome de la habilidad de Roberto, la dí palabra sin detenerme de satisfacer su curiosidad. Las hijas que se habian hecho cargo de la intencion de su madre cumplieron puntualmente su comision, y madama Zanahoria entraba por la sala al propio punto que yo cerraba la puerta de mi retiro.

Precisado á estar escondido, aunque de mala gana, me puse á pasear con mucho punto por aquella pieza, que era justamente la alcoba de los amos de la casa. Andaba contemplando las ricas alhajas que la adornaban, cuando advertí que sobre una mesa habia un pequeño libro: por divertir el enfado que dá la sujecion le tomé, abrí, y su fachada decia: *historias*

particulares, acompañadas de breves morales advertencias: me entró en curiosidad para aplicarme á su lectura. La inconexion de las materias que contenia, me hizo dejar á la casualidad la eleccion del punto que pudiera entretenerme. Volvile pues á cerrar, y abriéndole por donde guió la suerte, me hallé con una novela que se intitulaba: *si no quieres volverte loco, no satisfagas á todos*: esta contenia, poco mas ó menos, lo siguiente.

Cierto autor habia compuesto una obra de poca consideracion, trabajada en breve tiempo, mientras se estaba esparciendo por algunos dias en el campo, para dar una especie de diversion á sus amigos vecinos; uno de ellos creyó aprovecharse, divulgándola, aunque no estaba todavía dada la última mano. Salió, pues, á luz en el tiempo en que su autor estaba en la cama con una enfermedad aguda. Recibióla el público con gusto y benignidad, tributando á quien la habia compuesto excesivos aplausos, que desde luego hubiera perdonado, por cuanto tenia intencion de permanecer oculto; entre

tanto el amigo 'sacó no poco producto de ella: viéndose descubierto el pobre mono contra su voluntad, quiso saber el parecer comun para corregir sus propios defectos y los del libro: á todos oia generalmente contentos; pero cada uno ponía su excepcion. Unos sujetos de genio melancólico y mal contentadizo, congregados en cierta casa, hallaban un gran delito al principio de la obra, y sin examen de sus cláusulas ni conocimiento del carácter del escritor, le culpaban como falto de la debida compostura; súpolo este, y al punto corrió á enmendar todo el exordio; así creía que el público quedaria satisfecho con la nueva que se estaba disponiendo, por no haberle notado otro defecto aquella academia burlesca.

Dijéronle despues, que en cierta conversacion se le habia imputado que zaheria á unas personas, que no solo no conocia aun de vista, sino que jamas habia oido nombrar; por tanto borró el pobre toda aquella inocente parte de su escrito. Por otro lado averiguó que en casa de un librero cierta junta de críticos le habia hecho un ri-

górico proceso, en cuya consecuencia salió condenado por tres gravísimos errores: el primero, que siendo su obra un pasatiempo, contenia muchos documentos morales: el segundo, que no era verosímil que una lengua forastera se pudiese aprender en muy pocos meses: el tercero, que era incomprendible como despues que cesó la tormenta se habia podido transportar á la orilla por medio de un esquife desde un navío encallado en un banco de arena ciertas alhajas, y lo que es mas, las pelucas de aquellos pasajeros: atónito quedó el autor, y así enmendándose en razon de la primera objecion, procuró disminuir las máximas morales; pero como las dos siguientes dependian del hecho, y tenian mas de ridiculez que de otra cosa, determinó no mudar palabra alguna en estos asuntos. ¿Y no mas? pues de alli á pocos dias, escuchando los dicterios de los ociosos, oia que el libro no tenia página sin delito; pero con todo eso continuaba en ser bien recibido de toda la ciudad, y comprado no obstante el exorbitante precio á que estaba tasa-

do. Restaurose el autor de su tímida sorpresa, y determinó continuar su comenzada tarea, que si no le producía provecho alguno, le proporcionaba á lo menos la satisfaccion de complacer á sus amigos.

Quería proseguir la lectura del libro que me iba agradando; pero habiendo oído cierto rumor, me instó la curiosidad de escuchar la causa, para cuyo efecto apliqué el oído por el resquicio de la puerta, y advertí que madama Zanahoria estaba inquieta. ¿Qué es eso? la respondia la señora de la casa: siento, decia ella, ciertos dolores que me atormentan mucho; ¡cuánto tiempo ha que no he experimentado desazon semejante! Serán efectos de preñez, añadió una criada vieja: no estoy por cierto embarazada, respondió la pobre dolorida; estos son retortijones de vientre, y sí no le desocupo, no es posible librarme de tal trabajo.

Madama Betónica quiso aprovecharse de esta casualidad, para que yo pudiera salir de mi escondite: vamos pues, la dijo, al cuarto de las niñas, en donde podreis salir de esa urgencia

de la naturaleza: no, no, replicó ella; esa estancia está muy lejos, permitidme que me acomode en vuestra alcoba que está aquí próxima. Esto fue decir y hacer; levantóse precipitadamente de la silla; corrió hácia la puerta de la pieza donde yo estaba escondido, quiso abrirla con violencia, y me dió en la cabeza con tal ímpetu, que por muchos dias despues se me conoció el coscorrón. Como encontró tanta resistencia para abrir la puerta, renovó con mayor esfuerzo el impulso; pero no siendo este ya del caso, por haberme yo apartado, la fuerza que hizo y el peso del cuerpo que dió en vago, la hicieron rodar dando con su cabeza en mis pies.

La sorpresa, la caída, el temor y no sé que otros efectos que hubieron de suceder necesariamente en lo interior de esta señora, la suspendieron los dolores y cesó la urgencia corporal. Se me olvidaba decir, que todas las circunstancias corrieron á levantarla del suelo, pusieronla en la cama y procuraron restablecerla con espíritus confortativos. Es indecible la gana que yo

tenia de soltar la risa, y me parece que todas las monas que alli se hallaban tenian la misma disposicion; pero la sufrian obligadas de cierto decoro que era forzoso conservar. Á poco tiempo se levantó madama Zanahoria y procuró saber la causa de hallarme alli escondido; la fue revelada el secreto, y ella se ofendió de que yo la creyese capaz de ejecutar acto alguno de desatencion; me aseguró que no era mona vengativa (virtud rara en su sexo) y quiso que todos nos sentásemos amigablemente á conversacion.

Con motivo de lo sucedido me hallaba de tan buen humor, que quise divertirme á costa de esta mona. Preguntéla si habia venido sola ó acompañada, y habiéndome respondido que sola, la dije: ¿pues á donde está aquel girasol que solia animarse á los rayos de vuestra belleza? ¡Ah! callad, respondió, no me nomeis á ese traidor; fue demasiado sincero el cariño que yo puse en él, para poder ahora aborrecerle como merecia; no porque se me ocultase que él era uno de aquellos bribones que tienen puesto su estudio

en agregarse á las casadas ricas , por si pueden grangear su gracia á fin de despojarlas de sus bienes. Fingí que no entendia lo que hablaba y continuando en mis preguntas , la dije si acaso era que la habia dado palabra de esposo y despues habia faltado á ella. Yo, respondió, ha muchos años que estoy casada ; vos no sabeis lo que preguntais. Pues será, añadí maliciosamente, que es vuestro marido y os ha dejado. O vos, replicó ella , sois un tonto que nada entiende, ó sois una de aquellas personas que se deleitan en desazonarnos. Perdonad , señora , la dije , que no comprenda vuestro discurso , pues no acabó de hacerme cargo de cómo una mona casada pueda admitir á un amante que no sea su marido.

Nada alteró á madama Zanahoria esta delicada reprension , que deberia haberla avergonzado ; antes dándome una ojeada , y encogiéndose de hombros , dijo : este necio quiere hacerme perder la paciencia. Miráronme las mocitas , y observando que me estaba riendo , advirtieron mi malicia , y tuvieron bastante deseo de acompañarme

en la burla. Hice entonces como que comprendia el enigma, fingí que sentia su suceso, y despues la dije: señora, segun llego á entender, vuestra desazon se deriva de que os hallais sin un inmediato servidor; notable defecto en una dama de mérito como sois vos; pero este es un daño que puede repararse facilmente, y si fuere de vuestro agrado yo me ofrezco á substituir la plaza. Ah, ah, replicó ella en tono de hacer burla, por cierto que haria una gran conquista, recompensando la pérdida de un buen muchacho con una disforme bestia. Sea lo que quisiéreis, la respondí, por lo que á mí toca; pero esto de alabar á un traidor que os ha burlado, dándole el título de buen mozo, me suena á que aun sois su amante. Soy, dijo ella rabiosamente, el diablo que os lleve.

Estando en estas palabras entró el presidente, y con una sonrisa la preguntó: ¿con quién la habeis armado, madama Zanahoria, que parece que estais toda alterada? Me estoy defendiendo, respondió ella, de este mentecato, que está poniendo todo su es-

fuerzo en hacer desesperar, y no acababa de conocer que habla con quien es capaz de resistir á un millon de sujetos como él. Medió el presidente, se terminó la desazon, y me aseguró la buena mona; que desde luego creia serla de grande interés adquirir mi amistad; para que no pretendiese el distintivo de ser su cortejo, porque temia que si me aceptaba bajo tal carácter, se haria ridícula en toda la ciudad. Concertados y pactados de esta suerte los preliminares de una estable paz, me despedí de las señoras y dadas gracias al presidente por los favores y honor con que me habia distinguido, salí de su palacio contento por haber pasado aquel dia á toda mi satisfaccion.



CAPÍTULO XV.

*De las exequias del difunto
generalísimo.*

Continuaba Roberto frecuentando la corte adonde le mandaba el rey estuviere diariamente para conferir con él ciertas innovaciones que meditaba : con este motivo se habia hecho tanto lugar en la gracia de aquel príncipe, que le escuchaba con benignidad qualquiera proposicion , y con utilidad del estado seguia sus dictámenes. Se hacian continuas experiencias para introducir las artes europeas ; se buscaban los mas acreditados y hábiles artífices, á los que se daban los modelos ; y ellos imitaban la obra con el mayor esmero. Eran continuas y palpables las ventajas que sentia el estado con las luces de Roberto, y la proteccion del príncipe, que patrocinaba sus operaciones. Aumentábase el provecho de los artífices ; la ciudad disfrutaba las nuevas

introducciones, y (exceptuando un pequeño número, que nunca falta, de aquellos á quienes todas las cosas parecen mal aunque no haya razon para ello) todos los ciudadanos alababan á Roberto, y daban gracias al cielo porque les habia concedido la direccion de un hombre tan singular. Todas estas cosas se leen largamente en sus memorias; y no quiero, como llevo dicho en mi primer tomo, repetir lo que él escribe, pues no debo meter la hoz en mies ajena.

Mientras Roberto se ocupaba en materias de tanto peso, yo me hallaba en un total ócio sin hacer otro uso del tiempo y del discurso que examinar las costumbres de algunos de los simiopolitanos que mas eco hacian en mi fantasía; estudio de corto trabajo, y en que puede interesar poco la curiosidad de los demas; mas habiendo hecho de esta forma la particion entre nosotros antes de nuestra llegada á la ciudad, debo no apartarme de la senda que por suerte me tocó seguir, ó si se habla en realidad, de la que únicamente se juzgó serme adaptable.

Pasados algunos dias, se esparció por la ciudad una voz confusa de que se habia ya hecho eleccion de generálísimo, aunque no se decia el sugeto en quien habia recaído este cargo. Aquellos que hacen asunto en querer penetrar los mas arduos misterios del gabinete, aseguraban que era el señor Saucó el elegido; y despues por el efecto se vió no se habian engañado en esta ocasion.

Tenian en la corte la antigua costumbre de no celebrar las exequias al difunto héroe hasta que estuviera su empleo proveído, debiendo el sucesor asistir á la lúgubre funcion de sus honras. Se fundaba esta institucion en una sábia máxima, queriendo con ella dar el mas sábio documento á los que ensalza la fortuna, pues viendo el fin de las terrenas grandezas, que son tan momentáneas, podia aprender el nuevo electo el modo de emprender el camino de la virtud, que es quien puede conservar el nombre del difunto aun mas allá del sepulcro. Estas exequias, si se ha de decir verdad, se reducian á un triunfo,

y eran muy semejante á los apoteosis de nuestros antiguos.

Formaban una estatua que representaba al muerto, que estaba ya hecho polvos, y advertí en esta ocasion, que la imágen se parecia al original, lo mismo que la madera, de cuya materia constaba, semejante á la carne: pero no obstante que la vista desengañaba y hacia ridícula la representacion, bastaba concebir la idea de que aquel mal trabajado leño fuese el cuerpo verdadero del difunto, para que una voluntaria ilusion (como muchas veces sucede) supliese los defectos. Se ponía el figurado cadáver dentro de un ataúd, forrado de negro y oro, queriendo que se conociese que hasta el sepulcro les acompañaba la vanidad. Iban delante infinitas personas de todas clases, que llevaban hachas encendidas, significando con esto (para dar plausible ilusion) que la luz de sus obras resplandecía despues de su muerte. Le seguian finalmente sus parientes y amigos, vestidos de luto con desaliño, transformados en otros tantos túmulos. Explico mas claro este último pensamiento.

El señor Haya y sus hijos fueron convidados para asistir al funesto oficio y estaban precisados á llorar, ó á fingirlo, sino tenian gana de afligirse en realidad. Previendo el que estableció estas ceremonias, que por lo comun los parientes enjugan pronto las lágrimas que se derraman por semejantes pérdidas, pensó como hacer creer al pueblo en las funciones solemnes que estos estaban inconsolables en su dolor; para esto ideó una especie de sombrero de figura cónica, que les duplicaba su ordinaria estatura; desde lo alto de él hasta los pies del dolorido colgaba un pedazo de tela de una materia vil, para denotar el poco cuidado en el adorno, y de color negro, para dar á entender la tristeza. De este modo los tales quedaban envueltos y escondidos en esta máscara, y podian reir á su satisfaccion, y sin temor de ser murmurados de aquellos simples que creen se demuestran los efectos de la sangre en las apariencias del luto.

Nosotros éramos sinceros amigos del señor Haya, y así nos rogó que nos tomásemos la incomodidad de acompa-

ñarle disfrazados con tan horrible figura. Con que desazon me llevaria aquel mogiganga es facil de discurrir á cualquiera que sepa que tan particular disfraz impide cuasi absolutamente el uso de la vista, y por consiguiente se camina con notable desacomodo; pero de esta falta de comodidad se derivó á mi favor el gusto de poder comprender próximamente con cuanta necesidad se introdujeron estos escondites.

Luego que llega el fúnebre acompañamiento á una espaciosa llanura en donde está formada la tropa con todas las insignias militares enlutadas, se pone el ataúd sobre un elevadísimo tablado, adornado con cuanta magnificencia y riqueza es imaginable. Despues de una oracion, que se dice en alabanza del muerto, adulacion del sucesor y lisonja del estado, se deja en manos del pueblo la herencia del difunto, se entienda los adornos del tablado, y empezando desde la estatua, todo queda despojado en breve: se pega finalmente fuego á lo que ha quedado; y el humo que se eleva creen ser el genio del héroe que va á señorearse de las

nubes; y con esto se acaba el funeral. No se me culpe de poco exacto por haber tan de paso contado una costumbre tan particular, pues semejantes ritos se encuentran difusamente explicados en las memorias de Roberto.

Antes de ponerse en práctica las exequias de que vamos hablando, se originó una grande dificultad sobre buscar sugeto capaz de cumplir perfectamente el cargo de orador. En la ciudad en donde habia muchísimos personajes que hacian pública profesion de amontonar palabras que no estan en uso, para poder componer una oracion vacía de conceptos, ninguno se juzgaba suficiente á tan grande y dificultoso empeño. Era forzoso recurrir á los extranjeros con sumo sonrojo de los patriotas. Se hizo pues un diligentísimo escrutinio, y fue finalmente elegido uno á quien no se podia convencer de haber jamas usado en sus oraciones una voz que no se leyese en ciertas novelas de un autor que ya hacia cuatro siglos que habia muerto; libro que era la fuente de todo, el inexplicable mérito del orador forastero.

Apliquéme con atencion á oir su discurso ; pero mi ignorancia no encontró en él aliciente alguno. Comenzó con una locucion que me pareció una descarga de cañonazos, hízome estar largo tiempo con la boca abierta, esperando un verbo que uniese los términos con que queria dar á entender su pensamiento, y finalizado el primer eterno período, para mí fue lo mismo que sino hubiese hablado palabra. ;Cuan engañosas son las ideas á que nos conduce la falta de inteligencia ! Yo habia conceptuado, que ni él mismo habia entendido lo que habia dicho, pero los aplausos de los circunstantes me dieron á entender mi ignorancia ; aunque por defecto de luces no podia salir de mi error. Finalmente, nada entendí de su peroracion y se me quedó seca la boca con la continuacion de tenerla abierta. No obstante al fin de su razonamiento bajó un poquito mas lo alto de su estilo, y asi pude comprender, que alababa la sublime virtud del difunto, á quien no habia oido nombrar en toda su vida ; que elevaba hasta los cielos el valor del nuevo generalísimo, que era

un solemne poltron , y finalmente , que sin haber estudiado la astrología judiciaria , pronosticaba al príncipe y al estado victorias , triunfos , y la conquista del mundo entero.

Aunque no llegué á entender la excelencia del arte de este afamado orador , comprendí la ridiculez de otro que profesaba este mismo ejercicio , aunque no en grado de tanta elevacion. Tiempo hacia que estaba vacante el puesto de primer ingeniero de la armada cuyo nombramiento dependia privativamente de la voluntad del supremo comandante. El difunto por no multiplicar los gastos del tesoro público , no habia querido hacer la eleccion , pero se creia que el sucesor para tener una hechura propia , y que del todo estuviese empeñada en servirle , se queria valer de su derecho. El orador de baja extraccion (asi le llamo para distinguirle del campanudo combinador de antiguos sentenciosos vocablos) cansado de un arte , del que solo por su culpa no le redundaba todo el provecho que queria , aunque sí mucho mas que el correspondiente á su mérito , se determinó

á hacer la corte á un palafrenero del señor Haya, para que este ganase la voluntad á un volante, á fin de que hablase á un ayuda de cámara, que se interesase con el mayordomo, para que dijese este sus súplicas al señor Haya, que se habia de empeñar con Roberto, para que (como era persona de tanto valimiento con el príncipe) hiciese presente al nuevo generalísimo la persona del dicho orador, á efecto de que recayese en él la provision del empleo de primer ingeniero.

Uno de los hijos del señor Haya nos contó esta particularísima recomendacion en cuya dilatadísima escala de protecciones echamos de ver, que era el primer escalon un mozo de caballos y el último la alta persona del generalísimo del estado; singularidad fué esta, que nos movió la curiosidad de conocer á quien la habia ideado. El señor Haya nos dijo, que no debiamos extrañar en cuanto á esto el carácter original de este mono que él tenia bien conocido, y que tratándole, experimentariamos cosas que nos admirarian mas.

Fue mandado comparecer el orador adocenado, el que se dejó llevar de una extrema alegría; creyendo ya á Roberto de parte de sus deseos, y que así su pretension estaba en los mejores términos; pero Roberto queria fondear los méritos de este sugeto, que repentinamente pretendia ascender á un cargo de tanta consecuencia. Preguntóle pues, cuanto tiempo habia gastado en aprender las matemáticas: quedó sin saber qué responder el pobre mono, que no habia oido hablar de tal ciencia en su vida. Juzgando Roberto que solo estaria informado de las reglas prácticas del empleo á que aspiraba, le propuso algunas dudas acerca de la arquitectura militar; pero el mono que no habia comprendido aun los términos con que habia hablado mi amigo, respondió que no entendia el language de nuestros paises.

Admirados en extremo de la arrogante pretension del dicho mono, no pudimos menos de decirle cuánto nos maravillábamos viéndole solicitar el mas alto grado de una profesion, cuyos principios ignoraba. No le alteró

la dificultad , antes respondió franca-
mente, que ninguno habia nacido maes-
tro , que todos los profesores de aquel
arte le habian aprendido con el estudio;
que se le diese el cargo , y que al pun-
to se aplicaria, y aprenderia todo lo
necesario para ejercerle. Estas razones
cerraron las puertas á toda réplica, pues
vimos era inútil el hablar con un ton-
to de tal naturaleza. Sino hubiera yo
sido testigo de oidas de este pasage,
y sino tuviera una entera certeza del
original de una cabeza de tan poco seso,
no acabaria de creerle, ni me atreve-
ria á insertarlas en estas memorias.



CAPÍTULO XVI.



*Publícase la boda de la hija del
señor Haya.*

Dos dias despues del referido funeral
se publicó la boda de la madamita Le-
chuga, cuyo tratado dias habia que es-
taba concluido ; pero no se habia dado

al público, hasta que se cumpliesen las ceremonias con el difunto tío, para que las lágrimas que era necesario deramar por la formalidad de este motivo, no se confundiesen con la alegría que aquel habia de promover forzosamente. Vino á vernos Jacinto aquella mañana antes que nos hubiésemos levantado, para participarnos tan agradable novedad en su nombre, y de toda la familia. Gustosísimo me dejó la tal noticia, y así partí apresurado á felicitar al padre de la novia, el que despues de abrazarme me dijo, que se consideraba el padre mas afortunado del reino, por haber hallado un yerno con los partidos mas apreciables, y de un bello genio. Este, añadió, es rico y de alto nacimiento; luego que llegueis á verle notareéis su buena política, y entendiendo el gusto de tratarle, convendreis con mi dictámen de que es la persona mas amable de toda la ciudad.

Mi alegría, que no era pequeña, se aumentó á vista de la de mi amigo; preguntéle cuanto tiempo hacia que habia destinado para su hija un tan digno esposo, y que cuando se verian unidos

con tan dulce lazo: respondiíme que apenas se habia divulgado por la ciudad la rica dote que el heredero de su difunto tio tuvo á bien consignar á la niña, cuando se la declararon pretendientes los mejores partidos del reino; que examinadas cuidadosamente las circunstancias de los sugetos y sus familias, y dando su consentimiento madama Espina y los demas hijos, ya habia dias que estaban hechas las capitulaciones, pero se habian tenido ocultas hasta este punto por la razon arriba dicha. Conocí luego la causa de las continuas conferencias, de que no éramos participantes, y me ocasionaron tanto cuidado y sospecha. Añadió despues el señor Haya, que la boda no seria hasta el fin de las carnestolendas, que daban principio entonces: entre tanto, dijo, las tertulias, el juego, el baile, los teatros, los paseos y las máscaras, seran las diarias ocupaciones de los novios; en cuyos lugares tambien vos podreis gozar de estas diversiones, que hasta ahora no habeis logrado.

No tanto por un acto de civilidad, cuanto por dejarnos llevar de los afec-

tos de nuestro corazon, que estaba poseido de una verdadera alegría, pasamos al cuarto de madama Espina, que nos recibió con las mayores demostraciones de agradecimiento; y creyéndose despues constituida en la obligacion de referirnos que ventajoso era para su hija el ya concluido tratado, dió principio por la nobleza de la familia del señor Nuez-moscada, que era el nombre del novio. Es inmemorial, decia, su origen; y lo que se hace mas admirable es la altísima estimacion que esta casa tiene en todo nuestro continente. Ninguno de sus descendientes degeneró de las nobilísimas cualidades de sus mayores: todas las naciones han andado á porfia por lograr el honor de atraer á sí esta familia; pero sola nuestra ciudad goza la singular dicha de numerarla entre sus patriotas: los extranjeros, como celosos de que sean solo nuestras estas glorias, han concurrido á hacerla mas brillante con prerogativas y excelencias sobresalientes á las de sus familias nacionales. Por último, siendo tan honorífica á vista de todos, debia recoger en su seno á mi

hija, para que conservase esta planta su deliciosa y útil descendencia.

Se iba aumentando nuestro júbilo, al paso que íbamos entendiendo la grande fortuna que estaba destinada para madamita, y por demostrar en cuanto pudiésemos sus efectos, rogamos á madama Espina nos concediese el gusto de ir personalmente á significar á la nueva esposa lo verídico de nuestra sincera alegría. No esperaba yo, respondió madama, menos atencion de tan benignos huéspedes; mi hija está en el tocador, luego que haya cumplido con sus mas precisas ocupaciones, vendrá á agradecer vuestras atenciones políticas, y entretanto estareis en conversacion conmigo. Nosotros aceptamos el convite de acompañarla, lo que no la desagradó, contra lo comun de su genio, y así me determiné á creer que el contento la habia suspendido sus acostumbradas extravagancias.

Despues de varias conversaciones que se tocaron nos dijo así: es costumbre de estos paises en las bodas de los nobles, el convidar á los poetas nacionales y extrangeros, para que con sus

obras alaben á los novios, y les pronostiquen las mas abundantes felicidades: puntualmente hay tambien ese estilo entre nosotros, respondió Roberto, pero nuestros poetas, por lo regular, en semejantes casos no hacen otra cosa que acumular adulaciones fastidiosas, con poco ó ningun mérito en las composiciones. Nuestra nacion, replicó madama, es mas discreta que la vuestra en este punto, porque nosotros ni aun abrimos el libro en que se contienen; es fuerza no separarse de la moda, y yo en realidad he de seguirla á toda costa; no obstante que sean como quieran las tales obras, entre las señoras los papeles en que estan escritas, se ven siempre condenados á envolver ovillos y semejantes frioleras, necesarias para nuestra diaria y doméstica labor: con el presente motivo quisiera suplicaros, añadió madama Espina, me hicieseis el favor de componer algun epitalamio en vuestro nativo idioma, distincion que ciertamente no habrá tenido novia alguna de las antecedentes, y que será envidiada de las futuras.

Sonrióse Roberto, y respondiôla

prontos nos hallareis, señora, para obedecer vuestros preceptos; pero la petición da á entender que vuestra modestia quiere ocultar las alabanzas de vuestra hija, y tambien cuidadosa tal vez de nuestra reputacion, pretendéis que escribiendo en lengua desconocida, no tengamos que temer las adulaciones ó las críticas de buen gusto. Muy bien sé, replicó madama, que no habrá quien entienda, ni aun quien pueda leer vuestros pensamientos; pero eso ¿qué importa? Lo que no se entiende es lo que se hace mas apreciable, como lo experimentamos diariamente. Se aumentará el número de las poesías, que es por donde se forma juicio de la grandeza y felicidad de los novios; y finalmente alcanzareis fama de dos espíritus sublimes capaces de todas las ciencias. La extravagancia de la pretension tenia la excusa del corriente estilo: era forzoso que nosotros prometiésemos á madama el darla gusto, lo que podia ejecutarse sin mucho trabajo, y con la certeza de no incurrir en la censura de ciertos pretendidos literatos de que abunda la ciudad, cuya profesion

era ir mezclando palabras, frases y coplas de cierto antiquísimo, y aunque á la verdad celeberrimo poeta, para sacar un pastel sin sustancia, que quita el crédito al autor que se pretende imitar, y que no tiene estimacion sino en la cabeza de quien le ha compuesto.

Llegó á este tiempo la novia, engalanada con todos los adornos que el sutil ingenio de su sexo pudo inventar, ó bien para ocultar sus defectos, ó bien para dar mas realce á la hermosura. Despues de haberla cumplimentado, congratulándonos sinceramente, y significando nuestros deseos de todas aquellas felicidades que generalmente á las novias suelen asegurarse, la preguntó Roberto, si acaso la adornaban todas aquellas galas con el destino de salir de casa, pensando nosotros en retirarnos para no darla sujecion: de ninguna manera, respondió madamita, porque el motivo de haberme ataviado de este modo es por estar decente para recibir á las señoras (que seran muchas) cuando vengan á visitarme y á darme la enhorabuena; entre tanto haré mucho aprecio de que gustéis dete-

ñeros conmigo, porque yo á la verdad os soy muy afecta: dijo estas últimas palabras con cierto estilo de corte, que antecedentemente no tenia, ó á lo menos no lo habia demostrado. En una palabra, es fuerza confesarlo, madama Espina era una gran mona, y una señora capaz de instruir á su hija en las verdaderas máximas de insinuarse afable y esparcida segun la corriente costumbre; su educacion se reducía únicamente á exterioridades; de donde puede bien inferirse, que seria una excelente maestra de ellas.

Yo queria introducir algun discurso relativo á las alegres circunstancias en que se hallaba aquella familia, y por tanto me tomé el atrevimiento de preguntar á la novia cuanto tiempo habia que cultivaba la amistad de su futuro esposo. No entiendo, respondió ella, lo que me decís, y así si quereis que satisfaga vuestra curiosidad explicaos mas claramente. No, de ninguna manera, replicó la madre, mas vale que calle, no sea que haga avergonzar por falta de experiencia á tan nobles almas. Perdonad, señora, la dije, no es

mi ánimo ofenderos, cuando tengo la curiosidad de saber si estaba bien radicado entre los novios el amor, que es el fundamento de todo el empeño que se contrae en los esponsales: la modestia de madamita no tiene por qué sonrojarse al oír nombrar una pasión, en la que espera encontrar todo el placer: supuesto que ésta la habrá inducido á consentir en que se forme aquel lazo que debe motivar su felicidad. Vos, me respondió madama, teneis muy vulgares ideas; mi hija es una gran dama, y no una de aquellas miserables monas, que no sirven de otra cosa en el mundo que de comer y hacer número; yo soy una madre que sé muy bien las leyes del decoro: entre nosotras no es permitido amor alguno que preceda al empeño del matrimonio; y si se llegara á saber que cualquiera noble doncella se atrevia á enamorarse por algun galanteo, además del deshonor de toda su familia, bastaba para que ya pudiese desesperar de su colocacion. Las monas de la plebe aman á su gusto, y escogen segun su genio á los novios y éstos á las novias; y es muy justo que

asi lo hagan, porque ellas no llevan otra dote que tiernos afectos en lugar de riquezas, y ellos las dan de comer amores, ya que no tienen otro medio de sustentarlas. Las señoritas nobles por el contrario, no ven á su esposo, ni saben de que gracias, de que espíritu, ó de que costumbres se halla adornado; primero oyen las alabanzas de los que le conocen; y ellos igualmente por su parte no gozan mas ventajoso privilegio: los padres forman á medida de sus miras los tratados, y sin otro examen, se sujetan á ellos las dos partes principales; y este es el motivo porque mi hija aun no conoce á su esposo el señor Nuez-moscada, ni este á ella; pero dentro de poco tiempo lograrán este placer, bien que con las precauciones mas rigurosas.

Quedé sumamente admirado al oir una costumbre tan fuera de razon, por cuanto el matrimonio siempre se me habia figurado una union de dos corazones con la participacion de sus bienes, de su genio y de su cariño, lo que es difícil de concebir sin que se comuniquen las personas que han de amarse.

Comprendí en este punto un dicho de cierto antiquísimo poeta europeo, que escribió en una sátira, que es la dote una diestrísima cazadora ó tiradora de saetas. No parece sino que el poeta tuvo alguna noticia de los estilos de las monas.

A este tiempo entró un page un recado á su ama, avisándola que madama Escoba y madama Castaña acababan de llegar, y pedian su licencia para entrar á visitarla; respondió que viniesen en buen hora; y nosotros nos retiramos para dar lugar á sus recíprocos cumplimientos. Encontrámonos en la antesala con las dos señoras: madama Escoba era una mona muy alta y flaca; traia una vestidura que por detras la arrastraba media vara cumplida, y parecia que por donde iba caminando queria limpiar el suelo de todas sus inmundicias; pasó por junto á nosotros con tal soberbia, que ni aun bajando la cabeza nos saludó. Madama Castaña era una monita pequeña de cuerpo y regordeta, pero muy ágil en los movimientos de todo el cuerpo; ésta con mejor crianza, nos

hizo cortesía encogiéndose y erguiéndose diversas veces al pasar por delante de nosotros.



CAPÍTULO XVII.



De las primeras visitas de los novios.

No puedo bien explicar cuanto abominaba la costumbre de los monos que ligaban á las pobres nobles doncellas con un indisoluble lazo sin consultar primero sus genios. Tan fuera de razon me parecia el tal uso, quanto lo fuera el precisar á cualquiera á contraer un empeño sin explicar el asunto sobre que debia comprometerse. Dí á entender á Roberto mi admiracion, y me respondió lo siguiente: el estilo que sigue la nobleza acerca de la colocacion de las hijas, no está tan fuera de los límites de la razon como os lo estais ideando; verdad es que la union de los corazones y de las inclinaciones deberia ser la basa fundamental de

semejantes vínculos; pero haceos cargo de que por lo general las pasiones ofuscan el entendimiento, que le parece que discierne en los objetos aquellas virtudes y vicios que no tienen en la realidad, y solo es cierto que un vehemente afecto los representa en la mente á medida de los respectivos intereses del corazon. De aqui es que el amor, que es la mas peligrosa de las pasiones, ciega enteramente á aquellos que se dejan llevar de él, sin permitir al entendimiento el uso de sus facultades: sucede despues que con la posesion de la cosa amada se amortigua el amoroso fuego, y se van reconociendo aquellos defectos que no permitia la razon se descubriesen antes: el arrepentimiento es la pena del error, que tanto mas grande aparece, quanto el amante menos le esperaba: la tibieza abre el camino al fastidio, y finalmente por lo regular, el ódio es el fruto de una estimacion que está fundada sobre las meras reflexiones de los sentidos. Nuestros monos reflexionando los inconvenientes que suele producir una mala eleccion, sugerida de

la pasión únicamente, de donde se derivan consecuencias tan funestas en los matrimonios, quisieron hacerse árbitros de los verdaderos intereses de sus hijas, eligiendo aquellos partidos que con maduro examen y sin preocupaciones juzgan ser los mas útiles: así pues el que estos vínculos no se formen por el amor, sino por la razón, que es una guía mas iluminada y segura, no veo deba ser motivo de tanta extrañeza, siendo esta costumbre la que constituye á las señoras en una suerte mas feliz y duradera. Añádese á lo dicho, que siendo quien dispone los matrimonios la ternura paterna, que con la mayor perspicacia examina el partido que para su hija solicita, es fuerza creer que se encuentran en los esposos aquellos caracteres que son capaces de representarlos amables á los ojos de sus esposas, cuyo cariño en tal caso es tanto mas permanente y laudable cuanto mas separado de la irregularidad del vulgar afecto. Todo esto deberá entenderse de aquellos padres en quien no quepa la crueldad de sacrificar á una inocente jóven por

el interés del resto de su familia.

Con mas gusto hubiera escuchado el razonamiento de Roberto, si los internos sentimientos de mi corazon, ó séase enhorabuena una mera preocupacion, no hubiera sido causa de representármeme con poca fuerza sus razones. Entre tanto se fue llenando el palacio de lo mas florido de aquella ciudad, concurriendo toda la nobleza á participar de los júbilos de una familia que universalmente estaba querida y respetada. La novia se mostraba afable y cortés con todos, y asi en breve tiempo corrió la fama de su bella gracia, ademas de haber logrado la fortuna de obtener el renombre de bien parecida. Nosotros estábamos continuamente con las formalidades de un puro cumplimiento, y gustosos nos empleábamos en este encargo, á que no podian acudir el padre y hermanos de la novia por los muchos negocios que ocurrían. Madama no se separaba un punto de su hija, por cuanto algunos rezagos de la antigua severidad la obligaban indispensablemente á tan gravosa sujecion.

No cesaban de ir llegando artesanos de todas especies con memoriales, y adjunta la recomendacion de graves personajes, á fin de que los admitiesen para las varias prevenciones que en sus respectivos oficios debian hacerse para adorno de la novia y de aquel palacio. Se habia introducido (como ya se ha dicho) pocos años antes un abuso en la corte, en fuerza del cual cada uno queria mezclarse en los negocios de los demas, sugiriendo diversas obras, recomendando artífices y ejecutando hasta las mas vergonzosas vilezas para lograr sus intentos. No tenían, se puede decir, libertad aquellos naturales en la eleccion de las personas que creian mas aptas para las obras que emprendian; tan grande era la persecucion de los operarios. De este abuso nacia dos gravísimos inconvenientes; el primero, que por lo regular salia imperfecto el trabajo; y el segundo, que muchos de los mejores artífices perecian de necesidad, ó por no poder encontrar quien los protegiese, ó porque ellos tenian por bajeza que su habilidad necesitase de re-

comendacion: asi necesariamente perdian las artes su lustre, y se hacia injusticia al mérito que gemia bajo el yugo de la violencia.

Llenóse pues en pocos dias de trabajadores el palacio; los carpinteros, los cerrajeros y los albañiles hacian retumbar las salas, y aun toda la casa con los martillos y demas instrumentos de sus oficios; los pintores tenian llenos de manchas aquellos puestos en donde estaban trabajando; todo era una confusion y continuo ruido; y al mismo tiempo los sastres, los zapateros y otros mil artesanos y mercaderes andaban entrando y saliendo por el cuarto de la madre; de modo que parecia que las provisiones eran para un ejército entero.

Llegó por fin el dia de las primeras vistas del novio. Parecióme digno de la alianza del señor Haya; curioso, buen mozo, bien hablado, y muy garboso en todas sus acciones: sino fuera por el defecto de dar á conocer muy por lo claro lo pagado que estaba de sí mismo, se le podia conceder el título del jóven mas

perfecto y mejor criado de la corte.

Luego que se presentó el novio, la señorita le hizo una cortesía sin mover la cabeza, ni aun la vista, y bajando tanto el cuerpo, que creí que se iba á sentar en el suelo; el jóven la habló con un breve y elegante discurso, que se conocia sin dificultad que le traia estudiado; la novia se avergonzó, y aunque tenia muy bien aprendida la leccion de lo que le habia de decir, en aquel instante se la olvidó del todo, y asi no supo responder otra palabra que: *muchas gracias*. Madama su madre se puso encendida como unas brasas, y hubiera intentado sacar los ojos á su hija, á no estar presente el novio; tanta era la desesperacion y cólera que habia concebido.

Sentáronse inmediatos los amantes futuros, que de presente aun no se podian llamar tales, y el novio comenzó á exagerar la hermosura y gracia de su esposa; pero ésta, ya abriendo, ya cerrando su abanico, teniendo la vista siempre fija en la tierra, y el cuerpo en un continuo movimiento á

uno y otro lado, como si estuviese sentada sobre espinas, no respondia otra cosa á cada alabanza que le daba el novio, que *para eso vos*: la madre no paraba de hacerla señas con la cabeza, pero ella lo iba echando mas á perder. Cuando un temor pánico llega á tomar posesion de quien es pusilánime, con cualquier leve motivo suele aumentar la confusion. Jacinto su hermano, que era mas discreto y penetrante que la madre, acudió á socorrer á su hermana, haciéndose intérprete de sus sentimientos, lo cual la dió esfuerzo de tal modo, que el mas poderoso cordial no vigoriza los espíritus de un desmayado con tan buen éxito como sus palabras vigorizaron los de madamita para hacerla volver de su letargo. Cuando la vió ya libre de aquel primer miedo que la habia sobrecogido, la dejó manejar por sí misma, y entonces habló á su esposo con todas las expresiones de que era capaz su discurso, con lo que al punto este formó mejor concepto de ella, como se dejó comprender por sus demostraciones de alegría.

Despues de haber pasado algunas familiaridades entre los novios, llegando hasta el extremo de hablarse en secreto, llaneza que fue generalmente aplaudida de los circunstantes, quiso madama Espina introducirse en la conversacion, y fue poco á poco torciendo el discurso, para hablar de telas, encajes &c. Ella deseaba que el novio dejase á su discrecion todo el cuidado de las prevenciones que eran indispensables, porque su amor maternal lo dispondria de modo que tuviese mucha cuenta á su hija. El novio, que mejor empleado, en lo menos que pensaba era en estas bagatelas, condescendió gustoso á las intenciones de la futura suegra, y aun la rogó le hiciese el favor de encargarse de este asunto, que para él era bastante enfadoso. Los novios continuaban sus conversaciones confidenciales, que á cada paso cortaba la suegra con nuevas preguntas.

Era una comedia ponerse á considerar por una parte la inquietud y pasiones que entonces comenzaban á nacer en el corazon de un jovencito,

viéndose inmediato á aquella de quien ya antes de verla tenia la idea de considerarla como la cosa de él mas amada, y cuyas confianzas solicitaba vivamente, bien que tuviese la seguridad de que dentro de pocos dias habia de estar en entera posesion; por otra parte una vieja empeñada con los mayores esfuerzos en poner en planta todo lo necesario para cumplir con la moda, la ambicion y la vanidad. La buena crianza le precisaba á complacer á la suegra con sus respuestas; pero se echaba de ver claramente con cuanta violencia las proferia.

Llegó la hora de comer, y hubiera ejecutado una accion sacrílega el novio si no se hubiese despedido; y asi le fue preciso acomodarse al comun estilo, aunque contra todo su gusto. Partió, pues, segun conjeturé, con bastante pena. Determinóse que volviese en aquel mismo dia, para ir en compañía de la novia á una gran tertulia que se habia de juntar aquella noche con este único objeto en casa de cierto caballero. A la despedida hubo su apreton de manos con las ma-

yores expresiones de ternura y estimacion , con que se dividieron la primera vez de toda su vida aquellos dos corazones , que ya creian amarse , y apenas habian llegado á conocerse.

La partida del novio dió lugar á que madama Espina descargase una severa reprehension contra la pobre hija. La turbacion del primer encuentro fue la primera culpa que la riñó , llamándola tonta , olvidadiza ; despues recorriendo todas sus acciones , las halló otros tantos delitos ; el manejo del abanico , los movimientos de la cabeza , el modo de jugar la boca ; las ojeadas fuera de tiempo ; y hasta las mismas respiraciones fueron objetos de su riguroso examen : el señor Haya puso fin á esta quimera tan imprudente ; y aunque no se terminaron aqui las correcciones , se suspendieron durante su presencia.



CAPÍTULO XVIII.

De las máscaras y la tertulia.

Las centinelas de vista son fastidiosísimas para dos que bien se quieren, y así en lo sucesivo resolví evitar cuanto pudiese los lances de presenciar los amorosos coloquios de estos dos nuevos amantes: observando sin alteracion desde aquel dia la política con el señor Nuez-moscada de no faltarle á todos los actos de cortesía, si me encontraba con él, pero separándome inmediatamente. Este modo de manejar-me fue muy bien recibido del novio luego que comprendió el motivo, por lo que cuando tenia que hablarme me hacia una seña para que me detuviese, y despues siempre me dió á conocer su inclinacion y cariño.

Tulipan, hijo tercero del señor Haya, no era muy aficionado á incomodarse por servir á cualquiera amigo;

antes bien, dedicado á hacer únicamente lo que era de su gusto, dejaba á cargo de sus hermanos el cumplir con las urbanidades, obligaciones y demas empeños de su familia. Aquel dia sin saber por qué se brindó á irme acompañando á la plaza, en donde se esperaba concurriese una multitud de máscaras, ya por la solemnidad del dia, ya porque lo sereno del cielo estaba convidando á la diversion. Esta distincion, que yo no esperaba, fué para mí de mucho gusto; bien que de ella y de la estrechez que desde el tal lance tomó conmigo este jóven, tuvieron origen todas las funestas aventuras que me ejercitaron por algunos años y me obligaron á detenerme en aquel continente, como se verá en la série de esta historia. No puede evitarse el destino, y yo mismo parece que me le iba procurando á toda prisa con la satisfaccion que recibí por el referido convite, que acepté sin repugnancia.

En la plaza, que es magnífica y grande, habia una muchedumbre de pueblo. No eché á perder el tiempo en examinar las extravagancias de la ple-

be, pues el cúmulo de necesidades que esta suele practicar, creyendo distinguirse con delicadas invenciones no debe ocupar las reflexiones de un forastero. Rogué al señor Tulipan me guiasse al parage en donde se juntaban los sugetos mas visibles, con ánimo de divertirme hablando, viendo ó paseándome con ellos; pero al contrario de lo que esperaba, no hallé otra cosa que confusion, encontronos y apreturas.

Fórmase cierta calle de dos filas de sillas, puestas unas enfrente de otras, dejando en el medio un espacio de terreno capaz de ocuparle ocho ó diez personas de frente. Las monas que creen embobar á los que se andan paseando, ó con la riqueza de sus adornos ó con cualquiera otro incentivo que pueda dar pábulo á los ojos, se sientan en estas sillas, teniendo cada una al lado á su cortejo: seria muy reparable que en aquella publicidad estuviera el marido sentado cerca de su consorte. El espacio intermedio de estas sillas se llena de máscaras con tanta abundancia que se hace cuasi imposible el caminar

sin peligro de sofocarse. El fin de las monas se frustra absolutamente, pues la multitud impide el detenerse, bien para admirar el buen gusto y valor de las telas que las adornan, bien para advertir los gracejos con que solicitan encantar á los que tienen la curiosidad de fijar en ellas la vista.

Yo no podia permanecer en aquel estado tan violento; quien me daba un empellon; quien me hubiera echado á tierra, á no detenerme el que estaba mas próximo, á quien yo tambien necesariamente tenia que atropellar; y quien me honraba con los títulos de bestia y de pedazo de jumento; uno me pisaba un pie, haciéndome pasar un dolor excesivo, otro se quejaba de que yo le estorbaba el paso, siendo asi que estaba ocupado el camino con gran número de personas, á quienes no tenia yo derecho de obligar á que franqueasen lugar para poder ir adelante. Corria sobre mi cabeza un aire friísimo, al mismo tiempo que tenia toda la camisa calada de sudor, y asi recibia encontrar en aquel paseo tan delicioso alguna calentura maligna. No

obstante tantas incomodidades, los simiopolitanos estan locos con aquella diversion, que consideran como una de las mas gustosas que pueden gozar en toda su vida.

Cerca ya de dar mi último aliento rogué á Tulipan me sacase de aquel infierno; pero como él estaba imbuido en las ideas comunes, y con la costumbre se habia habituado á mirar aquella junta como una de las mayores delicias, no queria condescender á mis instancias; ademas de esto tenia otras miras, esto es, esperaba que llegase cierta monita, que era el único objeto de todas sus ansias, y dándome gusto, era caso forzoso perder la ocasion de estar con ella. Viéndole, pues, tan remitante en concederme una gracia que podia ser el punto decisivo de mi vida, le supliqué que me permitiese retirar. Pues teneis, me respondió, el gusto tan depravado, que no os divierte un placer tan grande, como es el veros rodeado de la flor de las personas mas cultas de la ciudad, seguid vuestra inclinacion; y si quereis que os presente esta noche en aquella tertulia en

donde ha de concurrir toda nuestra familia, id dos horas despues de anoche- cido á esperarme á la botillería que llaman de la desgracia, que alli iré á buscaros. Contento con esta despedida, me separé á toda prisa de aquel lugar de mortificacion, con la resolu- cion firme de no volver allá en toda mi vida.

Habiendo examinado el parage que habia en la plaza con menos concurren- cia del pueblo, me encaminé hácia él, en donde pasé un rato paseándome confuso y maravillado de que perso- nas racionales pudiesen deleitarse tan- to, con unas cosas que realmente inco- modan demasiado: admirado siempre y embebido del todo en mis pensa- mientos, no puse la atencion en los muchos objetos que me rodeaban, dig- nos acaso de igual cuidado y reflexion; pero á este tiempo llegó á mis oidos el eco de una voz que no extrañé, y me hizo volver de la abstraccion que ocupa- ba mis sentidos, la voz era de Rober- to, el cual se andaba paseando en com- pañía de Jacinto, y los dos ocupados solamente en el examen que iban ha-

ciendo de todo aquello que se les presentaba, aun no me habian descubierto. Asegurado, para no padecer equivocacion, mediante haber escuchado con mayor atencion el habla, y haber advertido bien sus vestidos, estaturas, modo de andar, y demas señas de sus personas, no dudé llegarme á ellos; se admiraron de verme solo, y me preguntaron, qué se habia hecho Tulipan: contéles todo lo que me habia sucedido, y con tan vivos colores pinté la impresion que hizo en mi fantasía, aun no sosegada, aquel aborrecido paseo, que al paso que me tuvieron lástima, no pudieron menos de soltar la risa; les rogué me permitiesen en su compañía, cuya gracia á pocas instancias me concedieron.

Ya habia anochecido, y el frio era tan grande que nos obligaba á marchar de alli y buscar un parage mas templado: me preguntaron adonde y á qué hora tenia que ir á esperar á mi compañero Tulipan, y luego que satisfice esta pregunta, se ofreció Jacinto á acompañarme, y á que esperásemos á que viniese para ir todos juntos

á la tertulia. No podia haber para mí ofrecimiento de mas gusto que este en la ocasion presente. La botillería señalada era una de las infinitas que se encuentran en cada esquina de la ciudad, en las que es el agua el principal capital de su trato. En ella la multitud de los concurrentes nos suministraba un mar de reflexiones; nos divertimos á costa ajena con sumo gusto; y si quisiera hacer descripcion de todos los objetos que se presentaron á nuestro examen, me separaria demasiado del hilo de esta historia. Vino últimamente á la hora señalada Tulipan, y todos juntos nos encaminamos á lograr una diversion, que como nueva, excitaba vivamente á nuestra curiosidad.

Fuimos pues conducidos á un gran palacio, en el que nos recibieron sus dueños con la mayor política. Entramos en una sala espaciosa, exquisitamente pintada, é iluminada con una muchedumbre de antorchas, igualmente lo estaban las piezas inmediatas, y todas adornadas con cuanta riqueza y buen gusto es imaginable: habia concurrido toda la nobleza de ambos sexos,

que era numerosa , con la curiosidad de ver á la novia. En el lujo habian echado el resto , con especialidad las monas que estaban sumamente brillantes con el oro y joyas que las engalanaban , y reverberando en la pedrería los rayos de las innumerables luces de la iluminacion daban mayor realce á sus bellezas. No podia ser mas magnífico y grande el espectáculo : yo me quedé atónito , y admirando mucho las riquezas de la clase de los nobles; ó por mejor decir, el deseo de llegar al extremo.

Hallé en aquella escogida asamblea á muchos sugetos de los que trataba, con quienes me era facil entablar conversacion para informarme de los nombres de las personas que no conocia. Muchas señoras me honraron con sus miradas con alguna particular demostracion. Madama Betónica fue la primera que me habló, y á cierta señora que estaba inmediata dijo cuanta estimacion hacia de mi persona.

Estaba yo muy hueco en aquel parage , porque en él parecia que todo procuraba á porfía adular al natural

amor propio, cuando vine á ponerme á la vista de madama Níspero, cuya presencia me trajo á la memoria haber sido despreciado de ella aun en cualidad de bestia segun su imaginacion. Esta que alimentaba en su corazon un implacable odio contra nosotros por haber perdido la distincion de hospedarnos, no dejaba ocasion en que no nos procurase castigar la culpa que era únicamente suya: contaba el desprecio que habia hecho de nosotros, y nos pintaba con los mas viles coloridos: aquella noche hizo que me aproximase, y me preguntó si me acordaba de mis vergonzosos principios: os propongo, añadió, esta pregunta, porque me parece que con la mutacion de estado se os advierte una gran distincion en vuestra afectada modestia, antes os conocimos abatido y humilde, y ahora, si no me engaño, mas erguido de lo que era razon. Este tan bochornoso desaire me picó en sumo grado. Sí, respondí, sí, señora, me acuerdo muy bien que me sujeté por mi voluntad á una cadena; y tambien tengo presente vuestro insensato juicio

acerca de nuestras personas ; ni echaré igualmente en olvido , que para volver á verme tuvisteis que ir despues de muchas súplicas á visitarme á una pobre alquería ; como tampoco el sumo terror que imprimió en vos mi poder, lo que podria repetir siempre que me pareciera. La dí esta respuesta con resolution y buen tono de voz , de conformidad que quedó avergonzada aquella mona tan poco cauta , que se atrajo la irrisión de las señoras circunstantes , al paso que me honraron , llenando de aplauso mis palabras. Asi por lo regular finalizan los insultos de los soberbios.

Determiné despues ir observando los varios divertimientos á que se aplicaba la nobleza en aquella tan magnífica concurrencia. En la sala y demás piezas inmediatas habia preparadas muchas mesas , alrededor de las cuales estaban sentados alternativamente diversos monos y monas. Lleguéme á una para ver lo que alli hacian; y reconocí que toda su ocupacion consistia en ciertos cartones cuadrilongos, y en ellos pintadas algunas figuras, que

entre nosotros serian mas quiméricas, ó menos significativas que las chinecas; uno de los circunstantes tomaba aquella porcion de papeles, y los reducía á un solo monton; pero inmediatamente arrepentido de su trabajo, deshacia toda la obra, y los repartia entre los demas; éstos los iban recibiendo gustosos; mas al punto arrepentidos tambien, ó acaso enfadados de tenerla en la mano, los tiraban uno á uno sobre la mesa; entonces uno de los presentes los volvía á juntar, y repetía la distribucion de ellos, la que siempre finalizaba del mismo modo que llevo dicho.

No podia yo acabar de entender qué significaba una ocupacion tan inútil y enfadosa; y se aumentaba mi admiracion al paso que se advertia el tiempo que duraba; jamas hubiera creido que una junta de tanta nobleza emplease horas enteras en aquella obra tan continua, y siempre sin diferencia: por casualidad se llegó hácia allí Narciso, al que pregunté que era lo que hacian aquellas señoras y aquellos caballeros, dando tan cruelmente tor-

mento á aquel hacecillo de papeles : estan jugando , me respondió : ya me hago cargo , repliqué , de que no es esta una obra seria , pero queria saber qué es lo que aqui se trata : sonrióse el jóven , y me explicó el misterio lo mejor que pudo , aunque no á proporcion de lo que necesitaba mi curiosidad , que no quedó del todo satisfecha.

No será fuera de propósito inferir aqui algunas particularidades de las demás que estaban aplicadas á aquella diversion. Jugaban en la mesa que yo estaba mirando dos ; la una muy atenta , y con una seriedad que imponia sujecion á cuantos se hallaban presentes ; repetidas veces reñia con aspereza á cierto caballero jóven que estaba sentado enfrente de ella : por algunos defectos que á mi parecer no merecian la pena de sus reprensiones : cada carton de aquellos que tiraban sobre la mesa la excitaba unos movimientos como si estuviera convulsa : y luego que quedaban todos con las manos vacías ; repetia sus amargas quejas , yo , hablando con sinceridad , no puedo decir si eran bien fundadas ; pero sí

puedo asegurar muy bien que jamas he visto tratar una cosa de juego con tanta seriedad y señorío.

La otra señora que jugaba era madama Zanahoria, que del todo opuesta al carácter de la sobredicha, parecia que todas las acciones con que se manejaba se terminaban á complacerse en no imitarla en cosa alguna. Hablaba continuamente ya con uno, ya con otro de los que estaban á su lado; daba risadas sin motivo, y volvía los ojos á todas partes con mas velocidad que el camaleon: un jovencito que estaba el mas inmediato recogia los referidos papeles cuadrilongos cuando la pertenecia repartirlos, y los echaba sobre la mesa cuando ella debia ejecutar esta accion; de conformidad que madama no tenia que emplearse en otro trabajo que en el de tenerlos en sus manos. Esta jovial señora puso en mí la vista, y no pudo detener la risa, acordándose del coscorron que me dió con la puerta en la cabeza, y de su caída á mis pies: contó á los presentes el suceso con tal alegría como si refiriese alguna gloriosa accion que hubiese eje-

cutado. Estuvo chanceándose conmigo, aunque sin ofenderme; queria que prometiese resarcirla la pérdida de su perrito; y de aqui fue diciendo por via de gracejo mil extravagancias con que divertia á los oyentes, al paso que la otra buena señora hipocondriaca estaba rabiando de ver el aplauso que tributaban á la viveza y desembarazo de madama Zanahoria, de la que, segun las muestras, ó no era muy amiga, ó no aprobaba el modo de hacerse bien vista en aquella concurrencia; acaso era tambien motivo de su impaciencia considerar que los chistes de la otra suspendian algunos ratos el juego, en el que ella empleaba todo su calor natural, y una atencion digna de mejor objeto.

A este tiempo entraron diversos criados que traian unas salvillas llenas de vasos, que contenian cierta materia sólida, brillante y de diversos colores: luego que me presentaron una para que escogiese á mi gusto un vaso de aquello que yo no sabia que era, mas por hacer lo que hacian todos que por deseo que tuviese de satisfacer la curiosi-

dad ó el apetito, alargué el brazo para tomar uno, y al punto sentí en la mano un mortal frio, que, hallándome desprevenido, me hizo entrar en sospecha de si acaso era acometimiento de algun insulto apoplético: el retirar la mano, y mudar de color fueron cosas que me sucedieron á un tiempo: la prontitud del movimiento, la alteracion del semblante y la turbacion inmediatamente dieron á conocer mi ignorancia á la siempre jocosa madama Zanahoria que dió principio á una ridícula comedia á mi costa; levantóse de la silla y me preguntó si me habia quemado, y tomando despues un vaso, hizo á pura fuerza que tragase una porcion de aquel material, con lo que consiguió que se me helase el paladar, el tragadero y aun las tripas: sus gracejos me hicieron volver sobre mí, y al paso que me dieron á conocer mi yerro, me pusieron tambien palpables las extravagancias de aquel pueblo, en donde tienen valor de alimentarse con hielos en el rigor del invierno.

Despues de este último pasage, cansado de mirar un juego que no podia

acabar de entender, me levanté y separé disimuladamente de aquel puesto, para solicitar la diversion con otros objetos mas de gusto. Paseándome por la sala, advertí á un lado una rueda de señoras, que me pareció estaban en la mas seria conversacion: lleguéme, y madama Betónica, que era una de aquellas damas, me brindó inmediatamente con asiento; obrando con una regular crianza, no podia rehusar su atento convite, y así me puse á su lado, y con atencion á la materia que se trataba: era entonces el asunto las telas de sus vestidos; cada una alababa la suya, procurando realzarla respecto de la de las demas; referian el lugar en donde se habian fabricado; el mercader de quien las compraron; el sastre que habia cortado los vestidos, y últimamente el dinero consumido en todo esto, bien que añadiendo cada cual alguna mentira tocante á los gastos, para dar mayor mérito á los suyos: de las telas pasaron á los encajes; todas enseñaban á porfia los suyos, alabando lo fino de ellos, la labor y lo subido de su precio. Uno á uno de esta suerte pasaron

por examen de estas monas cuantos adornos traian sobre sí, y qualquiera que entendiera de cuentas pudiera alli haber ajustado lo que todas ellas costaban por junto, y cuanto valia cada una en particular, rebajando el valor de su cuerpo y sus talentos; bien que aunque todo entrase en una misma suma, añadiría al principal una cantidad cortísima.

Una de estas damas, llamada madama Criadilla, que con ánimo sin duda de aumentar las rentas de su casa, mediante sus particulares labores, no paraba de hacer nudos en cierta porcion de seda que tenia devanada en una como lanzadera de tejedor, me habló así: decidme, señor forastero, ¿las damas de vuestro pais (én caso de que fuera de este las haya) tienen el buen gusto de divertirse como nosotras, hablando de los vestidos y demas ornatos? Ya que quereis saberlo, señora, le respondí, os digo con la mayor sinceridad, que en nuestros paises las damas ó mugeres, nombradlas como quisiereis, tienen formada mejor idea de la grandeza; aunque ataviadas con un

increible lujo, no advertiriais que jamas se den una mirada á sus adornos; y si acaso hay alguno que quiera adularlas, alabando el buen gusto, ó lo sobresaliente de ellos, al punto desvanecen aquel discurso, desdeñándose de hablar de lo que tratan ó aparentan tratar con todo desprecio; de este modo mas parece que ellas solicitan honrar á las alhajas que emplean en su uso, que no que sus ornatos sean quienes á ellas hagan mas apreciables, que es lo que las damas de este pais parece que pretenden realzando el valor de todas sus riquezas. Quedó madama Criadilla muy confusa con mi respuesta, cuando estaba creyendo que con su pregunta me habia dado pié para aplaudir el buen gusto, y delicado discernimiento de ella y sus compañeras.

Habiendo hablado tan claro, no era razon detenerme mas con aquellas monas, á quienes se puede decir habia quitado ya la libertad de adular á su natural pasion, entreteniéndose con cosa que tanto las agradaba, mediante lo cual para no serlas molesto, hechos los acostumbrados cumplimientos, ejecu-

té lo que pensaba que era marchar á otro lado. Al que mas cerca ví en la sala fue á Roberto que estaba hablando de Europa con el presidente; estaban los dos tratando la materia con mucha seriedad, y lo que yo queria era divertirme, por tanto evité el encuentro y me introduje en una pieza inmediata en la cual no jugaban. Habia en ella algunas señoras jóvenes en conversacion; pero los monitos que tenia á su lado respectivo cada una estaban callando, por tratarse puntos á cuyo conocimiento no podia llegar su incapacidad. Aunque ninguna era de mis conocidas, la libertad que me habian dado en aquel lugar me permitia detenerme en donde mejor me pareciera: ví una silla desocupada á un rincón de aquella estancia, y determiné ocuparla, desde la cual fingiendo que no estaba en lo que hablaban, pude escuchar todos sus discursos sin que hiciesen reparo en mí.

Tratábase allí el punto importante de las amas de criar, asunto que tanto suele ocupar el entendimiento de las señoras: cada cual contaba sus sucesos

como acaecimientos nunca vistos ni oídos, no obstante que los de todas concluian, en que aquella de quien se hablaba no tenia ya buena leche; no omitieron referir la abundancia de la de algunas amas, y cada señora contaba como en ciertas ocasiones habia tenido la dicha de poseer un tesoro semejante. Quedé instruido con la dicha conversacion, de que cuando se tiene que buscar tales muebles; el color, la edad y la robustez son las circunstancias á que dan la preferencia las madres.

La formalidad con que estas ponderaban sus máximas y la inutilidad del objeto que á la verdad no es materia para controvertirse en conversaciones públicas, me llegaron á fastidiar de modo que hice ánimo de separarme de aquel puesto y lo hubiera ejecutado á no haber advertido que cansadas de tratar de las vendedoras de su propia sangre, pasaban á tratar de otros asuntos. Introdújose el punto de los embarazos, en que no se omitieron las varias incomodidades á que por este motivo estan sujetas; pero lo que mas

interesó la física especulacion de estas monas, fue el antojo y la inexplicable impresion que causa en ellas. De este fue fácil pasar al tratado de los monitos: las alabanzas que cada una daba á sus chiquillos, las pueriles frioleras que contaban como cosa de suma entidad, y el pronóstico que formaban acerca de sus destinos, me hicieron conocer claramente que el entendimiento de estas monas estaba tan en mantillas como sus hijos.

Acabáronse tambien estos pasages, y determinaron contar las gracias de cuando ellas eran chiquitas, apropiábanse todo cuanto podia dar mayor realce á la hermosura y á la viveza, y poco faltó para que parase en quimera queriendo hablar todas á un tiempo: mientras se trataron los demas puntos observaron mutuamente toda buena crianza; pero el presente era demasiado delicado para tener ellas la paciencia de dar lugar á la que hablaba, de que instruyese muy despacio á los oyentes con la historia de sus propios méritos; armóse tal confusion que no podia entenderse una palabra, median-

te lo cual pensé seriamente en alejarme de allí y buscar en otra parte alguna ocasion de emplear mejor el tiempo.

Por largo espacio anduve solicitando en los varios corrillos que habia en cada pieza alguno en que poder entretenerme sin fastidio, pero me fue imposible satisfacer el deseo: en todas partes en donde habia señoras eran los discursos como los referidos; y los monos no parece habian llevado otro destino á aquella concurrencia, que el de ponerse cada uno al lado de su mona. En vista de esto, me pareció lo menos malo volverme á mi primer estado, esto es, ponerme á ver jugar, aunque en esto no hallase gusto alguno; pero no bien me habia determinado cuando llegó el señor Haya á avisarme de que ya era muy tarde, y así se hacia forzoso retirarnos; no podia jamas traerme mejor nueva; avisó á todos los demás de su familia, y yo me ausenté sin la menor desazon de un parage en donde aunque habia satisfecho mis sentidos por la suntuosidad y aparatos de los concurrentes, mi espíritu al mis-



M. Gamberini

De lo que pasó á Enrique
en la casa del juego.

mo tiempo habia tenido que sentir muchos enfados.



CAPÍTULO XIX.



Del juego y bailes de estas provincias.

No cesaba de instarme la curiosidad acerca del juego, por lo cual queria averiguar este punto radicalmente. Jacinto tuvo á bien instruirme dándome una justa idea de él, y despues de haberme explicado que cada uno de aquellos cartones cuadrilongos representaba una diferente figura, y que todos se dividian en cuatro clases, me significó el uso de ellos; segun los diferentes juegos á que cada uno se aplica. Con estos papelillos, que llaman naipes, se hacen dos especies de juegos, unos llamados mixtos y otros de pura suerte; el primero es un compuesto de arte y acaso: el segundo dirige únicamente la fortuna y consiste por lo regular en

adivinar si un naipe saldrá á los números pares ó los nones: esta última especie de juego me pareció tan singular que no acababa de persuadirme á que hubiese criaturas racionales que gastasen el tiempo en la pueril curiosidad de averiguar la disposicion que tenia un naipe, despues de haberlos mezclado todos juntos sin órden alguno.

No teneis que admiraros, me dijo Jacinto, son infinitas las personas que se emplean en esto y ocupan noches enteras por satisfacer esta aficion que llamais puerilidad, y seria digna de compasion la necesidad de tales sugetos si se contuviesen dentro de estos límites; pero es lo peor que exponen á cada vuelta una gruesa cantidad de dinero, dejando á la contingencia el arbitrio de aplicársela mas bien al uno que al otro de los jugadores; de este vicio nacen repetidas veces inmensos daños, y aun la total ruina de opulentísimas familias. Si quereis, añadió informaros con vuestros mismos ojos de este abuso cuasi increíble, yo os llevaré á una casa que es el principal asiento y metrópoli, en donde reina el juego.

Accepté la oferta, y mi amigo no faltó á su palabra. Me condujo pues á una casa tan llena de gente que me causó notable espanto: el aire nada puro que se respiraba, el calor que cuasi me ahogó á la primera entrada, y sobre todo la prodigiosa multitud de pisadas que hube de sufrir, me renovaron la especie de incomodidad de la plaza de las máscaras, cuando Tulipan me hizo el agasajo de una diversion tan penosa: con la memoria pues de mi anterior suceso no quise dar un paso mas adelante en un lugar tan lleno de peligros, y repitiendo mil gracias á mi amigo, volví pies atrás; él se vino tambien conmigo, y me dijo: ya que no os acomoda satisfacer vuestra curiosidad en esta casa, dadme el gusto de permitir llevaros á un puesto mas secreto en donde vereis el valor ó por mejor decir la locura de los jugadores. Como no se trate le respondí, de que me estropeen, ó de que muera ahogado, os seguiré adonde quisiereis. Guióme pues, á un parage estrecho y opaco como boca de lobo: entramos y vimos sobre una mesa una portentosa

cantidad de oro: estaba sentado un mono trabajando con su baraja, mientras un pequeño monillo, de quien podía formarse un diseño del furor, andaba solicitando todos los modos de hacerse infeliz en un momento: gritaba este miserable, daba patadas, de que eran participantes los que estaban próximos, armaba un pleito con cada uno, y le faltó muy poco para tirarme un candelero á la cabeza porque observó que me reía: por lo que mira al otro que tenia los naipes en la mano, se valia de la ocasion con las furias de su contrario, estaba inmoble como una estatua, y aumentaba su dinero con el que perdía el incauto jóven que jugaba con él. Nos separamos de aquella estancia en donde se me angustiaba el corazon, con la lástima que daba aquel pobre mentecato.

Al salir de tan abominable lugar pregunté á Jacinto, si se usaba entre ellos tener hospitales para los locos, cuya pregunta satisfizo sábiamente respondiéndome, que si por cualquiera defecto se debia caracterizar por loca á una persona, era necesario que toda

la ciudad fuese hospital. No hay filósofo, añadió, que discurra con tan buenos fundamentos acerca de los vicios, y principalmente del del juego, que es el que le domina, como aquel jóven que tanto os ha maravillado, aunque esto se entiende cuando tiene lejos la ocasion, conózcole muy bien, y es muy amigo mio: diversas veces ha solido decirme que atraido de una secreta violencia, en cierto modo se encuentra obligado contra su voluntad á satisfacer á esta pasion, que defesta y que en queriendo resistirla siente interiormente un fuego que le consume, y que le martiriza con los efectos de un cruel furor : cuando él empieza á jugar pierde absolutamente el uso de la razon y le vereis como uno que está embriagado, sujeto á tantas extravagancias, cuantas habeis advertido, y que suelen muchas veces exponerle á peligrosos acasos : por tanto es mas digno de lástima que de menosprecio; aunque sus delirios en el juego le hacen aborrecible á los ojos de lo general de la ciudad, que no conociendo su interior modo de pensar, le recono-

ce culpable y digno de desprecio por los defectos que advierte tan palpables.

Faltaban aun dos horas para medio dia, y no queriendo retirarnos tan temprano á casa, resolvimos ir á visitar á alguna señora; estábamos dudosos sobre cual habia de ser, cuando me hizo presente Jacinto una cierta madama Cebolla, que era reputada por literata entre las monas. Se debe advertir que no era de aquellas damas de que abundaba entonces la ciudad, que únicamente por seguir la moda se aplican á leer cualquiera libro sin discernimiento, hablan de todas materias, todo lo deciden sin duda alguna, y transforman las voces de su idioma nativo, substituyendo términos de las lenguas forasteras, todo con el fin de parecer eruditas: hablaré de estas tambien á su tiempo.

Volviendo á madama Cebolla entré en deseo de conocerla, y así resolvimos finalizar la mañana en su compañía: encontrámosla con un poeta; pero luego que la dieron el recado de que deseábamos la fortuna de que nos admitiese á su conversacion nos recibió con mucha política; mas el poeta

no se dignó aun de mirarnos. Con el fin de adquirir gran reputacion en presencia de un forastero fue introduciendo conversaciones de todas materias, de las que daba razon tan magistralmente que embobaria á cualquiera que no penetrase la ligereza de sus discursos. Era necesario adularla ; señora y sabida , que dos títulos para que no la tributásemos las alabanzas mas bien sonantes , aunque fuesen faltando el verdadero mérito ! Me preguntó , si habia en mi pais señoras que se aplicasen á los libros : respondiá que entre nosotros son pocos los ejemplos que se cuentan de mugeres doctas , á causa de que juzgamos ser las ciencias armas muy peligrosas en manos de una señora. Asi puntualmente , replicó , sucede en esta ciudad , en donde se condena que nosotras deseemos saber , y se aplaude á las que gastan su juventud ociosamente : soltó despues la tarabilla contra todas las monas , y principalmente contra las que sin estudio pretenden saberlo todo ; esto llevaba la mira de formar por consecuencia el pánegírico de sí misma ; mezclaba de

cuando en cuando ciertos términos antiguos , que aplaudia el poeta con los movimientos de la cabeza ; pero manteniéndose siempre sin hablar una palabra.

No hallé en esta mona tanto mérito como se ponderaba , no obstante que se esforzó cuanto pudo para dar muestra de sus habilidades. El poeta que hasta este punto no habia despegado sus lábios , debió de cansarse , y habló finalmente asi : vasotros , señores , en una palabra , habeis venido á incomodar á madama Cebolla por solo satisfacer vuestra curiosidad , y oir al oráculo de nuestro siglo ; ya que estais servidos , podeis desocupar el puesto y dejarnos en libertad para tratar los puntos mas recónditos de la literatura. Teneis razon , respondí , de desear nuestra partida , pues por tan largo rato hemos abusado de la tolerancia de esta señora ; pero me parece que no es á vos á quien tocaba hacernos una advertencia tan clara y tan distante de toda buena crianza.

Fue forzoso no obstante obedecer el decreto ; y no me pesó mucho el ausentarme de una persona de quien no

habia formado muy grande idea. Me instó la curiosidad á preguntar quien era el dicho temerario poeta, y averigüé como era un monuelo de cortos haberes y de ninguna estimacion, que habiendo advertido en esta mona la vanidad de parecer literata, se habia determinado á hacerla la corte con sus ciertas miras. Madama Cebolla era viuda y rica; con lo que está descubierto el misterio: andaba captando su benevolencia á costa de adulaciones por si podia pillarla por esposa, ó entrar en posesion de sus caudales: conocia su falta de mérito, y asi se oponia á que ella trabase alguna amistad; y bajo el título de celo de que no la interrumpiesen sus literarias tareas, ocultaba los celos, ó por mejor decir, los temores de perder una dote tan ventajosa.

Pasados algunos dias me dijeron que se disponia para dentro de corto tiempo un baile magnífico, al que habia de ir la novia y toda su familia; fue esta para mí una gustosa noticia por el deseo que tenia mi curiosidad de nuevos objetos. No tardó en lle-

gar la noche destinada para esta fiesta. Nosotros (segun nos previnieron nuestros amigos) estábamos precisados á mandarnos hacer unos vestidos mas ricos que los que ordinariamente llevábamos. Seguimos pues el estilo como nos habian aconsejado; y asi tuvimos que pagar bien caro el gusto de aquella funcion mucho antes de llegar á disfrutarla. Si aun á nosotros fue forzoso cumplir de este modo con la tiranía de la costumbre, puede cada cual figurarse cuan excesivos serian los gastos que se ocasionarian con este motivo. El lujo llegó á un grado sublime; los monos no querian ceder á las monas el mérito de ser los principales que tributasen incienso al ídolo de la vanidad; pero estas no consintiendo que se violasen sus derechos, pretendieron la sorpresa con nuevas invenciones, y efectivamente consiguieron sorprender al celo de aquellos señores.

El vestido de las damas en estos lances es distinto del ordinario. Lo principal del ornato consiste en un hueco y riquísimo brial que va sostenido sobre cierta máquina formada de unas

desiguales figuras elípticas paralelas. Un cierto instrumento que está ancho por el pecho, pero que va á proporcion estrechándose hasta apretar bárbaramente los costados, está cubierto con cierta tela que desde los hombros á la cintura va ajustada; pero en llegando allí queda libre enteramente y recogida; por detras todo lo que debia ir arrastrando cuelga no mas que hasta los pies, disminuyéndose siempre para acabar en punta. El mucho peso de la referida máquina, la apretura del dicho instrumento, y sobre todo el cuidado para que no se descomponga alguno de los rizos de sus cabellos, hacen andar á estas mártires de la vanidad, tan tiesas y presumidas, que apenas conocia á aquellas mismas con quienes estaba hecho á tratar frecuentemente. Merezca perdon mi ignorancia; pero permítaseme decir, que se me figuraba una manada de pavos, cuando muy huecos de plumas, con las alas arrastrando, colgando el moco, y la cola extendida en figura de abanico, van haciendo, muy vanos, la rueda por el corral en que nacieron, siendo objeto de admiracion y respeto á las gallinas,

patos, gansos y otras semejantes aveci-
llas domésticas é insensatas.

Era esta funcion en el palacio del
primer ministro , que acostumbraba
convidar anualmente á la nobleza pa-
ra tenerla propicia; y andaba diestro
en tomar asi sus medidas , pues estos
festejos con que cortejaba á lo mas
visible de la ciudad , le hacian mas
bien visto , y conciliaban mas la esti-
macion de las señoras y de los jóvenes
que todos los grandes servicios que de
su conducta y continuados desvelos ex-
perimentaba el estado. Puede creerse
que la magnificencia corresponderia á la
calidad del personage que se hacia car-
go de aquella fiesta; todos los apar-
tos eran brillantes en sumo grado : los
adornos , la abundancia y delicadeza
del refresco , el número de las mayo-
res habilidades en la música , y final-
mente todo cuanto puede imaginarse
respirar una verdadera prodigalidad,
concurria á hacer conceptuar una alta
reputacion del primer vasallo del reino.
En ninguna otra ocasion antes ni des-
pues de esta se ofreció á mi vista en
aquella metrópoli igual lucido concur-

so de la nobleza de uno y otro sexo.

Este ministro no paraba recibiendo á todos con un aire de agrado y política tan excesiva, que claramente daba á entender tenia mas gusto en agradar á los sujetos que componian aquella concurrencia, que aun ellos mismos de ser convidados para la tal diversion, siendo asi que la tienen una inclinacion todos los monos superior á cuanto pueda ponderarse. Luego que llegamos, cumplimentó á la novia con el mayor agasajo, y la condujo á que ocupase el primer puesto entre todas las señoras, y volviendo despues á nosotros, nos dijo: ¿vosotros tambien, amigos mios, habeis querido venir á honrarme con vuestras personas? Bien que con eso se os proporciona ocasion de conocer en este lance cuanto aventajan á las nuestras las grandezas de vuestra Europa; no obstante, os ruego acepteis con generosidad de corazon, lo que tal cual alcanzan nuestras fuerzas. Respondió Roberto á estos cumplimientos en los términos de la mejor política y buena crianza; quedando nosotros aun mas pagados del buen recibimiento de tan

gravé personage, que del honor de ser admitidos á presenciar la ostentacion de sus riquezas y liberalidad.

Dióse finalmente la órden para comenzar la fiesta, y una mona jóven á la derecha de un semejante monuelo, fueron los primeros que observé destinados para romper el baile. Estuve con la mayor atencion examinando estas danzas, y asi describiré con toda sinceridad cuanto se me puso á la vista. Estos dos, á quienes mas bien calificué de enamorados, que de esposos, luego que llegaron al puesto se saludaron recíprocamente con una cortesía; dadas despues las manos se adelantaron unos cuantos pasos, cojeando ya del un pie, ya del otro, y andando lo mas de puntillas; finalizados estos primeros pasos, soltaron las manos, y cuan grande fue la ligacion y estrechura antecedente, tanto era el retiro que siguió á esta: si la mona se encaminaba á la derecha, retirábase el mono á la izquierda; mudaban despues de parecer, y marchando él al lado derecho, inmediatamente huia ella al opuesto; y asi para observar aquella distan-

cia , parece tenian puesto todo su cuidado en hacer el uno lo contrario á lo que el otro ejecutaba , por lo que puede imaginarse , que si se empeñaba la mona en marchar hácia el oriente , tomaba al punto el caballero la determinacion de hacer su viage hácia poniente : despues de repetir estas huidas diversas veces , parece que convinieron en volver á unirse ; en efecto , alargaron el brazo derecho , y se dieron la mano , pero volvieron á dividirse inmediatamente : intentaron de nuevo hacer las paces , siendo el medio para ellas darse la otra mano ; pero sin saber el motivo se disgustaron nuevamente , y volvieron á los primeros pasos , hurtándose uno á otro el cuerpo del modo que llevo referido : cansados en fin de repetir una misma cosa , se encaminaron con los brazos abiertos á darse mutuamente las dos manos , saludáronse de nuevo ; y despues se separaron para siempre.

Desagradóme esta pesadez eterna que llamaban baile , y creyendo siguiese á la primera otra danza , en la que yo pudiese lograr una diversion de mas gusto , previne la atencion para obser-

var la nueva pareja que habia ocupado el puesto para empezarla ; pero con notable sentimiento mio ví que repetian las mismas vueltas y las propias acciones ; en una palabra , continuaron por algunas horas en estos juguetes , para mí de sumo fastidio ; del mayor placer y aplauso para todos los concurrentes. Hallábase junto á mí un mono viejo observando con tanta atencion á los que bailaban , que parecia que era aquella la vez primera que presenciaba semejantes funciones : no me pareció seria demasiada impertinencia preguntarle como se llamaba aquel baile perpetuo , rogándole me diese alguna explicacion de un enigma que no entendia , y que se me figuraba un puro juego de niños. El viejo , que era un mono de buena crianza , no tomó á mal que le interrumpiese su atencion , y cortesmente contestó en esta forma.

Las costumbres presentes , dijo , estuvieron antiguamente en toda su fuerza ; y quien no tiene conocimiento de la antigüedad las juzga absolutamente nuevas : este mismo era el estilo que habia para conversar y tratar con las

damas. Nuestros sábios antepasados procuraron dejarnos en estas danzas, que llamaron baile de amor, una instruccion, ó mas bien una crítica de lo que con esta pasion nos sucede: se emprende con sinceridad y respeto de los dos sugetos amantes; y esto se explica en aquel baile por aquel acompañarse dadas las manos, y por el atento modo de saludarse; de alli á breve tiempo falta la union y buena crianza; para darlo á entender, habreis advertido como el mono se pone el sombrero, y se separa de su compañera: el cojear unas veces de un pie, y otras de otro, y aquel andar de puntillas, significan lo primero, la incertidumbre para resolverse al matrimonio que le hace balancear ya al lado de la libertad, y ya al de la coyunda; lo segundo, la cautela para no empeñarse, sentando bien el pie en un camino tan lleno de espinas: las huidas, retiros y oposiciones explican los comunes artificios de que se sirven para aparentar mas preciosa la conquista de una alhaja, que si se lograra con demasiada felicidad, se disminuirla su valor: aquel

darse respectivamente ya la una mano ya la otra, explica los primeros empeños, aunque no completos todavía, pues á estos siguen siempre nuevas dudas; se estrecha finalmente el lazo, que es lo que simbolizan las dos manos; despues de lo cual se renuevan los saludos, y los dos totalmente se separan; para significar que no bien forman los consortes el vínculo cuando se hallan arrepentidos de esta union, y con toda cortesía se dan mutuamente licencia de encaminarse por donde se les antoje, bajo el seguro de no poder jamas volver á reunir sus ánimos ya con la posesion fastidiados.

Dí muchas gracias al cortés y docto, que sin duda debia de haber encontrado tan preciosa erudicion en algunos mármoles antiguos, ó en las reliquias de alguna mohosa medalla, pues en las historias no se halla noticia de semejante institucion. Para que nada me quede que decir de lo que observé en aquella fiesta, no pasaré en silencio que de cuando en cuando turnaban con los bailes de que he hecho mencion, ciertas danzas compuestas de

diversas parejas de bailarines, pero no pude comprender en ellas otra cosa que una confusion, quizá mas bien por no saber seguir las, que por defecto del arte con que se habian inventado: noté que el sentido del tacto hacia alli muy bien su papel; las monas de menos recato eran las mas apetecidas para aquellas maniobras, y los jóvenes mas osados los primeros que solicitaban lugar en la danza.

Gran parte de la noche habia pasado, y no se trataba de poner fin á aquel fastidio; ya comenzaba á no poder abrir los ojos molestando del sueño, y mis deseos eran de estar en donde poder satisfacerle: conocí por experiencia cuan sensatos fueron los antiguos, segun se colige de sus proverbios, y cuan significativo sea aquel que suele decirse comunmente: *no hay diversion que no canse*. Llamé á Narciso, y le pregunté si faltaba mucho para acabarse aquella fiesta: no es del caso, me respondió, pensar en eso hasta que el sol esté visible sobre nuestro horizonte. Oido tan bárbaro decreto, determiné retirarme debajo del

balconcillo de los músicos , adonde sin que me hiciesen reparo , me recosté para dormir descuidado hasta que finalizase el baile , en cuyo caso no costó poca dificultad á los hijos del señor Haya encontrar el lugar de mi escondite.



CAPÍTULO XX.



De la boda de madama Lechuga.

Se aproximaba ya por momentos el instante en que la novia debia borrarse del catálogo de las solteras , é introducirse en un órden , que cuanto mas le desean , tanto mas llevadero es para ellas el sentimiento de una pérdida que trae consigo las incomodidades y penas de la vida matrimonial. Tal vez introducirian los sábios legisladores la costumbre de tantos aparatos de júbilo , de grandezas y de aplausos para desvanecer de la mente de las novias las fastidiosas impresiones de

la vergüenza, y las que igualmente se debían originar del paso de una vida tranquila á un estado lleno de tribulación. En otros tiempos acaso fueron necesarias todas estas precauciones; pero en el día de hoy se ha desterrado por lo general de entre las monas jóvenes aquella bien parecida repugnancia que nacia de una verdadera vergüenza; de tal conformidad, que ya no digo con fausto y alegría, pero aun á costa de abatimiento y tristeza comprarían aquel tan suspirado momento.

Uno de los muchos preparativos de la vanidad (que tiene tan hondas raíces en los corazones de las monas) era el estilo de poner los adornos destinados para la novia á la vista de todos; para este efecto se colocan sobre unas grandes mesas los vestidos, las cofias, los zapatos y hasta los calzones, si acaso, como muchas, ha de ponérselos. El separarse de un uso tan brillante, aplaudido y necesario en unas bodas solemnes, hubiera sido un delito detestable para con la nobleza de la corte; y así no podía creerse que acarrearía sobre sí culpa tan grave mada-

ma Espina y su hija, que en ventolera no cedían un paso á dama alguna del reino. Púsose pues á cargo de la madre la disposicion de los infinitos arreos de boda, ordenándolos de tal manera, que su colocacion diese mayor realce á la cantidad, hermosura y valor de ellos mismos; ella cumplió como maestra con cuanto se habia dejado á su inspeccion.

Luego que todo estuvo dispuesto, se franqueó la entrada á las damas y caballeros para que admirasen las profusiones del novio: las señoras demostraban el mayor deseo de entrar á gozar de tan bello espectáculo, aunque por cumplir con la moda, y no porque en ello tuviesen un verdadero gusto, pues mas bien querrian mortificar su curiosidad, privando á la vista de unos objetos que no pueden ser de mucha satisfaccion á su natural envidia: el padre de la novia, que por lo regular tenia un bello discernimiento de las cosas, aunque alguna vez se dejaba llevar del comun torrente, condescendiendo con su aprobacion ó repugnancia, segun las leyes del uso y la

preocupacion, estaba sumamente contento con todo aquel aparato; y suponiendo que habrian hecho en mi espíritu una igual impresion aquellos objetos que en él habian despertado notables sentimientos de complacencia y consuelo, quiso le diese mi parecer acerca de aquella costumbre de poner á pública vista las preciosas alhajas de boda. Yo le respondí con toda sinceridad, que en la tal moda encontraba una ligereza de genio, que no podia producir muy grande opinion á favor de quien la seguia, ó á lo menos de quien la habia introducido: yo os concederé, replicó el amigo, que una vanidad sin límites es quien ha originado semejante uso; mas con todo eso nos vemos cuasi precisados á seguirle, pues aunque le confesemos fuera de propósito, si hubiéramos de atenernos en nuestras operaciones únicamente á aquello que tiene su apoyo en las máximas de la razon, seria necesario desterrar de la vida culta y civil la mayor parte de las acciones. De este modo el señor Haya, sacando fuerzas de flaqueza, fue bajo el

pretexto del decoro buscando disculpas á la falsedad de su juicio en aquella materia; falsedad que deducia su principio del error comun y del particular interés.

Creuyendo despues hallarme de mejor parecer acerca de las ideas de grandeza, que del que me habia oido por lo que miraba á aquella ridícula afectacion, quiso le dijese que eco me hacia tanto cúmulo de riquezas: yo que comprendí su deseo, y que sigo la máxima de no ser escaso de sinceridad con aquellos amigos que no solicitan se les adule, respondí de este modo: la vista de cosas tan bellas y magníficas, hace en mi espíritu ahora la misma impresion que en alguna otra ocasion me causaron, tratando de telas, el buen gusto y riquezas del mercader en la cualidad y cantidad de ellas, y asi no haciéndose tanto caso de una tienda proveida con mas abundancia que la que aqui se ve, me parece que una familia tan rica y noble como la vuestra, no debia hacer ostentacion de una cosa en que se la iguala cualquiera mercader por me-

diano que sea. No puso muy buena cara el amigo con mi respuesta: pero desde luego aseguro que en lo sucesivo no será tan aficionado á estas estudiosas demostraciones.

Llegó finalmente el suspirado día de la boda. No intento describir la magnificencia de los adornos, la profusion de todo género de cosas, y el numeroso concurso de la nobleza. La madre y la novia estuvieron todo aquel día inaccesibles hasta el mismo momento de la solemne ceremonia; solícitas en adornarse con todo aquel cuidado que requerian su natural propension y tan importante circunstancia, se encerraron bien de mañana en el sagrario del lujo, adonde no permitieron entrar sino á sus doncellas, y á las maestras del arte mas acreditadas en la ciudad. Ciertas lenguas maldicientes quisieron decir que en aquel gabinete intervenian algunas acciones de magia, mediante el uso que hacian del pelo cortado de cabezas de monas muertas, y de cierta navaja con que cortaban cuasi de raiz aquel pelo que suele ofuscarlas las entradas, teniendo

el atrevimiento de crecer demasiado sobre sus frentes.

Dióse al público por último la novia vestida de una manera que hasta entonces jamas habia yo visto, siendo tambien el peinado de una nueva invencion. Llegóse la hora de la funcion, y yo con deseo de ver sus acostumbradas ceremonias, me retiré á un rincon de la sala, desde donde esperaba notarla todas sin molestia; pero no me evitó la incomodidad mi escondite, porque determinó cierta mona venir á sentarse junto á mí, y en lugar del saludo, me favoreció por un costado con aquella ancha máquina, que bajando desde la cintura hasta los pies, ahueca los briaes como las velas de un gran navío hinchadas con el viento; uno de los aros que la componen llegó á entrárame por un hjar con tanta fuerza, que me obligó á desamparar el puesto; en cuyo intermedio se efectuó el solemne rito, que es brevísimo, sin que yo pudiese verlo. Al punto se oyó resonar por toda la sala un armonioso estrépito de instrumentos músicos, y todos los presentes se

prepararon para ver bailar á la novia: hallábanse alli los primeros sugetos del reino, y asi yo no ponia duda en que á uno de ellos se daria la preferencia para que la acompañase; pero me engañé: un temerario bailarín se apropió este honor; y lo que es mas (con notable admiracion mia) nadie tomó satisfaccion de aquel atrevimiento; semejante avilantez me parecia debia haber desconcertado la magnificencia de la funcion, en consideracion de que tantas grandezas se afeaban con la indignidad de permitir que un oscuro y asalariado mono se mezclase entre tanta nobleza, y tuviese valor para distinguirse con una tan particular prerogativa.

Los cumplimientos y los aplausos fueron los primeros frutos de esta solemnidad; gastóse con alegría lo restante del tiempo, coronando todas las acostumbradas formalidades una magnífica cena, á que asistieron los parientes mas cercanos de los novios. Hasta estos términos, sin pasar adelante, se extiende mi descripcion, pues no quise tener la excesiva curiosidad

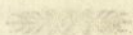
de averiguar los secretos del tálamo, y los misterios del amor. Á la mañana siguiente á la boda, esparcieron por la ciudad varias voces aquellos que pretenden saberlo todo; pero como sus relaciones no excedian las líneas de lo verosímil, de aqui era que sus inventores no podian temer ser convencidos de falsedad por falta de jurídicos testimonios.

Aqui será bien poner fin á la segunda parte de mis memorias, ya por tomar algun reposo de la fatiga aunque ligera, ya porque en estos tiempos fue cuando tuvieron su término mi alegría y mi sosiego, habitando un reino tan distante de mi patria, donde por espacio de dilatados meses entre las comodidades, aplausos y real beneficencia comenzaba yo á olvidarme de las pasadas desgracias, y á creer asegurado mi nuevo estado de vida en firmísimos cimientos, capaces de resistir todos los embates de la contraria fortuna; mas el cielo que acaso desaprobaba estos principios de presuncion, ó que queria experimentar de cuanta fortaleza estaba proveido mi

corazon para resistir los contratiempos, me preparaba una série de infortunios, que habian de ser el medio de nuevos descubrimientos, y despues de un encadenamiento de pasos, ya prósperos ya adversos, me prevenia las proporciones de volver á mi pátria.



corren para evitar las con-
secuencias que se seguirán de in-
firmos, que habian de ser el me-
dio de nuevos descubrimientos y des-
cubrimientos de cosas
ya descubiertas ya descubiertas, me pre-
senta las proposiciones de volver a
mi patria.



ÍNDICE

de los capítulos que contiene este
tomo segundo.

CAPÍTULO I. <i>De las nuevas honras que merecieron al príncipe, y fin de la aventura de la casa del señor Jazmin.</i>	pág. 5
CAP. II. <i>De lo que observó Enri- que en la ópera.</i>	17
CAP. III. <i>De la visita del empresa- rio y del asunto del pleito que habia de votarse.</i>	27
CAP. IV. <i>De la novedad que turbó el sosiego en el palacio del se- ñor Haya.</i>	41
CAP. V. <i>De la junta de médicos.</i>	50
CAP. VI. <i>Del teatro cómico de los monos.</i>	66
CAP. VII. <i>De lo que pasó á Enri-</i>	

que con el señor Romero.	80
CAP. VIII. De la visita de Enrique al señor Peregil.	104
CAP. IX. De la sentencia dada en el pleito del volatin.	121
CAP. X. Del juicio que hizo Enrique de las composiciones teatrales de aquel pais.	144
CAP. XI. De la venida de los villanos y aventuras de Enrique con madama Espina; y en la tienda del café.	162
CAP. XII. Finalízase el suceso de los aldeanos: vá Enrique á casa del presidente, y con él á palacio.	177
CAP. XIII. De la conversacion de Enrique y el presidente.	189
CAP. XIV. De la visita de Enrique á madama Betónica, y de lo que pasó con madama Zanahoria.	205
CAP. XV. De las exequias del difunto generalísimo.	226

CAP. XVI. <i>Publícase la boda de la</i> <i>hija del señor Haya.</i>	237
CAP. XVII. <i>De las primeras visi-</i> <i>tas de los novios.</i>	249
CAP. XVIII. <i>De las máscaras y la</i> <i>tertulia.</i>	260
CAP. XIX. <i>Del juego y bailes de</i> <i>estas provincias.</i>	283
CAP. XX. <i>De la boda de mada-</i> <i>ma Lechuga.</i>	302

